Avellaneda, pp. 148-157
y pp. 183-186

EVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

V ABRIL-JUNIO 1943 NÚM. 2

ITUTO DE FILOLOGÍA
TAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
ERSIDAD DE BUENOS AIRES

HISPANIC INSTITUTE
DEPARTMENT OF HISPANIC LANGUAGES
COLUMBIA UNIVERSITY

ENOS AIRES • NUEVA YORK

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

El Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y el Hispanic Institute in the United States de la Columbia University, de Nueva York, editan conjuntamente la Revista de Filología Hispánica en Buenos Aires y la Revista Hispánica Moderna en Nueva York, ambas complementarias en su objeto común de estudiar y difundir la cultura hispánica. Se publican trimestralmente. La Revista de Filología Hispánica contiene artículos y notas sobre temas de literatura española, exceptuada la época moderna; sobre el español de la Península y de América; sobre el portugués, con especial referencia al Brasil; estudios teóricos y de métodos; información crítica, en reseñas y crónicas; una bibliografía clasificada. La Institución Cultural Española de Buenos Aires, que tiene entre sus fines el fomento de esta clase de estudios, colabora con el Instituto de Filología contribuyendo a sufragar los gastos de la Revista.

Director : AMADO ALONSO

REDACTORES

Ángel J. Battistessa	Instituto de Filología
Américo Castro	Universidad de Princeton
Fidelino de Figueiredo	Universidad de São Paulo
Pedro Henríquez Ureña	Instituto de Filología
Hayward Keniston	Universidad de Michigan
Irving A. Leonard	Brown University
Marcos A. Morínigo	Universidad de Tucumán
S. G. Morley	Universidad de California
T. Navarro Tomás	Universidad de Columbia
Federico de Onís	Universidad de Columbia
José A. Oría	Universidad de Buenos Aires
Ricardo Rojas	Universidad de Buenos Aires
Ángel Rosenblat	Instituto de Filología
Rudolph Schevill	Universidad de California
Eleuterio F. Tiscornia	Instituto de Filología

Redactor bibliográfico : Sidonia C. Rosenbaum, Universidad de Columbia
Secretarios : Raimundo Lida y María Rosa Lida, Instituto de Filología

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

Anual : 4 dólares norteamericanos; número suelto, 1 dólar
Países de habla española y portuguesa : 10 pesos argentinos; número suelto 2,50 pesos argentinos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

INSTITUTO DE FILOLOGÍA
SAN MARTÍN 534
BUENOS AIRES, ARGENTINA

HISPANIC INSTITUTE
435, WEST 117th STREET
NEW YORK, ESTADOS UNIDOS

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

ÑO V NÚM. 2

W. D. WHITNEY Y LA LINGÜÍSTICA GENERAL

Benedetto Croce [1] sitúa a Whitney en el punto más bajo que la curva de especulación filosófica sobre el lenguaje haya alcanzado alejándose de las mbres románticas hacia la estrechez de un positivismo empapado de natu- ismo. Justamente por esta razón Wilson, que no mira con malos ojos rta forma de naturalismo lingüístico [2], declara en 1941 que nada mejor ha escrito sobre la naturaleza y el origen del lenguaje después del capí- o XIV del libro *La vida y el desarrollo del lenguaje*, que Whitney publi- en 1875. No sé qué pensaría Whitney de estos dos fallos; sin duda una tendría por agravio que ambos jueces le pongan más o menos en un smo rebaño con su adversario Max Müller.

Para la historia interior de la lingüística, estos dos fallos vienen a decir mismo: tenemos entendido que la interpretación positivista y naturalista lenguaje señala el punto en que la gramática comparada, al concluirse primer período, toma conciencia de que necesita plantear una teoría del guaje para comprobar el alcance y al mismo tiempo la validez de sus llazgos. ¿Sería la obra de Whitney la primera manifestación de esta con- ncia? Aquí, entre los comparatistas y lingüistas, encontramos una nueva furcación de juicios: ordinariamente a Whitney, junto a Max Müller, se asigna el papel de haber divulgado los resultados de la gramática com- rada, y hay quien añade que, con respecto al desarrollo ulterior de la lin- ística, este papel ha sido del todo estéril por falta de espíritu crítico en bos divulgadores. Sin embargo [3] Ferdinand de Saussure reconoce en hitney al que impulsó la lingüística comparada hacia un problema gene- del lenguaje; más recientemente dos representantes de tendencias muy

1. B. Croce, *Estetica*, 5ª edición, Bari, 1922, págs. 449-450.

2. R. A. Wilson, *The birth of language. Its place in world evolution and its structure in ation to space and time*. Londres, 1937, pág. 41. Véase en esta *Revista*, I (1939), págs. 77, la reseña de Raimundo Lida.

3. Véase, por ejemplo, Louis H. Gray, *Foundations of language*, Nueva York, 1939, págs. -442.

distintas en lingüística general, Albert Sechehaye y Otto Jespersen, están conformes en admitir que en la raíz de su ciencia está justamente la obra de Whitney [1].

En efecto la lectura de Whitney guarda todavía un hechizo particular: bajo el polvo de lo mucho que está para siempre superado, se vislumbra algo fresco todavía que, por un conocido fenómeno de inversión de perspectiva, nos parece remedar, más bien que adelantarse, a los maestros que más directamente influyeron en nuestra formación científica. Pese a todas sus limitaciones, se desprende de esta obra tan férreo anhelo de una concepción unitaria y armónica de la discorde variedad de la materia tratada, que el detenernos en ella nos permitirá revivir el espíritu de un lingüista y toda una edad de la lingüística.

I

No es mera casualidad que justamente alrededor de 1860 la lingüística alemana haya llegado a ser un bien común para todo el mundo culto. La *Historia de la lengua alemana* de Grimm había aparecido en 1848; la *Gramática comparada* de Bopp se termina en 1853; en este mismo año aparece el primer tomo de su segunda edición; dos años más tarde también las *Investigaciones etimológicas* de Pott alcanzan su segunda edición. No bien se había consolidado la obra de los fundadores de la lingüística, Schleicher publica en 1861 su *Compendio*, con el cual concluye el período meramente reconstructivo de la gramática comparada indoeuropea.

Mucho más compleja es la posición de Schleicher con respecto a la lingüística teórica. Sabemos que este período se distingue por haber tenido frente a la especulación filosófica una posición crítica que arraiga en el papel experimental que ya Friedrich Schlegel había destinado a la gramática comparada. El *Conjugationssystem* de Bopp destaca muy bien este carácter experimental, que todavía encontramos en el *Zetacismus*, donde Schleicher busca a través de múltiples familias de lenguas los testimonios de la palatalización, con el objeto de averiguar el principio general de decaimiento fonético a que había de antemano llegado interpretando hegelianamente la premisa teórica en que se apoya todo este período de la lingüística, la de un período formativo del lenguaje, anterior a cualquier lengua histórica. En este sentido podemos decir que Schleicher concluye el período

[1] Ferdinand de Saussure, *Cours de linguistique générale*, 1ª edición, Lausanne-Paris, 1916, pág. 19; A. Sechehaye, *La pensée et la langue ou Comment concevoir le rapport organique de l'individuel et du social dans le langage*, en *Psychologie du langage*, París, 1933, pág. 60; O. Jespersen, *Language, its nature, development and origin*, Londres-Nueva York, 1922, pág. 88; véase también A. Dauzat, *La philosophie du langage*, París, 1912, pág. 178 y sigs.

tecedente, cuya actitud de empirismo crítico no había desviado de la gene-
ización a comparatistas del temple de Grimm y de Pott. El *Origen del*
guaje, de Grimm, el bonito ensayo de Pott sobre la metáfora y algunos
pítulos de sus *Investigaciones* — mencionaré tan sólo su clasificación de
cambios semánticos — son fragmentos de esta experiencia, que serán
s tarde recogidos por la lingüística general [1].

Con su interpretación, Schleicher acababa por otro lado por mirar el
guaje desde un punto de vista muy particular: a su parecer, el período
la historia del lenguaje que cae bajo nuestra experiencia es tan sólo un
ríodo de decaimiento fonético, porque los sonidos ya han perdido el valor
rmal que tenían en el período prehistórico — el período de creación orgá-
ca — y, después de inaugurado el reino del espíritu, no son sino materia
yos elementos están fuera de la voluntad humana y se disgregan según
s leyes dictadas por los órganos de fonación. La vida de estos sonidos es
vida de los organismos muertos: « igual que la tierra después de la crea-
on del hombre, el lenguaje, después de iniciado el período de la historia,
un cadáver ... » [2]. Con Schleicher « vida del lenguaje » empieza a ser una
presión metafórica que se puede interpretar en sentido meramente natu-
lista.

¿Hasta dónde llegó efectivamente el naturalismo de Schleicher? ¿Hasta
é punto su experiencia de comparatista se desprendió de una concepción
eramente filosófica? No es preciso contestar aquí esta pregunta. Más bien
e en la doctrina de Schleicher nosotros estamos interesados en la inter-
etación que le dió Max Müller y en la reacción de Whitney. Esta doctri-
estaba formulada de tal manera que una generación empapada de po-
tivismo y evolucionismo podía interpretarla en sentido no sólo positivis-
, sino exclusivamente naturalista. Alrededor de 1860, Schleicher, en su
lidad de teórico del naturalismo, suele considerarse en lingüística opuesto
Steinthal, que pasaba comúnmente por heredero de la especulación filosó-
a brotada de Humboldt [3]. Con otras palabras, esto quiere decir que con
hleicher, y después de Schleicher, la gramática comparada se independi-
por completo de cualquier premisa filosófica y por lo tanto empieza a

[1] En efecto A. H. Sayce, *Principles of comparative philology* (cito por la traducción
ancesa de E. Jovy, 2ª edición, París, 1893), pág. 51, n. 1, menciona justamente la
sificación semántica de Pott y la prefiere a la de Whitney.

[2] Esta frase de *Zetacismus* la cita E. Wechssler, *Giebt es Lautgesetze?*, pág. 61, que
plica bien el origen hegeliano del naturalismo de Schleicher. Consúltese también M.
réal, *Essai de sémantique*, París (cito por la reimpresión de 1924), págs. 4-5, donde se
ade despectivamente al misticismo hegeliano de Schleicher. Ahora bien, el *Essai*, aun-
e publicado en 1897, expresa ideas que brotaron en la mente de su autor alrededor de
870.

[3] Véase Sayce, en el prefacio a la 1ª edición de *Principles*, que lleva la fecha de mayo
1874, y también la alusión de Whitney mencionada aquí, pág. 124, n. 3.

sentir la exigencia de una generalización e interpretación meramente positivista de los hechos históricos empíricamente averiguados. Creo haber probado en otra oportunidad por qué esta exigencia se sintió inmediatamente sólo para lo referente a la naturaleza de los sonidos y a su desarrollo: el concepto de tendencia fonética, como forma de ley general, ya está formulado en *Zetacismus*. Era ésta la parte general que correspondía al propio problema planteado hasta entonces por el método comparativo [1]. Todo lo demás parecía prematuro.

La *Historia de la lingüística* de Benfey [2] termina justamente señalando el escrito de Schleicher *Die darwinische Theorie und die Sprachwissenschaft* junto a las *Conferencias* de Max Müller y al libro de Heyse. Es ésta una mención que en su conjunto no carece de escepticismo: los resultados de la comparación no parecían lo bastante maduros para fundar teorías en ellos. En efecto, ya había empezado en Alemania el período de crisis de los métodos, que debía desembocar mucho más tarde en la lingüística general de los neogramáticos; por entonces la lingüística alemana daba la impresión de haberse enredado en su tecnicismo y al mismo tiempo de estar en completa incertidumbre sobre sus principios.

Tocó a Max Müller la tarea de enterar al público inglés de que en Alemania había nacido una forma nueva de filología: la lingüística comparada. La obra de Müller tuvo en seguida éxito grandísimo, como la de Whitney pocos años después. La doble serie de *Conferencias* dadas por Max Müller en Oxford, se imprimió nueve veces entre 1861 y 1899 [3] y fué traducida al francés, al italiano, al español [4] y hasta al alemán; resulta claro que el mundo culto de aquel momento necesitaba libros de esta clase. Quizás los necesitaran también los filólogos. Los jóvenes, por lo menos, se enteraron entonces de algunos puntos, por ejemplo de la clasificación morfológica de las lenguas, que, aunque largamente elaborada en el primer período de la lingüística, les llegó tan sólo bajo la forma en que finalmente la interpretó este prestigioso divulgador [5]. Sin embargo, Max Müller quiso ser

[1] Me permito remitir a mi *L'héritage de la méthode comparative*, en *Acta linguistica*, II (1940), pág. 6, y *¿Qué es la lingüística?*, Buenos Aires, 1942, pág. 35.

[2] Theodor Benfey, *Geschichte der Sprachwissenschaft*, Munich, 1869, pág. 803.

[3] Max Müller, *Lectures on the science of language*, 1ª edición, Londres, 1861; *New lectures*, etc., 1863; las ediciones posteriores a la 5ª llevan juntas las dos series; cito por la 9ª edición, 1899. Con *Science* cito la 3ª edición de la traducción francesa de G. Harris y G. Perrot, *La science du langage*, París, 1867; *Nouvelles leçons sur la science du langage*, París, 1868.

[4] Max Müller, *La ciencia del lenguaje*, traducción de José de Case, Madrid, s. f. (sigue la 6ª edición inglesa, 1866).

[5] Cito por la traducción francesa: *La stratification du langage*, en *Bibliothèque de l'École de Hautes Études*, cuaderno 1° (1867), págs. 1-33.

fué en realidad algo más: en el prefacio a la última edición de sus *Conferencias,* mira su libro con despejado sosiego, como anciano que recorre los lances de su vida pasada. Más de treinta años habían transcurrido y con ellos muchas teorías; el libro ya estaba muy viejo, superado. Müller se da cuenta de esto, hasta donde un autor puede darse cuenta repasando su obra; pero le agrada también señalar algunos puntos que la lingüística sigue todavía admitiendo, y reclama sobre ellos el derecho de prioridad. Sobre todo, la idea de que al lado de la gramática comparada «había lugar para una ciencia del lenguaje cuyo objeto no son tan sólo vocales y consonantes, o las leyes fonéticas, sino también la naturaleza, el origen y el desarrollo del lenguaje. Esta idea — sigue Max Müller — al principio se acogió muy fríamente; sin embargo, otros vinieron después de mí y trabajaron mejor», y Max Müller da una lista de tratados ingleses de lingüística, encabezada por los libros de Whitney.

¿Y por qué a Whitney, o a Schleicher mismo, más bien que a Max Müller, se hacen remontar hoy los orígenes de la lingüística general? Podemos decir que Max Müller es la primera víctima de sus cualidades: es un sabiotista, aunque no un aficionado, por supuesto, ni tampoco un mero divulgador; pero en él sobraba la fantasía científica que amplía hasta lo posible el alcance de los resultados conseguidos, y confunde las hipótesis de trabajo con lo que está realmente probado. Volvamos a leer las páginas de las *Conferencias* [1] donde Max Müller revela a los legos los misterios de la ley de Grimm y prueba que el inglés *tear* y el fracés *larme* no son sino una misma palabra: Max Müller hace sentir al lector la sorpresa que debió de alegrar a Grimm cuando se dió cuenta de lo que se podía realizar con el medio de investigación etimológica que acababa de descubrir.

El mismo oficio de divulgador hacía que Max Müller se inclinara a subrayar la certidumbre metódica de que la gramática comparada había hecho alarde desde sus primeros días; sin embargo, esta actitud se confunde con la confiada seguridad que caracteriza en esta edad a cierta filosofía positiva. Lo nuevo en Max Müller consiste justamente en destacar la posición positista que la lingüística había alcanzado con Schleicher. La propia gramática comparada, que con la reconstrucción del indoeuropeo aparentaba haberse convertido en un sistema aplicable indefinidamente a otros grupos lingüísticos, le proporcionaba a Max Müller los hechos que necesitaba. La idea de una lingüística general, distinta de la gramática histórica, le parecía hallazgo suyo porque en la herencia de Schleicher ésta era la parte más abierta a las posibilidades de su talento generalizador y al mismo tiempo porque la contemplaba con los vírgenes ojos de su positivismo; así, puede interpretar dentro del naturalismo de Schleicher la vieja oposición romántica entre el cultismo de las lenguas literarias y la libre naturaleza de los dialectos incultos, y esto

[1] *Conferencia V.*

le parece cosa nueva [1]. Claro que el horizonte de esta lingüística general estaba necesariamente limitado por el método comparativo, que lleva a Max Müller a plantear el problema del origen del lenguaje fundamentándolo sobre la existencia de quinientas raíces originales, poco más o menos, a las cuales pensaba que podía remontar remotamente cualquier forma de lengua histórica. Sin embargo, Max Müller no era un *purus grammaticus*; tenía intenso interés en los problemas filosóficos del lenguaje, de donde una duplicidad de posición a la cual tendremos oportunidad de volver más tarde. Lo interesante ahora es notar que el positivismo de Max Müller lo detenía naturalmente lejos de Herder, de Humboldt, de Schlegel y en general de los románticos, a quienes menciona tan sólo en cuanto puede imaginarlos juntos y confundidos con los padres de la lingüística comparada [2]; os filósofos a los cuales Max Müller acude y alude más a menudo son Locke, Adam Smith, Dugald Stewart y Horn Tucke.

También en este punto la dirección del pensamiento de Max Müller coincidía admirablemente con su papel de vulgarizador. El solo hecho de difundirse la lingüística fuera de Alemania llevaba consigo la tendencia a ensanchar sus asuntos : en todos los países había muchos que, habiendo llegado a oír algo de los deslumbrantes resultados de la gramática comparada, deseaban enterarse más exactamente. Sin embargo los fundamentos del método comparativo, tan ajenos al sentimiento lingüístico, necesitaban esfuerzo y entrenamiento ; más fácil parecía reanudar por medio de la nueva ciencia los problemas etnográficos y filosóficos con que el mundo culto ya estaba familiarizado.

Podemos decir, desde luego, que el empirismo filosófico, junto con la filología sánscrita, fueron en Inglaterra el camino abierto para la penetración de la lingüística comparada, y al mismo tiempo la piedra de toque que hizo más patente la exigencia de una lingüística general. Si la posición ambigua de Max Müller, si su conformación espiritual, hicieron marchitar muy pronto sus teorías, lo que no ha sido en él perecedero, lo que le destina un lugar en la historia de la lingüística, aunque menos eminente de lo que él mismo pensaba, es el motivo fundamental de su obra que hemos intentado caracterizar aquí ; punto tras punto Whitney reacciona contra Max Müller, y sin embargo no cambia su posición inicial, sino que más bien la hace más rígida.

[1] Véase el prefacio mencionado de las *Conferencias* y la *Conferencia II*. El núcleo de esta interpretación ya está en Schleicher, como señaló J. Schmidt, *Schleicher und die Lautgesetze*, en *Zeitschrift für vergleichende Sprachwissenschaft*, XXXII, pág. 419 y sigs. Schmidt menciona también un pasaje de la *darwinische Theorie* que muestra muy claramente cómo el concepto de organismo lingüístico en el pensamiento de Schleicher estaba a punto de reducirse a metáfora : « las lenguas son organismos naturales que, sin intervenir la voluntad humana, nacen, crecen, se desarrollan según leyes determinadas y luego envejecen y mueren ; a ellas les es también propio un conjunto de fenómenos que estamos acostumbrados a llamar *vida* » (die man unter dem Namen « Leben » zu verstehen pflegt).

[2] Véase *Conferencia* I y *Conferencia* V (*Lectures*, pág. 197 y sigs.).

II

Quizás no sea superfluo recorrer algunos puntos de la vida científica de Whitney que aclaran sin más algunos aspectos de su formación mental. A s veinte y siete años, al regresar de un viaje por Alemania, donde había tudiado con Weber, Lepsius, Roth y por fin con Bopp, se hizo cargo e la enseñanza del sánscrito en Yale (1854). Además de la edición y tra-ucción del *Atharva-Veda*, la filología sánscrita es deudora a Whitney de na gramática que proporcionó a más de una generación los primeros fun-amentos de este idioma. Sólo quince años más tarde inició Whitney la nseñanza universitaria de la ciencia del lenguaje (*comparative philology*) ie entretanto había contribuído valiosamente a difundir en su país con is escritos. Hasta aquí la preparación de Whitney no se distingue de la e Max Müller y los demás lingüistas, ya que el sánscrito seguía estando n la base de la gramática comparada. La posición de Whitney se parecía mbién particularmente a la de Max Müller en un punto negativo : nin-uno de los dos tenía particular interés en las lenguas clásicas — como réal, o Curtius, o Corssen — ni en ningún otro miembro de la familia indo-uropea. Whitney tenía, por su parte, una experiencia penetrante de len-uas modernas : había enseñado francés y alemán, y publicado gramáticas rácticas y diccionarios de ambas lenguas. Pero por encima de su pensa-iento está la experiencia de su propia lengua ; también redactó una gramá-ca elemental del inglés, y contribuyó a la lexicografía inglesa en su cali-ad de jefe de redacción del *Century Dictionary* [1].

Whitney nos dejó un sumario de su doctrina lingüística en el artículo obre *Philology* que redactó para la *Enciclopedia británica*. Para mejor omprensión de lo que sigue me parece oportuno traducir en extenso el rimer párrafo, donde se resume el concepto de lenguaje que Whitney creyó aber alcanzado : « Es evidente que el deseo de comunicarse con sus seme-antes ha sido la única fuerza que impulsó al hombre a producir el lengua-e. En efecto, el espíritu de sociabilidad, la tendencia a la ayuda mutua, la impatía entre seres humanos, están en la raíz del lenguaje. El lenguaje tie-e también otro oficio, pero de valor secundario : el lenguaje da claridad al ensamiento humano. En sus comienzos el valor significativo del lenguaje onsistió en la imitación de ruidos naturales o de sonidos humanos ; sin mbargo, el verdadero lenguaje empieza tan sólo cuando se patentiza la inten-ión de significar algo, esto es, cuando el lenguaje deja de sugerir descrip-ivamente su significado y llega a ser un signo que tiene significación tan

[1] *Essentials of English grammar for the use of schools* : 1ª edición, 1877 (cito por la 2ª, Londres, 1883). *A compendious German and English dictionary*, Londres, 1882.

sólo en fuerza de la imitación y del uso. Sólo en este momento el medio de comunicación viene a ser algo que puede trasmitirse y lleva el carácter de tradición que es propio de todas las instituciones humanas. Podemos suponer que los primeros signos fueron sílabas, quizás también sílabas reduplicadas » [1].

Después de bosquejado este panorama inicial, sigue Whitney exponiendo su teoría del cambio y del desarrollo lingüístico, que vamos a ilustrar a continuación, analizándola punto por punto, ya que éste ha sido el problema que propiamente interesó a Whitney. Sin embargo, quien juzgara el pensamiento de Whitney poniéndolo en el cuadro de las teorías que ya prevalecían en el momento en que escribió para la *Enciclopedia,* podría ser culpado de injusticia hacia él y de error histórico. Este pensamiento Whitney había ya tenido oportunidad de expresarlo más largamente dos veces : en las conferencias sobre *El lenguaje y la lingüística* que dió en la Smithsonian Institution en 1863 y publicó en 1867 [2] y en su libro *Vida y desarrollo del lenguaje* [3] que salió ocho años más tarde. No es que Whitney haya modificado el conjunto de sus ideas de manera notable, sino que el deseo de exponerlas resumidas en forma sistemática le hizo modificar el orden de la exposición, y la mutua relación de algunos puntos se encuentra así desplazada. Queda perdido el espíritu con que Whitney encaró algunos problemas, queda perdida la atmósfera particular del período de la lingüística en que Whitney se formó, queda perdido casi por completo el carácter de reacción contra sus antecesores inmediatos.

Entre la aparición de sus dos libros, Whitney publicó en revistas norteamericanas una larga serie de ensayos polémico-críticos contra estos antecesores o sobre algunos problemas particulares : Max Müller y sus *Confe-*

[1] *The Encyclopaedia Britannica.* Cito por la 11ª edición, vol. XXI (1911), pág. 414 *a*-430 *b*. Whitney escribió este artículo para la 9ª edición (1875-1889).

[2] *Language and the study of language.* Nueva York, 1867 (citado como *Lenguaje*). Un resumen de las conferencias ya se había publicado en el Boletín de la Smithsonian Institution, 1863. Hay también una edición reducida, *Language and its study with especial reference to the Indoeuropean family of languages,* con introducción y notas... por el Rev. R. Morris, 2ª edición, Londres, 1880. Notable la reducción — más bien que traducción — al alemán por J. Jolly, con notas bibliográfico-críticas sobre algunas cuestiones de gramática indoeuropea ; además en el último capítulo se amplía y completa el dibujo histórico de la lingüística (J. J., *Die Sprachwissenschaft : W. D. Whitneys Vorlesungen über die Prinzipien der vergl. Sprachforschung,* Munich, 1874.

[3] *The life and growth of language,* Londres, 1875 (cit. *Vida*). Es un tomo de la *Biblioteca Científica Internacional.* Contemporáneamente se publicó la traducción francesa, en la misma colección, *La vie du langage,* París, 1875 (cit. *Vie*). Traducción alemana por A. Leskien, *Leben und Wachstum der Sprache,* Leipzig, 1876 ; traducción italiana por F. D'Ovidio (Milán, 1876) ; para el español, no estoy en condición de señalar nada más que la traducción anónima del primer capítulo, *La vida del lenguaje: De cómo el hombre adquiere el lenguaje,* Madrid, 1890.

ucias [1]; Schleicher y el naturalismo en el lenguaje, Steinthal y el psicologismo, el problema del origen del lenguaje y de la educación. Detenernos sobre cada uno de estos ensayos sería, sí, interesante, pero no necesario: las cuentas de Whitney con sus antecesores ya resultan lo bastante claras en sus libros. Y además, no estamos seguros de que lograríamos representar con fidelidad su peculiar modo de trabajo. Whitney ha sido sin duda alguno un polemista: cuando pensamos en él, pensamos inmediatamente en su debate con Max Müller, que fué algo más que un debate de principios y de método, fué la expresión de una verdadera idiosincrasia mental [2]; sin embargo, en sus obras definitivas el auténtico positivista que era Whitney propendía a amortiguar el espíritu polémico distinguiendo las «opiniones» de los sabios y de los investigadores y la sagrada majestad de los «hechos» verificados y comúnmente admitidos, que es el bien de todos, que es la verdad. En la *Vida*, esta tendencia, aunque encubierta por el deseo de evitar polémicas, la declara abiertamente el autor mismo [3] y ya puede darse por asentada en el plan del *Lenguaje*.

Para lo que se refiere al carácter exterior de este plan, sin duda alguna el *Lenguaje* encabeza la serie de los tratados producidos por la lingüística positivista, con la intención de formar un cuerpo de doctrinas adquiridas [4]. Whitney más modestamente piensa que su libro puede también pasar como manual —; en el campo de la reconstrucción indoeuropea el *Compendio* de Schleicher ya proporcionaba el modelo. Por ejemplo, el esquema del *Lenguaje* ya está todo en las primeras *Conferencias* de Max Müller: naturaleza del lenguaje. Método genealógico y familia indoeuropea. Otras familias de lenguas y clasificación morfológica. Origen del lenguaje. Lenguaje y pensamiento. Sólo que este anhelo de sistematización objetiva de

[1] Los que más directamente afectan a los temas tratados en los libros están reunidos en el tomo I de *Oriental and linguistic studies*, 1873. No siéndome posible conseguir estos ensayos ni en la edición definitiva ni en la originaria, tengo que conformarme con dar aquí sólo la lista de ellos, *Studies*, I, págs. 198-261: *Indo-european Philology and Ethnology*, reimpresión de la *North American Review*, CV (1867); págs. 263-278: *Müller's Lectures on language, North Am. Rev.*, C (1865), CXIII (1871); págs. 279-291: *Present state of the question as to the origin of language* (*Transactions of the American Philological Association* for 1870); págs. 291-297: *Bleek and the simious theorie of language* (*The Nation*, Nueva York, 1869); págs. 298-331: *Schleicher and the physical theorie of language* (*Transactions* mencionadas, 1871); págs. 332-375: *Steinthal and the psychological theory of language* (*North Am. Rev.*, CXIV (1872); pág. 376 y sigs.: *Language and education* (*North Am. Rev.*, 1871).

[2] Véase *Max Müller and the science of language*, Nueva York, 1892, donde Whitney manuda las cuestiones ya tratadas en *Studies*.

[3] Véase el último párrafo en el prefacio de la *Vida*. En el del *Lenguaje* Whitney nombra con agradecimiento a Max Müller, Schleicher, Steinthal, y menciona, como obras generales en las que se apoya su libro, el *Compendio* del segundo y la *Characteristik der hauptsächlichen Typen des menschlichen Sprachbaues* del tercero.

una doctrina está lejos de dominar a Whitney — la sistemática en la lingüística está en su amanecer. Dentro de este esquema hay problemas que Whitney escudriña hasta la raíz y hay también otros que le interesan menos porque están arrinconados en los polos de su formación mental. El mismo Whitney delata estas desigualdades, casi sin darse cuenta de ellas, con las supresiones y los cambios de proporciones que distinguen su segundo libro del primero ; hasta en el título : *Vida y desarrollo del lenguaje* es algo menos indeterminado que *Lenguaje* [1].

Sólo después que consiguió armonizar más profundamente la materia de la lingüística desde su particular punto de vista, en el momento de terminar la *Vida,* su primer libro pudo parecerle sistemático y maduro. Iniciando las conferencias recogidas en *Lenguaje* había declarado no poder intentar con ellas una exposición sistemática de su tema ; más bien se conformaría con discutir en forma sencilla y corriente los puntos fundamentales que patentizan más claramente los caracteres del lenguaje y determinan el método para su estudio. Muy recatado ha sido Whitney hablando de una forma corriente de exposición : en realidad Whitney expone la nueva ciencia con una claridad tersa y fría, partiendo de un conjunto de problemas en que su público está interesado de antemano y dirigiendo su atención desde lo conocido hacia lo desconocido. Sin embargo, el hechizo de esta claridad se debe a la circunstancia de que la manera de explicar y divulgar la ciencia que Whitney tenía se adhiere perfectamente a la forma inductiva, simplificadora y cauta al mismo tiempo, de su pensamiento científico.

III

¿Y qué era en realidad lo que Whitney conocía? Era el fruto de un amplio terreno experimental, de que disponía gracias a su penetrante análisis de lenguas vivas junto a una no menos penetrante familiaridad con la gramática comparada indoeuropea. Las dos experiencias ordinariamente se suman : de esta congruencia brota lo original en Whitney. Sin embargo, las dos experiencias también se anulan mutuamente sin que Whitney se dé siempre cuenta de ello : tenemos desde luego explicado por qué algunas soluciones de Whitney resultan contradictorias o inadecuadas. Por el contrario, Whitney tiene clarísima conciencia de que el conjunto de sus experiencias tiene límites, y busca por lo tanto deliberadamente los límites de lo que él llama lingüística. Después de cincuenta años de lingüística general,

[1] El citado prefacio habla « de un mismo cuento en tonos distintos » y de las reducciones y del cambio de proporciones que hubo que introducir en la *Vida*. En la *Vida* muchos puntos particulares y muchas discusiones resultan efectivamente cortados; por el contrario, los capítulos que tratan de la vida del lenguaje (II-VIII) están desarrollados más detalladamente que en el *Lenguaje* (II-IV).

os límites acaso estén aun más claros para nosotros. Así parece como
e el mismo Whitney nos señalara de antemano el criterio para alcanzar
a evaluación histórica de su enigmática personalidad.

La materia de la gramática indoeuropea está resumida por Whitney
ún los resultados más seguros y recientes, sistematizados por Schleicher.
o hay que poner de relieve que lo sustancial para Whitney sigue siendo
metódica de Bopp con sus dos principios: el concepto de clasificación
ealógica y el método de análisis de la palabra indoeuropea. El problema
pio de Schleicher, la metódica de la reconstrucción, le es ajeno. No olvi
mos que en efecto Whitney ha sido discípulo de Bopp y que justa
nte en aquellos años la versión francesa de Bréal había dado a conocer a
pp fuera de Alemania; todavía estaba Bopp bien vivo en aquel momento.
posición de Whitney no representa de manera alguna un salto atrás: la
tódica de Schleicher era lo técnico, y en alguna parte lo hipotético, de lo
al alejaban a Whitney su forma mental y su papel de divulgador; la
tódica de Bopp seguía siendo el adelanto decisivo que permitía funda-
ntar la lingüística en una base científica: todo el edificio de la gramá-
a comparada indoeuropea ya se levantaba para atestiguar la validez del
todo en un caso histórico concreto. Whitney, en busca de principios
nerales, no tenía otro punto positivo de salida: lo que para el mismo
pp había sido una experimentación, para Whitney viene a ser una ge-
alización.

La correcta disección de la palabra indoeuropea en semantemas y morfe-
s, que había permitido a Bopp determinar la estructura gramatical de las
guas indoeuropeas en el tiempo en que Whitney escribía, estaba some-
a a revisión. Los puntos que se discutían eran en particular dos, respecto
los cuales toma él posiciones completamente distintas, podemos decir
uestas, que es de gran interés examinar con detenimiento.

El análisis de la palabra indoeuropea permitía alcanzar cierto número de
ces que podían presentar alguna analogía de sonidos y de significados.
Hasta qué punto era posible una identificación de estas raíces reduciendo
número por medio de una comparación ulterior? Con excesiva confianza,
habían vacilado en identificar raíces homófonas Pott, Max Müller, etc.,
rsuadidos de que ésta era la cumbre del método etimológico y de que tan
lo en el estadio de las raíces era posible captar la palabra indoeuropea
davía en su período creativo. Pero ya había quienes tenían dudas a este
opósito: ya Curtius, por ejemplo, manifiesta un escepticismo que, a pesar
algunas supervivencias, seguirá su curso hasta Fick y Meillet. Ahora
en, la cordura con que Whitney se expresa [1] sobre este punto no es menor
e la de Curtius, y es más notable porque él, por su naturaleza y por su
ismo tema, propendía a la generalización, y porque, como veremos, creía

[1] Véase *Vie*, págs. 14, 119; *Filología*, pág. 411.

firmemente en la realidad prehistórica de las raíces, mientras para Curtius la raíz ya se había reducido a no ser otra cosa que una fórmula analítica. Éste es el primer ejemplo de la actitud característica que Whitney tiene frente a los hallazgos del método comparativo cuando se trata sólo de plantear empíricamente un problema concreto : entonces luce facultades críticas muy notables ; es una crítica que no pasa de negativa porque, dado su papel de teorizador, descuida lo técnico, y en el terreno histórico no se sale nunca de meras generalidades ; sin embargo, esta crítica señala muy bien el momento en que la lingüística estaba tomando conciencia de sus límites, y por consiguiente de sus verdaderas tareas. Con otras palabras, Whitney interviene así en cierta medida en la crisis metódica de la lingüística alemana, aunque ésta le ocasionara desilusión y asombro.

Por lo contrario, cuando le parece a Whitney que un principio del método comparativo puede interpretarse en forma teorética o por lo menos general, entonces abandona toda posición crítica y se inclina a la generalización : esto es justamente lo que hace con el segundo problema del análisis comparativo, la llamada teoría de la aglutinación. Pero este punto, para entenderlo bien, nos lleva muy lejos. El lector habrá reparado en lo limitada que es la definición del lenguaje que da Whitney ; es la definición de un comparatista que no logra distinguir en el lenguaje nada más que lo que propiamente está sujeto a su investigación : un conjunto de hechos históricos — una institución social — para usar su terminología. A causa de esta visión, es perfectamente lógico que Whitney conciba *a priori* el lenguaje como distinto y posterior al pensamiento, como instrumento del pensamiento, etc. Sus argumentaciones pueden parecer hoy — y también podían parecer entonces — cosa de niños [1] ; pero se apoyan en la mentalidad característica del comparatista, acostumbrado a la pluralidad histórica de la expresión significante que él sólo puede medir al compás de la unicidad del significado, acostumbrado al cambio de sentidos, acostumbrado, en una palabra, a operar con el postulado de la arbitrariedad del signo, justamente subrayado por Whitney [2]. Aquí rozamos un problema que sigue siendo muy vivo en la lingüística general [3] : uno de los muchos por medio de los cuales

[1] Véase *Lenguaje*, págs. 406-412 ; *Vie*, pág. 114 y sigs. : el mismo concepto puede tener denominaciones múltiples ; los planetas existían antes de nombrarlos los astrónomos ; además del lenguaje, el hombre dispone también de otros medios de expresión.

[2] Véase *Vie*, pág. 165 ; compárese también págs. 245-246.

[3] Véase, por ejemplo, J. Vendryes, *Le langage*, París, 1921 (cito por la traducción española, Barcelona, 1925, pág. 319 y sigs.). Para la cuestión general compárese *Héritage*, págs. 80-81 y *Lingüística*, págs. 54-56. La actitud de la psicología lingüística a este respecto es parecida a la de la lingüística general : véase el escrito ya señalado (pág. 106, nota) de Sechehaye, y además O. Funke, *Studien zur Geschichte der Sprachphilosophie*, II. *Zur Sprachphilosophie der Gegenwart*, Berna, 1928, pág. 53 y sigs.

se señalan los límites de esta lingüística, debido justamente a haber brotado ella de las exigencias de la gramática comparada. En lo que se refiere a Whitney lo interesante es notar que él mismo — aunque no sin ironía polémica — admite lo concreto y lo limitado que resulta su concepto del lenguaje: « no es una fuerza, una actividad, no es el ejercicio inmediato del pensamiento; es un producto mediato del pensamiento, es un instrumento. Puede que muchos que estudian superficialmente o están envueltos en prejuicios tengan este punto de vista por inadecuado y poco sublime; ésta es una consecuencia de que confunden dos significados muy distintos de la palabra lenguaje. Una de las características más salientes del hombre es la facultad de lenguaje, mejor dicho, muchas facultades cuyo conjunto lleva inevitablemente a la producción del lenguaje; sin embargo, las facultades hay que mantenerlas distintas de los productos por ellas elaborados ». No sé si Whitney pensaba aquí en la distinción entre 'ergon' y 'energeia'; más adelante resultará, así lo espero, que con Whitney nos encontramos mucho más próximos a Saussure que a Humboldt; es seguro que introduce esta cautelosa distinción entre habla y lengua en el momento mismo en que se prepara a discutir el problema del origen del lenguaje, que ya se formula por él en la forma menos simple de « naturaleza y origen del lenguaje ».

No es que Whitney esté persuadido por completo de las afirmaciones de Steinthal [1]: que el problema del origen se resuelve en el problema de la naturaleza del lenguaje. Más bien está persuadido de antemano de que el problema ya está fuera del alcance de su lingüística, por encima de ella. En el capítulo antecedente ¿no acababa de probar que el poder reconstructivo de la comparación tiene sus límites, y que donde la lingüística no puede llegar tiene que conformarse con los resultados de la etnografía y aun de la antropología, esto es, de las únicas ciencias que puedan decir algo seguro sobre el origen del hombre antes del amanecer de la historia? Y ahora admite que también la psicología tiene algo que decir sobre el asunto, aunque lo admita a regañadientes. Sea lo que sea, resulta claro que plantea el problema sólo porque lo habían planteado sus antecesores: este capítulo tiene el cariz evidente de un episodio polémico.

Huelga recordar detenidamente cómo el racionalismo iluminista había planteado el problema del lenguaje bajo la forma de un problema de origen, ya genético, ya histórico [2]. Esta doble forma ya estaba en el dogma del origen divino contra el cual se reaccionaba: buscar un origen común prehis-

[1] H. Steinthal, *Einleitung in die Psychologie und Sprachwissenschaft*, 2ª edición, Berlín, págs. 73-78.

[2] Además de Steinthal, véase O. Funke, *Englische Sprachphilosophie im späteren 18. Jahrhundert*, Berna, 1934, pág. 19 y sigs.; Eva Fiesel, *Die Sprachphilosophie der deutschen Romantik*, Tübingen, 1927, págs. 48-55, 165.

tórico a las lenguas humanas resultaba el primer camino que se presentaba abierto para resolver la antinomia entre la universalidad del lenguaje y la pluralidad de las lenguas humanas. Además, mientras se seguía poniendo en primer plano el problema analítico del lenguaje, indagando el valor intelectual de sus formas gramaticales y el sentido fundamental de sus palabras, se desembocaba necesariamente en un problema genético. Por un lado Rousseau, por el otro De Brosses y algunos empiristas ingleses, si queremos limitarnos a los antecesores que más interés tienen para nuestro asunto. Eva Fiesel observa que los grandes románticos estuvieron, sí, poseídos por el problema del origen del lenguaje, pero que le dieron cariz de problema estético-filosófico, dejando a un lado el aspecto genético-histórico de la cuestión. Es verdad, y sin embargo el hecho mismo de aislar en la múltiple realidad actual del lenguaje los caracteres esenciales de su naturaleza llevaba consigo inevitablemente el soñar con una lejana edad de oro en la cual estas formas fundamentales se desplegaban con plena libertad. Se fundamenta así la visión de un período creador y formativo del lenguaje, a la cual no escapa ni siquiera la actitud crítica de Humboldt.

El carácter analítico e histórico-evolutivo que prevalece en la gramática comparada permite a ésta revisar el problema de los orígenes tomándolo justamente en el punto en que lo había dejado el siglo anterior [1]. Puede que, justamente por encontrarse al margen de sus posibilidades, el problema de los orígenes sea uno de los primeros donde la gramática comparada quiso medir sus fuerzas y al mismo tiempo expresar su anhelo de una lingüística general. El *Origen del lenguaje* por Jacob Grimm aparece en 1848, contemporáneo del libro de Renan *De l'origine du langage*. Ambos escritos, con el milagro de su armonía espiritual, siguen hechizándonos, aunque estamos tan lejos de la atmósfera de aquellos días. Ambos están grabados en nuestra memoria bajo la luz de cierta hermandad : en ambos las premisas son idealistas y románticas, pero ya es realista y positivista el espíritu de su investigación. De esta posición se desprende ya una quiebra en la unidad del problema ; la cuestión estético-filosófica está a punto de quedar abandonada : estamos sobre el terreno concreto de la historia, aunque de una historia ideal de la cultura humana. La tesis que destaca Renan (cada familia de lenguas y de pueblos — los arios con su lógica, los semitas con su poesía, etc. — testimonia una forma originaria y peculiar de pensamiento) puede derivar de la doctrina de la forma interior, de Humboldt ; sin embargo se apoya también en los resultados de la comparación, contraria en aquel momento a los intentos ulteriores de identificar las grandes fami-

[1] Esta actitud la expresa muy sugestivamente Bréal, *Essai*, pág. 255 : « nos pères de l'école de Condillac, ces idéologues qui ont servi de cible, pendant cinquante ans, à une certaine critique, étaient plus près de la vérité quand ils disaient, selon leur manière simple, que les mots sont des signes ».

lias de lenguas. Y los períodos en que Grimm divide la historia del lenguaje: mítico-poético, formativo, gramatical, aunque Grimm sepa matizarlos con su sensibilidad histórica [1], son susceptibles de una interpretación positivista.

Esta armonía se desvanece muy pronto; en Max Müller ya es contradicción. Por un lado el elemento primitivo del lenguaje se le presenta en la forma que había alcanzado el análisis científico: las raíces, que para Max Müller tenían valor de resultado dos veces conseguido. No sólo el análisis de Bopp, junto a la teoría de la aglutinación, que consideraba también los morfemas como raíces originariamente independientes, le permitía declarar que el sistema primitivo de las lenguas indoeuropeas se reducía a un número limitado de raíces parecidas a las de las lenguas aislantes, sino que también la clasificación gramatical de las lenguas, que Müller seguía manteniendo e interpretando como una periodización de cariz evolutivo, le permitía justamente presentar otra vez el sistema aislante como estado originario. Por otro lado, Müller tenía en el problema del lenguaje un verdadero interés filosófico; de donde su interpretación muy vaga e imprecisa del hablar por raíces como expresión, o exteriorización directa, de la razón, que distingue de los brutos a la especie humana, interpretación muy parecida a la de tipo idealista [2], por lo menos en cuanto rechazaba terminantemente cualquier teoría materialista, y también porque estaba fuera del alcance de la lingüística propiamente dicha.

Y ya es hora de que lleguemos a Whitney. Su teoría sobre el origen del lenguaje estaba muerta de antemano, ya que Whitney la formula en el mismo momento en que se da cuenta de que en su lingüística no hay lugar para ella. Es un ejemplo más de cómo era fácil y natural para esta nueva lingüística positivista reanudar, modernizándolas, posiciones alcanzadas por el racionalismo iluminista, aunque esta vez Whitney no sea original y parezca complacerse en hacer hincapié justamente en las teorías que Max Müller había condenado. Por el contrario es muy interesante y singular la generalización con que Whitney fundamenta su teoría imaginando un período originario de lengua fundado en un sistema de raíces igual al sis-

[1] J. Grimm, *Ueber Sprachursprung*, reimpreso en *Gesammelte Schriften*, I, pág. 25 y sigs. Muy notable la finura con que se interpreta la transformación de las lenguas sintéticas en analíticas. La mención de un período mítico que inicia el desarrollo del lenguaje tiene que ponerse en relación con las ideas de Görres, el cual — según explica Eva Fiesel, obra mencionada, pág. 154 — intentó así relacionar la ideología romántica con el problema propiamente histórico planteado por la nueva lingüística.

[2] Véase el prefacio a la 5ª edición, y particularmente el a la 6ª edición de las *Lectures*, donde Max Müller, al reconocer terminantemente que el problema está fuera de la lingüística, declara que la teoría expuesta en su libro es de Heise, y que están equivocados los que se la atribuyeron a él.

tema que se atribuía al estado más remoto del indoeuropeo. Es sabido que alrededor de aquellos años ya la teoría de la aglutinación estaba sujeta a las críticas que debían llevar a su próximo abandono [1]. Whitney, cuyo espíritu estaba todavía repleto de lo decisivo, de lo definitivo que había sido para la ciencia el comparatismo, no estaba dispuesto a poner en duda las conclusiones alcanzadas por Bopp ; le hubiera parecido dar un paso atrás. Mucho más podía afectarle la imposibilidad de probar comparativamente la originaria existencia aislada de los morfemas indoeuropeos, su identificación con raíces pronominales y el último origen de esta clase de raíces.

Justamente en la oportunidad de encontrar esta prueba y de defender la teoría de la aglutinación, Whitney recurre a un principio de generalización cuya trascendencia terminantemente destaca : « que no es posible remontarse a las primeras capas desconocidas de un largo desarrollo histórico del lenguaje sino estudiando concienzudamente los estados más recientes para los cuales quedan testimonios y luego considerarlos no menos cautelosamente como si fueran ya subsistentes en otras edades en fuerza de una cautelosa generalización analógica ». Adjetivos ingleses de tipo compuesto : *fearful* o *fearless* ¿ no implican la existencia anterior del sustantivo *fear* y de los adjetivos *full* y *less* ? Y el sufijo adverbial *-ly* ¿ qué es sino una antigua forma correspondiente al adjetivo *like* ? [2]. Análogamente Bopp había aducido como prueba de la remota aglutinación de la cópula, que él admitía en medida muy amplia, la analogía de la formación prehistórica, pero mucho más reciente, del imperfecto itálico y del futuro latino por medio de antiguas formas de aoristo (*-bam, -fam*) y de subjuntivo (*-bo*) del verbo que dió al latín el perfecto de *sum*.

Pero ¿ qué impulsó a Whitney a fijarse obstinadamente en esta generalización ? A Whitney le halagaba oponer una descarnada forma de inducción al mito de un período creativo del lenguaje. La idea de Vico, de que el lenguaje había brotado en una edad en que la humanidad primitiva vivía con una energía espiritual desconocida a su posteridad, ¿ no rige todavía en Renan ? Y la metódica y el naturalismo de Schleicher ¿ no se apoyan en el

[1] Un buen resumen de la cuestión en Berthold Delbrück, *Einführung in das Sprachstudium*, 3ª edición, Leipzig, 1893, especialmente para lo que se refiere a los términos comparativos del problema. Es la cuestión vista por un neogramático. El problema, en el estado en que se hallaba cuando Whitney escribía, lo ha discutido Sayce, quien polemiza directamente con Whitney, observando justamente que es imposibe concebir un sistema de lengua sin « forma », como lo hacía Whitney. Véase *Principles*, pág. 121 y sigs., 163 y sigs. y, particularmente, pág. 129. Huelga recordar que hoy en día la comparación vuelve, aunque en forma muy distinta, al problema de las raíces, de su forma, de su realidad : véase J. Whatmough, *The neural basis of language and the problem of the « root »*, en *Harvard Studies in Classical Philology*, LII (1941), págs. 125-137, quien en las primeras páginas de su artículo resume los términos dentro de los cuales debía debatirse el tema en el V Congreso internacional de lingüistas (Bruselas, 1939).

[2] Véase *Vie*, pág. 162, sigs. ; *Lenguaje*, pág. 253, sigs. ; *Filología*, pág. 418.

concepto de un período creador? Por esto Whitney califica de mitológica la solución de Humboldt, al igual que la de Max Müller. Desde su punto de vista, no encontró nunca expresión más feliz: además de una evidente alusión al énfasis personal de Max Müller, le gustaba a Whitney dar a entender de paso que estas soluciones no le parecían a él llevar mucha ventaja sobre la deslucida teoría del origen divino[1]. Sin embargo, el propio sentido de esta expresión era: cualquier solución de lingüística general que no se funde en el análisis de Bopp es necesariamente empírica, no científica, como las de la vieja etimología.

En esta cuestión de los orígenes hay sin embargo un punto que cabe perfectamente en la lingüística de Whitney: la única parte del problema que hoy todavía no ha muerto. A diferencia de Max Müller, él no reconoce a las distintas estructuras morfológicas valor para representar en sus varios grados la evolución de la cultura humana. No escapaba a su crítica lo que ya muchos habían visto: que estas estructuras se encuentran mezcladas, aunque en medida diferente, en cualquier clase de lengua. Whitney considera esta diversidad sólo desde un punto de vista estrictamente lingüístico y concibe las distintas estructuras ordenadas en una progresión de formas más o menos complicadas que el análisis puede correctamente descomponer en sus elementos simples. Podemos decir que con Whitney el problema del origen del lenguaje se reduce a un problema genético que seguirá planteándose en lingüística general — piénsese en Schuchardt, Bally y muchos otros — hasta desembocar en la lingüística estructural de hoy en día[2].

El principio de que lo simple es anterior a lo compuesto, de que lo simple es primitivo, parece inherente al proceder del análisis lingüístico, ya que lo encontramos en el análisis gramatical más elemental: de esta mane-

[1] Véase *Vie*, págs. 187 y 249. Considerando definitivamente muerta la teoría del origen divino, el positivismo de Whitney — al igual que el de otros lingüistas de la época, por ejemplo Ascoli — continúa directamente el racionalismo del siglo anterior. En realidad, si la teoría podía considerarse científicamente sobrepasada, seguía viva en las conciencias de muchos hablantes y en la doctrina empírica. Entre los antecesores inmediatos de Whitney, Grimm encabeza su *Origen* planteando por lo menos la posibilidad de un dilema (si el lenguaje fuera un don de Dios, su estudio cabría en el de la naturaleza); Max Müller se detiene en mostrar que, aunque admitiendo el origen divino, lo esencial del problema subsiste, y con una cita de Dugald Stewart declara que es deber de la ciencia intentar explicar todo lo que parece susceptible de explicación racional. *Lectures*, págs. 409-412. Huelga recordar la compleja posición de Renan.

[2] Este punto es, a mi parecer, uno de los que patentizan más claramente la base positivista en que descansa la lingüística general, y me da la oportunidad de remitir al lector, una vez por todas, a lo que sobre la visión historicista de la filosofía positiva escribió R. Mondolfo, *Historia y filosofía*, en su libro *En los orígenes de la filosofía de la cultura*, Buenos Aires, 1942, págs. 145-171 (particularmente págs. 164-165).

ra se interpretan, por ejemplo, la derivación y la composición. Igual que otros residuos de gramática tradicional, ese principio encontró y sigue encontrando aplicaciones en gramática comparada, a pesar de que, ya la realidad del desarrollo histórico, ya la realidad de una interpretación psicológica, evidencien a menudo su carácter ilusorio. Para Whitney la validez del principio estriba en su paralelismo con un principio de la etnografía que a él le parecía evidente : el lenguaje de la humanidad primitiva era simple con respecto al moderno, así como las primeras herramientas y armas eran simples con respecto a las que ahora sirven a la humanidad [1].

La ilusión de esta perspectiva debía presentarse particularmente clara a la vista de Whitney, porque él reconoce también la existencia de una forma previa de lenguaje, el lenguaje producido sin intervención del factor social y por lo tanto anterior a la intención imitativa, que, según él, está en la raíz del propio lenguaje. Se nos ocurre en seguida la analogía con la escuela de Ginebra que hoy está subdividiendo las casillas de Saussure hasta distinguir una lingüística del habla anterior a la lengua, y una del habla contemporánea de la lengua [2]. Sin embargo, la analogía — como todas las analogías en la historia de una ciencia — no es completa y pretende tan sólo señalar un punto común a toda la lingüística general, que se desprende de su carácter analítico : el concepto de simple y de compuesto cabe perfectamente en la dialéctica de distinto y no distinto, a que se puede reducir cualquier teoría sobre el sistema de signos.

Dice Whitney : « De paso podemos notar que la universalidad del lenguaje no tiene causa más profunda y misteriosa que ésta : que la humanidad ya ha vivido tan largamente que cada una de sus secciones raciales ha tenido tiempo de hacer producir un resultado a sus facultades lingüísticas ». Con estas palabras intenta reanudar la cuestión del origen partiendo del concepto de clasificación genealógica. Cabe, pues, que veamos en qué forma interpretó el segundo gran hallazgo de Bopp.

Polemizando con Renan y con Max Müller [3], Whitney se arriesga a generalizar el principio de la clasificación genealógica, análogamente a lo que había hecho para el del análisis comparativo : cualquier lengua que exista tiene que formar parte de una familia, es el dialecto de una forma anterior de lengua común. La generalidad de este principio resulta del sinnúmero de lenguas que ya se consiguió clasificar por la comparación, y su validez se desprende de que está en antinomia con el principio de unificación lingüística, cuya validez es también general [4]. Aunque el estado de las civilizaciones

[1] Véase *Vie*, págs. 186-257.

[2] Véase A. Sechehaye, *Les trois linguistiques saussuriennes*, en *VR*, 1940, V, págs. 1-48.

[3] Véase *Lenguaje*, págs. 176-182 ; *Vie*, págs. 144-146.

[4] Véase *Vie*, pág. 145.

primitivas haga suponer a primera vista una asombrosa pluralidad originaria de lenguas, la extensión al pasado más remoto del principio genealógico es legítima porque está conforme con las conclusiones de la etnografía (« ningún etnógrafo, pese al fraccionamiento de las sociedades primitivas, se atrevería a negar que la raza humana deriva de pocos, si no de un solo hogar primitivo »). Encontramos aquí un nuevo ejemplo de lo que es la generalización en Whitney : por un lado el concepto, algo esquemático, de lengua común, impuesto por el método, y de otro la búsqueda de una justificación fuera de la lingüística.

En esta coyuntura resulta para Whitney algo dificultoso escaparse de la atmósfera del primer período de la gramática comparada, cuando aún subsistía más o menos la ilusión de que en ella podía caber cualquier problema general. Max Müller se entrega muy a menudo a esta ilusión [1], alentado también por la interpretación evolucionista en que sumergía lo concreto de los hechos históricos. Whitney vacila todavía : puede afirmar que la raíz indoeuropea está muy lejos de las que tenemos que atribuir al período primitivo del lenguaje, puede afirmar que entre este período y la edad más remota que podemos alcanzar por medio de la comparación media un intervalo desmesuradamente largo [2] ; sin embargo, está siempre dispuesto a creer que el cuadro comparativo nos lleva muy arriba en la prehistoria, que tarde o temprano la clasificación genealógica tendrá que abarcar todas las lenguas humanas. A su parecer, sólo nuestra ignorancia — a causa de la mutabilidad de las lenguas, de la falta de testimonios, etc. — pone trabas a la solución del problema. Huelga recordar que Whitney está todavía muy lejos de plantear el problema genealógico como una dialéctica entre lo históricamente y lo humanamente afín ; el « elementarverwandt » de Schuchardt le es desconocido, o, a lo sumo, parece concebirlo como anterior a la constitución de lo que él llama lenguaje.

Sin embargo Whitney, cuando no le arrastra el ansia polémica, determina muy bien los límites del método comparativo. A lo dicho anteriormente tenemos que agregar ahora dos puntos : la comparación no sirve para probar ni el monogenismo ni el poligenismo del lenguaje (ya se adelantan aquí conceptos que se reanudarán mucho más tarde, especialmente con motivo de las polémicas que ocasionó el primer libro de Trombetti) [3] : la prue-

[1] Véase particularmente *Conferencias*, VII.

[2] Véase *Vie*, pág. 252 ; *Filología*, pág. 423.

[3] Véase *Lenguaje*, pág. 378 ; *Vie*, pág. 218 sigs., y compárese H. Schuchardt, *Sprachursprung*, I, que cito por *H. Schuchardt-Brevier*, 1ª edición, Halle, 1922, pág. 200. Hoy en día la introducción del criterio geográfico en la comparación hace que la posibilidad de una solución monogenética encuentre más favor que su contraria (véase M. Bartoli, *Ancora sulle origini dei linguaggi precolombiani alla luce delle norme spaziali*, en *Mélanges van Ginneken*, París, 1937, págs. 123-133, 6°. Es muy notable que, en los días de Whitney, los lingüistas especializados en el estudio de lenguas no indoeuropeas, por ejemplo Renan y Sayce, fueran contrarios a la teoría del monogenetismo.

ba del parentesco se fundamenta ordinariamente en particularidades que el curso de una lengua puede haber borrado. Whitney anticipa de esta manera un concepto que será desarrollado por Meillet [1]. Más interesa notar que con esta observación muestra darse cuenta de que en la vida de una lengua hay un sinnúmero de fenómenos que interesan, aunque no sirvan para nada en cuestiones de reconstrucción. Whitney no ignora el concepto de desarrollo paralelo — él dice incidencia — o el de cambios de estructura que pueden notarse entre dialectos derivados de una lengua común, cuyo estudio cautiva a los lingüistas aunque esté fuera del cuadro propiamente histórico-comparativo; más de una vez, aunque no llegue al propio concepto de sincronía, insiste en hacer constar que el valor actual de cada elemento lingüístico está determinado por el uso y no tiene nada que ver con su origen etimológico [2]. Por fin, le domina la idea de que la estructura gramatical de una lengua es algo más que una base de clasificación genealógica, es una viva armonía.

Aquí interviene la gran sensibilidad que Whitney tenía para las lenguas vivas y en particular para su propia lengua. La crítica al esquematismo del mero método reconstructivo se patentiza alrededor de estos años justamente con el acudir al estudio de capas no prehistóricas y en particular de los dialectos. Sin embargo, mientras con esta tendencia generalmente no se intentaba más que ampliar el campo experimental y afinar los métodos de la gramática histórica, lo característico en Whitney es que él — que tenía mucha fe en los antiguos métodos — quizás sea el primero en descubrir que, al lado de la gramática comparada, hay materia para una lingüística general de forma meramente inductiva, empírica: « La filología comparada (gramática comparada) y la lingüística (lingüística general) son las dos caras de un mismo estudio. La primera abarca los hechos aislados de cierto grupo de lenguas, indica sus relaciones y llega a las conclusiones que estas relaciones dictan [3]. Objeto principal de la segunda son las leyes y los principios generales en el lenguaje; los hechos no le sirven sino de testimonio ». Contrariamente a la tradición de Humboldt, Steinthal, y también de Max Müller, Whitney no busca sus ejemplos en las llamadas lenguas primitivas, y se contenta ordinariamente con las más conocidas entre las lenguas de Europa, en general modernas. ¿Recurso didáctico? ¿Prejuicio de indoeuropeísta, de los que Sayce llamaba « ídolos » de la lingüística? ¿Reconocimiento de la preeminencia histórica de la cultura europea [4]? Una y otra

[1] Véase A. Meillet, *La méthode comparative en linguistique historique*, Oslo, 1925, págs. 22-42.

[2] Sobre la divergencia: *Vie*, pág. 136 sigs. Sobre la oposición entre uso y origen etimológico: *Lenguaje*, pág. 126 sigs.; *Vie*, págs. 14, 117.

[3] Véase *Vie*, pág. 259. Por consiguiente la lingüística propiamente histórica ocupa el último lugar en ambas definiciones de la lingüística: *Lenguaje*, pág. 6; *Vie*, pág. 4.

[4] Véase *Lenguaje*, pág. 233; *Vie*, pág. 155 sigs., donde no falta, por supuesto, la compa-

cosa puede ser ; sin embargo, más adentro, en la conciencia de Whitney, encontramos la exigencia de dominar intuitivamente el lenguaje, objeto de su investigación, de « sentirlo », al igual que mucho más tarde Gilliéron hará « biología » lingüística sin salir de sus « patois ».

IV

« Por un lado las ciencias naturales, por otro la psicología intentan apoderarse de la lingüística, que en realidad no pertenece a ellas. Las doctrinas que enseñamos en este libro son aquellas en que desde hace mucho tiempo se encontraron conformes los que han estudiado al hombre y sus instituciones. Tan sólo necesitan que la ciencia nueva las enmiende o confirme para que se acepten por todo el mundo, casi sin excepción ». En estas palabras, que encabezan el último libro de Whitney, podemos distinguir dos motivos fundamentales estrechamente entrelazados : la búsqueda de una característica de la lingüística (histórica y general), como ciencia autónoma, y su clasificación entre las ciencias. En este último motivo se percibe todavía el eco de una polémica bastante larga y vivaz que se entabla con el dogma proclamado por Max Müller : la ciencia del lenguaje es ciencia natural, no histórica. Estamos frente a una conocida antinomia romántica, recogida por el positivismo. En lo que se refiere al lenguaje, así había planteado el dilema Jacob Grimm [1] ; así Schleicher, y de Schleicher lo recoge Max Müller, dándole la interpretación meramente positivista que todos conocemos. Huelga mostrar aquí cuán leve y contradictorio había quedado este principio desprendido de la interpretación que le había dado Schleicher. Importa más bien recordar que en la raíz del naturalismo de Max Müller está sin duda alguna la intención de encontrar un principio firme al concepto de ley en cuanto base primera del método comparativo : ya se empieza a recorrer el largo camino que lleva hacia la fórmula proclamada por los neogramáticos, donde —dejando a un lado el caso de las innovaciones condicionadas— son hechos históricos (variaciones dialectales, formas cultas, analogía) los que se interpretan como perturbación de un desarrollo « natural ». He aquí reflejada, en el campo particular del método comparativo, una antinomia de alcance general para los productos de la cultura humana ; la lingüística la conocía desde su primer amanecer, pues podemos afirmar que en ella arraiga ya el debate de si la lengua es producto natural o bien institución humana.

ración entre lenguas indoeuropeas y semíticas que con el mismo motivo viene repitiéndose desde Humboldt hasta Meillet. Ya Whitney piensa que la gran flexibilidad de las lenguas indoeuropeas ha sido mucho más favorable al desarrollo de la gramática comparada que la relativa inmovilidad de la familia semítica.

[1] En *Sprachursprung*.

Ajeno como estaba a cualquier solución romántica, Whitney acude a la que había prevalecido en la filosofía del lenguaje del siglo XVIII: la lengua es una institución humana. Al empirismo inglés no acude esta vez arrastrado por el ejemplo de Max Müller, sino deliberadamente, descubriendo por lo tanto un lado característico de su pensamiento. Toda la atmósfera dentro de la cual se encuentra este pensamiento, hasta un sinnúmero de actitudes y expresiones verbales, huelen a empirismo inglés. No estoy en condiciones de buscar una tras otra las fuentes de Whitney; y no lo lamento demasiado, porque él no hace nunca alarde de erudición, sino que dice conformarse más bien con las opiniones genéricamente admitidas por el consenso común de los peritos. Sin embargo, está bien fijar unos puntos fundamentales, o por lo menos señalar las relaciones que median entre Whitney y dos escritores en cuyas ideas debió de ver reflejado sin duda alguna su propio pensamiento, dos escritores que están en los dos extremos de la larga tradición que él pudo tener presente: Adam Smith y John Stuart Mill.

A primera vista no resultan muy estrechas las relaciones que median entre Whitney y las *Consideraciones* de Adam Smith: no sólo considera Smith puntos que debían de parecerle contrarios o ajenos a la nueva ciencia (esta actitud crítica basta para mostrar cuán erróneo sería un estudio sobre las « fuentes » de Whitney en el sentido común de la palabra), sino que, además, el punto sobre el carácter institucional y social del lenguaje, que para él es fundamental, queda para las *Consideraciones* como premisa necesaria, sí, pero no desarrollada [1]. La poesía, más que el lenguaje, había detenido a Smith en su *Teoría sobre las pasiones humanas*, de la cual son justamente un apéndice las *Consideraciones*. Sin embargo, la definición de imitación y de la conveniencia social del lenguaje dada por Whitney concuerdan tan perfectamente, hasta en las palabras, con el concepto de la simpatía y de la conveniencia desarrollados en el tratado de Smith, la continua comparación del lenguaje y del uso lingüístico con la historia de las costumbres sociales y del traje [2] encaja tan bien en lo que Smith piensa de la moda y del gusto, que inmediatamente nos denuncian que la *Teoría* estuvo presente en la mente de Whitney. Lo mismo debió de ser para algunos puntos de las *Consideraciones*; aunque allí no tengan sino un valor epi-

[1] Adam Smith, *Considerations concerning the first formation of language*, apéndice de *The theory of moral sentiments* (cito por la edición de Londres, 1907, págs. 508-538). Véase también el resumen crítico por Funke, *Englische Sprachphilosophie*, págs. 24-32.

[2] Cito por la traducción francesa de S. de Grouchy, *Théorie des sentiments moraux*, París, 1860. Véase particularmente la V Parte. Lo que Whitney dice sobre la sociabilidad del lenguaje, la « conveniencia » del uso, etc., corresponde exactamente a la definición de lo « conveniente » dada por Smith: « cuando las pasiones de la persona interesada están en simpatía con las nuestras, esta pasión nos parece conveniente a su objeto, nosotros la encontramos legítima y fundada ».

sódico, Whitney hizo de ellos piedras angulares. El lenguaje no es una herencia; es algo que se aprende, lo mismo la lengua materna que las lenguas extranjeras. Cuando Whitney da esta forma particular a su concepto de que el lenguaje es una institución, hace hincapié en un motivo que se encuentra dos veces en el breve tratado de Smith [1]. El cual — y esto es también característico —, comparando el lenguaje de pueblos antiguos con una máquina rudimentaria que los modernos han perfeccionado, sugiere también a Whitney su comparación preferida del lenguaje primitivo con hachas y herramientas prehistóricas [2]. Un lugar común de la lingüística empírica: la historia del lenguaje, que muestra un desarrollo desde lo abstracto hasta lo concreto, subsiste en Whitney y ya la había desarrollado detenidamente Smith; en este caso la derivación desde la *Teoría* es segura porque esta proposición de Smith acababa de discutirla Max Müller [3]. Para otros puntos, teóricos los unos (por ejemplo el destacar el carácter comunicativo del lenguaje, o el tomar en consideración la economía del lenguaje), didácticos los otros, como sería poner en el primer plano las condiciones de la lengua inglesa, lo mismo que a Smith podríamos acudir a Priestley o a Dugald Stewart [4] o a cualquier otro representante de la lozana lingüística inglesa [5].

[1] Smith, *Considerations*, págs. 530 y 533: el sistema de una lengua no es difícil de aprender para los niños; mucho más difícil lo es para los extranjeros; así se explica que los longobardos hayan dejado caer la declinación latina y los turcos hayan simplificado el griego. Ahora bien: Whitney, justamente después de haberse extendido sobre el aprendizaje de la lengua materna, insiste en lo dificultoso que es para un extranjero apoderarse de la forma interior de una lengua (piensa en el caso de un hotentote que aprenda el inglés). Esto es, arranca de una idea de Smith, aunque la corrige hasta invertirla. Lo mismo pasa en el caso señalado a continuación.

[2] *Considerations*, pág. 535. Lo rudimentario en la máquina primitiva es para Smith la complicación de sus partes. Comp.: *Vie*, pág. 230; *Filología*, pág. 418.

[3] Véase *Lectures*, pág. 513 y sigs.; *Considerations*, pág. 508 y sigs.

[4] Para Dugald Stewart — uno de los autores mencionados por Max Müller — véase, por ejemplo, el prefacio a su edición de la *Theory*, de Smith, y también el parágrafo sobre el lenguaje considerado como instrumento del pensamiento en *Elements of the philosophy of human mind* (cito por la traducción francesa de L. Peisse, *Éléments de la philosophie de l'esprit humain*, París, 1843). Para lo que se refiere a Priestley, puedo tan sólo remitir al ector a la crítica de Funke, *Englische Sprachphilosophie*, págs. 32-41. Whitney concuerda con Priestley en la valoración cultural del lenguaje; sin embargo, según la exposición de Funke, Priestley depende aquí de un escrito de R. Johnson, que sin duda alguna, como veremos, era muy familiar a Whitney.

[5] También Sayce, cuando busca la confirmación de sus ideas en la filosofía del lenguaje, no recurre, por lo menos directamente, a la filosofía alemana. Por ejemplo, halla la confirmación de su postulado de que el lenguaje empieza con la locución, de que el lenguaje originario es sintético, no analítico (su gran arma en la polémica con Whitney), no en Humboldt o en Herder, sino en la página de un antropólogo: Waitz, y en el libro de un autor anónimo que siento no poder identificar: *Esquisse de sématologie, ou Essai d'une nouvelle théorie de la grammaire, de la logique et de la rhétorique* (1831).

Con John Stuart Mill, Whitney se encuentra en la atmósfera espiritual de su edad. Deja a un lado la actitud crítica, más bien se adhiere a puntos de la *Lógica* que están más estrechamente relacionados con su objeto. Por ejemplo, deriva de Mill su clasificación del cambio semántico, lo que es muy natural, puesto que la lingüística de Whitney desembocaba en un problema que era preliminar en la lógica de Smith: el lenguaje como distinto del pensamiento lógico [1]. Whitney debía encontrarse como en su casa leyendo una obra donde se analizaba con tanta sensibilidad el lenguaje, donde se puntualizaba su aspecto tradicional y al mismo tiempo se planteaba el problema semántico partiendo de la nominación activa. Por fin, con las ideas de la última parte de la *Lógica,* aunque Mill no considere en ella el lenguaje, es como Whitney plantea, por lo menos implícitamente [2], el dilema propio de la lingüística — ¿ciencia histórica o natural? — dentro del problema de la clasificación de las ciencias que entonces seguía discutiendo el positivismo, en la raíz del sistema de Comte. Hay una posición característica común a los dos: el concepto de libertad individual, que da un cariz particular a la antinomia entre sociedad e individuo, cuya actividad se inserta en la ley del desarrollo y no se opone a ella en calidad de elemento perturbador. Sabido es que con esta y otras observaciones Mill se distingue de Comte; pues bien, podemos decir que la ciencia de las leyes lingüísticas de Whitney está más próxima a la ciencia de leyes históricas de Mill que a la rígida sociología de Comte.

La verdad es que la fuerza misma de su positivismo metódico y su concepto de la autonomía de la lingüística tenían a Whitney lejos [3] de cualquier forma extremada de naturalismo, a pesar de ser el naturalismo un elemento inherente al método comparado. Hay que recordar que nadie más que Whitney debía de hallarse propenso a considerar los métodos de las ciencias naturales y trasponerlos a la lingüística: hijo de un naturalista, en su juventud había atendido al estudio de la botánica y de la geografía; página tras página Whitney aclara los métodos de la lingüística por medio de la analogía con las ciencias naturales: la botánica, la química, la geología. Sin embargo, ya que era dueño de una y otra forma de ciencia, ni por un momento podía olvidar que analogías de método no importan de ninguna forma identidad de objetos; huelga recordar cuán cuidadosamente pone en

[1] Cito por la traducción francesa de L. Peisse (*Système de logique déductive et inductive*, 5ª edición, París, 1896). Véase en particular: pág. 240 y sigs. (cambio semántico), pág. 540 y sigs. (libertad individual).

[2] Por el contrario, Sayce, *Principles*, pág. 23, es muy explícito a este propósito. Compárese, pues, la crítica a Comte que, junto a las bellas páginas sobre la filología comparada, hace Renan, *De l'avenir de la science* (1848) (cito por la traducción española de R. Robert, Valencia, s. f.), I, pág. 128 y sigs.; II, pág. 16 y sigs.

[3] Véase, por ejemplo, el juicio de J. Schmidt en el artículo ya citado; Sayce, *Principles*, pág. 129, n. 1.

claro que su teoría del lenguaje no tiene nada que ver con el darwinismo [1]. Sus conceptos naturalísticos tienen generalmente un sentido meramente formal, lo que no se puede decir ni siquiera de la anatomía lingüística de Friedrich Schlegel o de la fisiología de Humboldt. Lo sustancialmente naturalista en Whitney no es original, es un residuo no superado todavía. El naturalismo de Whitney quiere sólo poner de realce el método inductivo de la filosofía positiva, ya que él es todo un positivista. Rige en él la creencia en una verdad objetiva independiente de las «opiniones» de los sabios; rige igualmente en él un sentimiento heroico de la relatividad de nuestros conocimientos, rige una crítica que particularmente se luce en delimitar problemas y ésta es una de las cualidades que distinguen a los grandes lingüistas de la edad positivista: Schuchardt, Saussure, Meillet. Sin embargo, ya vimos que Whitney puede, casi sin darse cuenta, sobrepasar las fronteras de su lingüística; en este caso sus principios de generalización se apoyan en ciencias que más que la lingüística son linderas de las naturales o, más genéricamente, están reducidos a fórmulas sacadas del sentido común o de la lógica elemental, que armonizaban, sin embargo, con las extremas generalizaciones del pensamiento positivista. Por ejemplo, suponer lo simple anterior a lo compuesto, considerar el lenguaje como una perpetua alternativa de agregación y disgregación, resultaban ser coincidencias con algunos principios formulados por Spencer [2]. No que Whitney, a mi parecer, las buscara deliberadamente, sino que eran para él verdades, no opiniones [3].

[1] Característico a este propósito es lo que Whitney piensa sobre la relación entre raza y lenguaje. El lenguaje es una forma de cultura y puede transmitirse de un pueblo a otro; sin embargo, es también verdad que el lenguaje es la institución más notable que puede caracterizar una raza, de donde su gran importancia en etnografía. Véase *Vie*, pág. 223.

[2] Sayce, cuya valoración social del lenguaje podemos decir que se apoya en la de Whitney, se refiere muy a menudo a Spencer y en particular a su principio de la diferenciación. Para Whitney no estoy en condición de señalar una coincidencia con Spencer que salga de lo genérico. Sin embargo, es notable que sólo a propósito de la educación lingüística del niño destaque Whitney cuán grande es la experiencia que la humanidad ha atesorado en el lenguaje (problema que para él era secundario), así como Spencer dice que la educación del niño debe estar de acuerdo con la educación de la humanidad considerada históricamente: véase *Education* (1861) (cito por la 6ª edición española, Nueva York, 1910), pág. 101; *Classification of the sciences* (cito por la 11ª edición de la traducción francesa, París, 1930), pág. 111. Spencer ya considera el lenguaje en el programa de su *Sociología*, que dió a conocer en 1862. Entre los ejemplos lingüísticos, que están en los *First principles*, uno por lo menos es tan singular que prueba una relación directa entre Spencer y Whitney; aunque esté imposibilitado de cotejar, como sería preciso, las sucesivas ediciones de los *Primeros principios* (retocados en 1867 y 1875, justamente en el parágrafo que nos interesa, 123), me parece probable que Spencer deriva de Whitney. Se trata de la idea de que el método genealógico testimonia una divergencia progresiva de lenguas y razas (cito por la traducción francesa de M. Guiymiot, de la 6ª edición inglesa, pág. 300).

[3] En lo que se refiere a Bain, el Prefacio de la nueva edición (1884) de su curso superior de gramática inglesa (*A higher English grammar*, 1ª edición, 1863) menciona a Whit-

Los momentos de crisis son los que impulsan a los especialistas a precaverse de desviaciones arriesgadas puntualizando la autonomía de su ciencia; en Whitney esta intención resulta clarísima: « toda materia en la cual las condiciones, los hábitos, las acciones de los hombres resultan un elemento sobresaliente no puede ser otra cosa sino el objeto de una ciencia histórica y moral » [1]. En su lucha contra el naturalismo, Whitney marca muy bien el momento en que la gramática comparada se independiza de la armazón teorética que la había llevado al naturalismo y vuelve a ser tan sólo lo que ya era desde hacía muchos siglos: una ciencia auxiliar de la historia.

Ya hemos visto la otra frontera que delimita la lingüística de Whitney respecto a la psicología y, en general, a cualquier ciencia que estudie actividades del espíritu humano. En otra forma esta limitación encabeza la Introducción de *Lenguaje*: « La lingüística considera el lenguaje no sólo como instrumento del pensamiento, sino también como medio de expresión: estudia exclusivamente palabras y locuciones, no oraciones y textos » [2]. Con Whitney, más bien que con Max Müller, a quien le gustaba extraviarse de vez en cuando en las torcidas sendas del lenguaje creador, la lingüística rompe sus relaciones con la poesía, con el arte, con la filología, en el sentido que A. W. Schlegel y Renan daban a esta palabra. Whitney abandona hasta las relaciones con el mito, a pesar del interés que seguían entonces despertando en un sinnúmero de lingüistas, por ejemplo, en Max Müller y Sayce. Para Whitney el lenguaje es una forma de cultura social, paralela, pero perfectamente distinta del arte, de la industria y de las demás formas de cultura. Por consiguiente, ya surge en él el problema de establecer las relaciones que median entre cultura y lenguaje, que en múltiples formas ha sido y sigue siendo el problema central de la lingüística. Y además en Whitney se vislumbran las dificultades para solucionar este problema, en las cuales se enredaba la lingüística general, justamente por quedarse encerrada en las fronteras que él y su época le impusieron.

Whitney tropieza con el problema por lo menos dos veces. Primero cuando habla de la clasificación morfológica considerándola menos segura que la genealógica y, por consiguiente, innecesaria para el comparatista, a no ser que le falten los materiales para establecer una genealogía segura; por ejem-

ney, junto con R. Morris, Peile, Skeat y Sweet, donde Bain habla del provecho que pudo sacar de los estudios de gramática histórica. Por otro lado el concepto del arte que tenía Whitney — mitad utilitario, mitad retórico — corresponde muy de cerca a los principios que rigen la *English composition and rhetoric* (1ª edición, 1866; 4ª 1877) de Bain. Sin embargo, creo que un cotejo detallado con Bain llevaría sólo a mostrar una vez más que se reflejan en Whitney temas y cuestiones en que se interesaban entonces las ciencias morales en Inglaterra.

[1] Véase *Vie*, pág. 256.

[2] Véase *Lenguaje*, pág. 6. ([el lingüista] Jeals with simple words and phrases, not with sentences and texts).

plo, en el caso de las lenguas de América, Whitney tiene que conformarse tan sólo con una clasificación morfológica, fundamentada en analogías generales de estructuras. Cada una de estas estructuras es al mismo tiempo para Whitney el producto específico de una forma de cultura [1]. Por consiguiente Whitney, con la consideración de este caso excepcional, tendría por lo menos el punto de arranque para descubrir que el problema del parentesco genealógico puede reducirse a un caso particular de un problema de relaciones culturales [2]. Sin embargo, hemos visto que aquí sobre el Whitney teórico prevalece una vez más su educación de comparatista para quien en aquel momento no era preciso profundizar el problema [3].

La segunda vez Whitney tiene conciencia del problema, pero no puede resolverlo. Whitney plantea la relación que media entre el conjunto de la vida del lenguaje y la estructura social, fundándola en la antinomia entre la tendencia innovadora del individuo y el poder centralizador de la comunidad lingüística. Ésta es la cumbre de la fuerza generalizadora y sintética que Whitney alcanza para formular la autonomía de la lingüística. Ahora bien, veremos más adelante que Whitney está obligado a distinguir entre cambios que se relacionan con la vida exterior de la comunidad y de su lengua, y los que afectan a la cultura propiamente dicha, para los cuales el juego de la antinomia social queda prácticamente inerte, sin poder expresar la parte más interior del movimiento lingüístico. En otras palabras, Whitney ya tiene que distinguir entre una historia interior y una historia exterior del lenguaje — y poner sólo la segunda en relación directa con la cultura — como hará Saussure y en general toda la lingüística histórico-evolutiva; y la razón es una sola: que una interpretación sociológica, mejor dicho histórica, que efectivamente exprese y explique la vida del lenguaje no es sino un aspecto de la interpretación cultural del lenguaje, y ésta no puede alcanzarse completamente sino superando la distinción entre lengua y actividad lingüística.

[1] Véase *Vie*, pág. 213 y sigs., 227, 182; *Filología*, pág. 418. Por consiguiente Whitney, contrariamente a un postulado común en la lingüística de entonces, admite la posibilidad teórica de que haya préstamos morfológicos (« hasta ahora no se ha probado ningún préstamo morfológico » : *Filología*, pág. 422); y esto era admitir mucho para un lingüista cuya teoría arraigaba en el método genealógico. Para la actitud opuesta, véase Sayce, *Principles*, pág. 138 sigs.

[2] No sólo la crítica al método genealógico, con Schuchardt y la « geografía lingüística », etc., sino también el desarrollo ulterior de dicho método tiende hoy a plantear el problema de esta forma. Además de algunas ideas muy conocidas, expresadas por Meillet, véase G. Tagliavini, *Il linguaggio e la classificazione delle lingue*, en *Le razze e i popoli della terra*, Turín, 1940, págs. 317-319; G. Vidossi, *Linguistica ed etnologia*, en la misma publicación, pp. 341-346, que presenta un resumen claro e interesante de la cuestión, remontando justamente a Max Müller. Véase también R. Jakobson, *Sur la théorie des affinités fonologiques des langues*, en *Actes du IV^e Congrès International de Linguistes*, Copenhague, 1938, págs. 48-58.

[3] Véase pág. 123.

Así se explica también una vacilación de Whitney, que propende a ver en el lenguaje no sólo un testimonio de historia particular, sino uno de historia universal, y comprende también este punto en su programa [1]; sin embargo, parece al mismo tiempo rehuir el encararse efectivamente con este problema; el progreso de la humanidad y la historia de la civilización que se reflejan en el lenguaje son conceptos que él acepta; no son reflexiones propiamente suyas [2]. Por el contrario, muy suyo es el poner de relieve qué imperfecto e indirecto espejo de la cultura — aunque digno de fe — resulta el lenguaje [3].

En la historia de la lingüística Whitney no está solo. En la última página de su segundo libro lamenta que haga falta una verdadera ciencia del lenguaje en la propia patria de la gramática comparada. Ya sabemos que no era así. La autonomía alcanzada por la gramática comparada alemana impulsaba a los especialistas a profundizar su metódica : teoría de las raíces, crítica de los criterios para la reconstrucción de la lengua primitiva, debate sobre las llamadas leyes fonéticas, etc. Si este trabajo crítico en parte desarrollaba hasta sus últimas consecuencias los fundamentos naturalistas inherentes al método reconstructivo, también iba por otro lado a desembocar en algo completamente nuevo. Del concepto de analogía salió algo mucho más importante que una nueva formulación de la ley fonética : la analogía descansa en un procedimiento psicológico y ha sido uno de los medios concretos con que la psicología, tan aborrecida por Whitney, acabó por apoderarse de la lingüística.

Entretanto la misma fuerza del método impulsaba más bien a plantear el problema del cambio lingüístico desde el punto de vista semántico y morfológico, después de resuelto el problema fonético. El hecho mismo de que la comparación había pasado a considerar cada una de las lenguas históricas en la múltiple vida de su individualidad patentizaba los valores espirituales de esta vida; Curtius y Bréal, por ejemplo, no podían conformarse con la idea de que la historia del griego y del latín se resumiera en un proceso de disgregación. Puede también que impulsase a los investigadores la ilusión de encontrar leyes semánticas, como se habían encontrado

[1] Véase *Vie*, pág. 4 ; *Lenguaje*, pág. 6.

[2] Por ejemplo *Vie*, pág. 93 : Whitney declara que le falta tiempo para mostrar la relación que media entre las transformaciones de las palabras y el movimiento general del pensamiento humano ; tendría que repetir lo que ya explicó sobre la transformación particular de una que otra palabra ; pág. 185 : el influjo del lenguaje sobre el pensamiento, el lenguaje como medio del progreso cultural, etc., son verdades axiomáticas ; probarlas no compete a la lingüística.

[3] Véase *Lenguaje*, pág. 6 : la lingüística estudia la historia y la cultura « en cuanto las refleja el lenguaje » (*as reflected in it*) ; pág. 52 : los hechos del lenguaje pueden considerarse reflejos de los de la naturaleza y de la historia humana « in a mirror imperfect indeed, but faithful and wholly trustworthy ».

las fonéticas: este intento es, por ejemplo, bastante claro en Curtius [1].

Sin embargo, en Bréal el problema semántico se independiza de la metódica comparativa y tiende él a representar la nueva exigencia de una lingüística general: « estudio — escribe Bréal — por sí solas las causas intelectuales que han regido las transformaciones de nuestras lenguas, dejando a un lado los cambios fonéticos, que competen a la gramática fisiológica » [2]. La imperiosa tendencia hacia una lingüística general es más compleja en Whitney, y sin embargo podemos decir que el problema que preside sus pensamientos, el problema central de su lingüística general, es — lo mismo que en Bréal, y por las mismas razones que en Bréal — el problema semántico. Claro que la primera forma en que se le presenta a Whitney la vida del lenguaje es la del cambio de sonidos, y que la única forma en que la lengua le resulta un verdadero sistema, acto para aprehenderse en su contemporaneidad, es el tejido de sonidos, ordenado en la simetría de su estructura fisiológica, afectado por sus cambios propios, distintos del cambio semántico. Los pasajes en que Whitney parece más inclinado a aceptar los conceptos naturalistas que le proporcionan sus antecesores inmediatos son justamente los que se refieren a la fonética: « Una aglomeración de sonidos que forman una palabra constituye una entidad objetiva casi como lo es un pulpo o un fósil. Se la puede poner sobre una hoja de papel, igual que una planta en un herbario, para estudiarla con comodidad ». La falta de paralelismo entre los dos cambios es una realidad objetiva que Whitney no puede negar; sin embargo, se apresura a reducirla a un principio común: la arbitrariedad del signo, que le impulsa a poner de relieve todos los casos en que se pueda vislumbrar que entre las dos formas media una relación; el hecho mismo de reconocer que el cambio fonético afecta más a menudo a las partes no significativas de las palabras implica reconocer que entre los dos órdenes hay por lo menos una relación negativa [3]. Observamos de paso que este principio hace posible que Whitney refiera también las leyes de la fonética, por ejemplo la ley de Grimm, a la voluntad humana, que tiene la libertad de aceptarla o no, de limitarla o extenderla, de manera que la ley fonética no tiene su primer impulso en la naturaleza de un sistema, sino en la voluntad de los hablantes, históricamente determinados. Por lo tanto ya en Whitney está claro que el problema propio de la lingüística general es el problema semántico; ya se nota en él una característica de la lingüística general que seguirá valiendo en Saussure, y en la escuela de Ginebra, que en la práctica, aunque no en teoría, no se interesa primordialmente por los sonidos.

[1] Véase, por ejemplo, el prefacio de *Grundzüge der griechischen Etymologie*.

[2] Véase *Essai*, pág. 5.

[3] Véase *Lenguaje*, pág. 71; *Vie*, pág. 41.

V

En Max Müller el problema del cambio lingüístico tiene el primer lugar por una razón evidente: ¿no se apoya en la regularidad del cambio fonético el método comparativo? Todavía rige esta posición en Whitney y Bréal, pero al mismo tiempo el problema del cambio se complica y se independiza; ¿qué otra cosa sino un problema de cambio podía ser el problema del lenguaje, y en particular el de la denominación, en una lingüística que por definición brota del concepto de signo arbitrario? Meillet dará todavía a su síntesis de semántica el título «Comment les mots changent de sens». Además, esta visión evolutiva era la de la filosofía positiva, de cuya ideología sacan Max Müller y Whitney el concepto, si no el nombre [1], con que formulan, y al mismo tiempo interpretan, el movimiento lingüístico: el concepto de tendencia.

En lingüística la tendencia es distinta de la ley diacrónica ($a > b$) y sincrónica (a opuesto a b), porque no tiene valor imperativo — diría Saussure —; más bien formula, y al mismo tiempo interpreta, sintetizándolo, un conjunto de leyes empíricas. La formulación trata de señalar (bajo varios nombres: tendencia, fuerza, dirección) el carácter progresivo dentro del sistema [2] de un cambio lingüístico y hasta su mera posibilidad, a saber: las condiciones del sistema dentro de las cuales está potencialmeute limitado: En lo que se refiere a la interpretación, estamos ante las direcciones más distintas: hay interpretaciones meramente naturalísticas, como el « phonetic decay » o el « dialectal growth » de Max Müller, fuerzas naturales que dominan a los hablantes. Más a menudo la tendencia refiere cada una de estas fuerzas a la naturaleza espiritual del hablante; se llega así hasta representar con algunas de estas fuerzas o con todas ellas un conjunto variable de componentes que expresa el tantear del movimiento lingüístico, como dice Bréal, o su no predeterminación, como añade Whitney: los dos con su terminología positivista llegan muy cerca de un concepto meramente histórico del desarrollo linguístico, cuyo curso despertaba justamente en Renan la imagen de una línea sinuosa.

En Whitney, como en Bréal, la tendencia siempre está referida a la naturaleza o a la actividad del hablante, por definición. Sin embargo, muchas veces delimita y esquematiza esta naturaleza desde fuera en cuanto la capta dentro de una serie particular de hechos; en este caso la tendencia de Whit-

[1] Sayce, *Principles*, pág. 25 distingue entre leyes empíricas y leyes primarias. Bréal, *Essai*, pág. 5, sigue llamando ley a la tendencia: « loi de spécialité, de répartition », etc.; « loi, expression qu'il ne faut pas prendre au sens impératif ».

[2] Para más detalles sobre la historia del concepto de tendencia, véase *Héritage*, págs. 16, 77.

ney, como todas las tendencias generales que más tarde estudiarán Grammont o Meillet, no es sino una fórmula que por medio de la posibilidad de un conjuto de cambios expresa algunas condiciones de un sistema lingüístico : por ejemplo, la tendencia a la asimilación, en que Whitney hace caber la gran mayoría de las transformaciones fonéticas [1] ; la tendencia a ampliar o contraer significados ; la tendencia a pasar del significado material, concreto, sensible al abstracto.

Hasta ahora hemos mencionado tendencias referidas, sí, a la psique del hablante, dentro de una porción más o menos compleja de su sistema lingüístico, pero sin hacer hincapié en la realidad histórica de este sistema Cuando Whitney aplica una fórmula de esta clase a una lengua determinada, en seguida se transforma su carácter de posibilidad en el de continuidad en el tiempo. Por ejemplo, la tendencia a la abstracción, que, aplicada a las lenguas indoeuropeas, explica su teoría de la flexión y al mismo tiempo la formación de un sistema analítico, la tendencia a desprenderse de cualquier signo exterior que distinga categorías gramaticales [2], característica del inglés en cualquier momento de su historia. En este caso el concepto de tendencia queda fuera de la lingüística general, y formula de una manera sintética las características de una lengua, las cuales, representando su individualidad histórica, siguen proporcionándole el molde de cualquier innovación particular ; hoy diríamos que formula su estructura interior. Ahora bien, es sintomático que a este propósito Whitney hable de « forma interior » (y más clara y detenidamente Bréal) con manifiesta alusión al concepto de Humboldt, que en realidad puede dar materia para una interpretación de esta clase [3]. Lo original en Whitney está en que esta forma de tendencia le permite interpretar las leyes fonéticas buscadas por el método reconstructivo simplemente como la huella fosilizada de tendencias de esta clase que caracterizaban el período prehistórico de una familia de lenguas. He aquí cómo termina Whitney su exposición de la ley de Grimm : « por heterogéneos que puedan parecer los hechos a primera vista, el lingüista pronto se da cuenta de que... están sometidos a algunas reglas, a un movimiento, a una ley... ; este movimiento de transición sigue una dirección general, está sometido a una causa específica ». En el mismo momento en que se iba preparando la batalla sobre el carácter más o menos absoluto de la ley fonética, Whitney mantiene con esta interpretación el concepto

[1] Véase *Vie*, pág. 59. Se presenta en seguida a nuestra mente el estudio de Grammont sobre la asimilación (*Traité de phonétique*, Paris, 1933, págs. 185 y sigs.). Sin embargo, Whitney operaba con un concepto de sistema fonético mucho más simple ; además la asimilación era economía para él, mientras para Grammont es « la loi du plus fort ».

[2] Véase *Vie*, págs. 89, 110.

[3] Véase *Vie*, pág. 19 y particularmente pág. 111 ; Bréal, *Essai*, pág. 304 se refiere a Humboldt, identificando la forma interior con la tradición de la lengua materna.

de progresividad que Grimm había admitido en su ley [1]. Como a Grimm, el sentimiento de la historia de que estaba poseído libera a Whitney de un naturalismo extremado; Whitney a menudo escribe « law » entre comillas.

Veamos ahora tendencias de otra clase, de orden superior, las que Whitney llama también principios. La mutabilidad del lenguaje nace de su carácter social. Ya tuvimos la oportunidad de mencionar este principio y de probar que entre él y el conjunto de los cambios lingüísticos hay una relación muy compleja, que la posición de Whitney no era capaz de aclarar [2]. Whitney tiene conciencia de esta imposibilidad y sale del apuro introduciendo una distinción y limitación cuantitativa que, como veremos, no es tan arbitraria como parece a primera vista. Con respecto a grandes acontecimientos históricos que afectan a la cohesión y a la existencia de una colectividad lingüística (emigraciones, conquistas, etc.; nosotros diríamos que afectan a la exterioridad del movimiento cultural), el principio sirve sin más para interpretar el desarrollo lingüístico. En el caso contrario (sin limitaciones), el principio de Whitney puede formularse así: el desarrollo del lenguaje resulta del equilibrio entre la tradición lingüística a la cual el individuo hablante está sometido mediante procedimientos de educación, y dentro de la cual se acostumbra a moldear y desarrollar su pensamiento, y por otro lado, la necesidad en que el individuo se halla de dar forma lingüística adecuada a los adelantos de su propio pensamiento. Whitney busca, como término medio, una serie de causas secundarias, ya fijándose en circunstancias de carácter histórico-social, ya saliendo de los hechos de la lengua e intentando explicarlos y clasificarlos desde un punto de vista meramente lógico que él mismo declara inadecuado y exterior, aunque algunas veces se haga ilusión de captar en ello « las causas intelectuales » del movimiento lingüístico [3]. Entre las « causas sociales » una hay que domina a todas: Whitney refiere terminantemente todo el desarrollo fonético a una tendencia a la economía, y a ella propende también a referir la mayoría de los cambios morfológicos y semánticos [4]. Esta inclinación a la economía estriba en la tendencia al « decaimiento fonético » de Schleicher

[1] Huelga recordar que ley y tendencia, para Humboldt, Bopp, Grimm, tenían un significado algo distinto del que prevaleció más tarde; por esto Grimm habla de ley progresiva.

[2] Véase pág. 131.

[3] Véase particularmente *Vie*, pág. 36, donde admite que su clasificación de los cambios lingüísticos arraiga en la naturaleza de los cambios, más bien que en la del sistema lingüístico: « ... fundándola en la naturaleza de los cambios más bien que en la de su objeto; al hacer así no olvidaremos sin embargo el objeto, ni tampoco el sujeto ». Compárese pág. 120.

[4] Véase *Vie*, págs. 60, 66 y 119; *Filología*, pág. 421.

y de Max Müller, como admite Whitney mismo : sin embargo, entenderla así es no entenderla por completo [1], ya que él la interpreta más bien como una inclinación a la « conveniencia », esto es, a dar al discurso la forma más clara y suelta, más conveniente para expresar y hacer entender el pensamiento. Whitney admite decididamente que junto a esta tendencia a la economía del lenguaje hay lugar para reacciones en dirección contraria y que las consecuencias de este conjunto de fuerzas manifestadas por el lenguaje son de dos clases : la verdadera economía y la prodigalidad perezosa, porque actúa sin reflexionar y llega a sus resultados sin preverlos [2]. En otras palabras, la tendencia de Whitney tiene el cariz antinómico característico en la formulación de tendencias cuando se quiere representar con ellas el equilibrio de un sistema variable ; en efecto, el concepto de Whitney lo desdoblará Sayce en un contraste entre la « laziness » (pereza) y el « emphasis » (energía) de los hablantes [3].

¡ Cuán cerca y cuán lejos estamos todavía de Saussure ! Enredado en la misma dificultad que Whitney, Saussure llegó a un concepto de sistema lingüístico autónomo, cuyo carácter social tan sólo se desprende del carácter relativo de « valor » con que el sistema subsiste — en su conjunto y en sus elementos — en el espíritu de los hablantes.

También Whitney habla muy a menudo de sistema de la lengua, lo que da en parte a sus escritos cierto sabor moderno ; sin embargo, su concepto es todavía algo indeterminado y vago, no siempre fácil de comprender. Su hábito de comparatista hace que repare más en el aspecto exterior de las innovaciones, en los cambios que se ven, diríamos, que se pueden palpar ; las innovaciones de otra clase, por ejemplo nuevas connotaciones en el sentido de una palabra, o bien las que no implican nada más que una dislocación sintáctica, las admite, sí, pero no le atraen. Véase también su interpretación de la analogía : se queda en el marco de la « falsa analogía », se ahorra un esfuerzo de memoria en los casos difíciles, anormales [4] ; esto quiere decir que Whitney está todavía lejos de concebir todo el sistema morfológico de una lengua como un sistema de analogías normales. Será preciso el movimiento de los neogramáticos y la psicología de Wundt para que se llegue con Saussure a un concepto de sistema sincrónico, como sistema de asocia-

[1] Generalmente la teoría de Whitney se interpretó sólo en su significado más estrecho, como principio económico que rige el cambio fonético ; véase Herzog, *Lautgesetze*, págs. 88-89 y 190.

[2] Véase *Vie*, pág. 42.

[3] Véanse *Principles*, págs. 26 sigs., 32 sigs., donde Sayce injertará más tarde un tercer principio : la imitación o analogía ; *Introduction to the science of language*, 1879, 4ª edición, Londres, 1900, pág. 163, y sigs. Aunque Sayce remita sólo a las tendencias de Max Müller, (« decaimiento fonético » y « regeneración dialectal »), sería fácil probar la derivación de Whitney.

[4] Véase *Vie*, pág. 63.

ciones cuyo conjunto está constante y enteramente presente en el espíritu de los hablantes. Whitney se ha desligado de los conceptos del análisis comparativo mucho menos que Saussure ; su concepto del lenguaje, como agregación de elementos sueltos, le hace descuidar por completo lo que Saussure llama la onda continua del discurso, cuyas vibraciones expresa el hablante escogiendo el juego de oposiciones que su sistema, todo su sistema entero, le proporciona. Algunas veces Whitney parece concebir la contemporaneidad del sistema como cosa distinta de la tradición ; sin embargo, hay que observar que al pasaje más claro a este propósito sigue inmediatamente la alusión al sistema fonético que hemos mencionado, concepto ya adquirido por el método comparativo. En general, la red de las relaciones semánticas le parece a Whitney el resultado imprevisto y perpetuamente variado de situaciones individuales, más claramente que en la armonía de una estructura completa. Por consiguiente, encontramos puntos que nos traen a la memoria a Saussure — por ejemplo allí donde Whitney empieza a considerar el valor de mera oposición que tienen algunas categorías morfológicas, o cuando plantea el problema de la entidad sobre la cual opera el análisis del hablante [1]. Sin embargo, las analogías con Saussure o con los últimos representantes de la gramática general se notan más cuando roza la pancronía ; así el concepto de lo elásticas que son las mallas de la estructura lingüística, el concepto de que el hablante no hace sino desplazar con sus innovaciones una parte del sistema. Más notable en él — como en Bréal — es el principio del perpetuo intercambio de categorías gramaticales que un signo puede expresar sucesivamente y la idea dominante de una correlación y equilibrio perpetuo entre estas categorías : la abundancia de variedad léxica está en proporción inversa a la reducción del sistema gramatical — esto suena mucho a inglés. Otros puntos ya parecen anticipar a Bally o a Brunot : la constatación del signo cero [2] y en general la multiplicidad de relaciones que pueden mediar entre la palabra significante y el pensamiento significado.

Sin embargo, la página de Whitney que más claramente se adelanta a Bally y a Brunot, y a la lingüística general que ya no considera la « vida del lenguaje » sino « el lenguaje y la vida », quizás sea una página de lingüística práctica : el prefacio y la introducción de la gramática elemental de la lengua inglesa. En el fondo actúan algunos motivos polémicos : el intento primero de la gramática no es el de enseñar la corrección de la lengua ; el gramático es un testigo del uso, no un crítico, etc. Digo polémicos, porque estos motivos no son sino reacciones contra un concepto demasiado formal y retórico de la gramática, y no cabe en ellos la intención de plantear

[1] Véase *Lenguaje*, pág. 116 (el sintagma *take place*) y *Vie*, pág. 95 (fórmulas convencionales).

[2] Véase particularmente el capítulo XI de la *Vida*, y compárese con Bally, *Linguistique générale et linguistique française*, París-Ginebra, 1932, págs. 115, 129.

el problema estético de la gramática. En el primer plano encontramos los motivos fundamentales de la conferencia de introducción de *Lenguaje*: el hablante sigue aprendiendo su lengua durante toda su vida, la gramática de la lengua materna es el medio más simple y natural de que disponemos para ayudar al niño a encontrar la propiedad y el vigor de su expresión, ya que los hechos de su lengua le son conocidos y le es más fácil fijar su atención sobre « los principios y las relaciones » que ellos encubren. Whitney no deja de destacar los parágrafos más originales y nuevos de su gramática. Ahora bien, es muy notable que todos ellos tengan carácter sincrónico y quieran dar un sistema del inglés « tal como es » ; ni una palabra de etimología o de comparación [1].

Esta es en su conjunto la doctrina de Whitney sobre la naturaleza del lenguaje. Sus límites son en parte los que todavía caracterizan a la lingüística general, en cuanto queda supeditada al método comparativo ; en parte, son los límites propios de Whitney, que no se propone distinguir en el lenguaje nada más que lo que le permitían los principios alcanzados por la comparación en aquellos días. De ahí su escasa atención a los problemas de la sintaxis, su insensibilidad hacia lo afectivo y en general lo esquinosa que resulta su construcción. El punto mismo en que Whitney hace alarde de su originalidad y de su viva experiencia de lenguas, el ángulo social desde el cual mira al lenguaje, hace que a menudo Whitney no logre salir de lo empírico y de lo concreto, a pesar de su espíritu generalizador. En esta dificultad se enredan, en mayor o menor grado, todos los historiadores de lenguas que intentan ascender a la lingüística teorética. Pero no olvidemos que también ha sido tarea de Whitney la de vindicar justamente para la lingüística su carácter de ciencia histórica ; nos queda por ver en él al teórico de la lingüística propiamente histórica, y quizás sea éste el punto donde más sueltamente siembra el germen de conceptos recogidos y mantenidos por las generaciones posteriores.

VI

En efecto, su principio de los principios (el que presenta al hablante elaborando la tradición lingüística de su comunidad, en cuanto lo necesita la expresión de su propio pensamiento) — aunque en forma inadecuada — cabe en la antinomia entre el individuo y la comunidad, dentro de la cual es realmente posible interpretar históricamente el lenguaje. Y, hasta el punto donde el método comparativo había logrado entonces interpretar históricamente

[1] Muy diferente es la actitud de Whitney con respecto a la semasiología. En el prefacio de su diccionario alemán-inglés — que es también etimológico y comparado — declara haber intentado enumerar los sentidos de cada vocablo «empezando con el sentido etimológico y original ».

el lenguaje, esta interpretación para Whitney es evidente. Migraciones, conquistas, disgregaciones de grandes grupos lingüísticos que la comparación inducía: éstos son exactamente los grandes acontecimientos sociales que él sabía relacionar directamente con el lenguaje.

Al subrayar el carácter etnográfico y prehistórico, o, como él dice, arqueológico de la investigación lingüística, Whitney estaba al mismo tiempo algo atrasado (piénsese en Grimm y Schlegel) y algo adelantado con respecto a sus contemporáneos. La dirección que prevalecía en Alemania había momentáneamente puesto de lado semejantes cuestiones. La reconstrucción del árbol genealógico de las lenguas indoeuropeas no implica para Whitney discutir la cronología de las innovaciones fonéticas, en lo que realmente se apoyaba el concepto de árbol, sino plantear el problema de la patria originaria y de las primeras migraciones de los indoeuropeos, a pesar de que su sentido crítico aborrecía lo oscuro e hipotético que envolvían semejantes problemas.

Dicha antinomia proporcionaba luego una base concreta y un amplio campo de interpretación al postulado de la arbitrariedad del signo, transformándolo en el principio del uso: *usus norma loquendi*, raíz — y al mismo tiempo espejo — de la variedad de lenguas en que históricamente se concreta la institución social del lenguaje.

Referido a la colectividad, este concepto de uso tradicional, se manifiesta como un principio eminentemente activo que representa la elaboración secular de una lengua — lo que Whitney llama institución. Cuando, casi contestando a una pregunta planteada por Humboldt, Whitney dice que, en un momento dado en la historia de una nación, la estructura interior de su lengua tiene que cristalizarse resistiendo a cualquier transformación cultural (por ejemplo, el chino, con su cultura tan adelantada, a pesar de una estructura lingüística que Whitney juzgaba tan primitiva: «hay obreros que saben usar hábilmente una herramienta aunque imperfecta»), reconoce en el tradicionalismo una de las características de la vida del lenguaje.

Sin embargo, lo que más anima a Whitney a considerar el lenguaje desde el punto de vista sociológico, lo que estimula su espíritu a observar la naturaleza y las formas de la tradición lingüística, es en rigor el hecho de que llega a sentir estos problemas como problemas contemporáneos, como los de su propia historicidad. Cuando describe el choque de diferentes mentalidades, de distintas capas sociales y culturales, el fraccionamiento dialectal, el anhelo de una norma unitaria que caracterice la vida de una lengua, es en verdad un inglés que habla a ingleses de su propio idioma: véase particularmente lo que dice en su calidad de americano sobre la lengua de los Estados Unidos [1], lengua colonial cuya tendencia a alejarse del inglés insular está refrenada por la común tradición cultural. También en este terreno

[1] Véase *Lenguaje*, pág. 151.

podía Whitney encontrarse a sí mismo, como de costumbre, en la mejor tradición del empirismo inglés. Sus observaciones, una a una, no resultaban muy nuevas: ya Adam Smith y el doctor Johnson sobre todo, con otro lenguaje y otros ideales, habían dicho algo parecido, y quizás mejor [1]: puede que hoy nosotros echemos de menos en la interpretación de Whitney lo literario y el sentimiento del gusto, que da sabor al *Prefacio del Diccionario inglés* de Johnson.

Entre los problemas históricos, la naturaleza propia del inglés había llevado a considerar con atención muy particular las modalidades y los efectos de la mezcla lingüística. Claro que Whitney procede muy cautelosamente con este postulado, tan ciegamente querido por el viejo empirismo y no menos ciegamente hostigado por la nueva lingüística, que únicamente admitía el préstamo léxico. Sin embargo, si Whitney presta mucha atención a esta forma de cambio, hasta el punto de considerarla como una de las formas de que una lengua dispone normalmente para satisfacer la necesidad de acrecentar su patrimonio léxico, esto se debe por supuesto al gran papel que en la filología inglesa tenía la cuestión de los cultismos clásicos y del influjo francés. Para entender rectamente lo moderno que todavía hoy podemos sentir en esta parte de Whitney, hay que compararla con unos pasajes de Max Müller: éste también se echa a hablar de variedades individuales y sociales en el lenguaje, pero tan sólo para proyectarlas en una sociedad imaginaria de tribus primitivas; tampoco deja de escribir su trozo sobre la historia del latín, pero para mostrar que el latín literario es nada más que una capa de hielo que encubre el curso natural de la lengua vulgar, mientras Whitney menciona el caso del latín como ejemplo de lengua que se fracciona, no sólo dialectalmente, sino también verticalmente, según distintas capas culturales [2].

No es que el freno del hábito comparativo deje de accionar por completo e impida a Whitney recorrer hasta el fondo la pendiente por que se ha deslizado. Por lo contrario, esta actitud de Whitney termina por cubrir de alguna ambigüedad su interpretación histórica del desarrollo lingüístico: «... de esta acción recíproca, quiero decir la del individuo que, por la infinita diversidad de personas y situaciones, tiende a una infinita diversidad en el lenguaje, y la acción de la comunidad, que le transmite una determinada tradición

[1] *Preface to the English Dictionary*: cito por *The Works of Samuel Johnson*, Londres, 1803, II, págs. 28-59. Véanse en particular las páginas 54-56, donde Johnson distingue entre transformaciones subitáneas y totales ('total and sudden') debidas a conquistas o inmigraciones, y transformaciones que nacen de causas interiores, esto es, culturales. Después de haber admitido que se puede imaginar a un pueblo de cultura tan baja y aislada cuya lengua prácticamente quede inmóvil, Johnson se detiene en reseñar las causas culturales que impulsan el movimiento lingüístico: moda, ciencia, poesía, metáfora, cortesanía, además del comercio.

[2] Véase *Lectures*, pág. 66 y sigs. y compárese con *Vie*, pág. 134.

de lengua, depende enteramente el desarrollo lingüístico. Por consiguiente, el desarrollo lingüístico depende de una infinidad de fuerzas divergentes o centrífugas » [1]. Cuando Whitney considera tan sólo las grandes innovaciones, estas fuerzas centrífugas que se oponen al poder centrípeto de la tradición anticipa directamente la manera con que la lingüística histórico-evolutiva, sin salir del método ortodoxo, representó la antinomia entre lengua nacional y fraccionamiento dialectal ; en este sentido el choque de las dos fuerzas opuestas vino a ser un lugar común de la lingüística, y Saussure le dió su formulación teórica. Por otro lado, como Whitney incluye también en el concepto de desarrollo las innovaciones « casi dialectales », individuales, acude en seguida a nuestra memoria la famosa distinción de Schuchardt : « hemos llegado al punto donde se necesita aclarar la variedad lingüística en que estriba la unidad de una lengua. Ésta es el producto de dos factores : de la fuerza centrífuga y de la centrípeta. La primera, la originaria, intenta sin cesar diferenciar la lengua ; la otra actúa por medio del contacto social : contacto diario, comercial, político, religioso, literario, también podemos decir contacto que se apoya en la educación por medio de la sociedad, del Estado, de la Iglesia, de la escuela » [2]. Whitney y Schuchardt, al plantear el problema del individuo lingüístico, se hallaban en posición paradójica respecto a la mayoría de sus contemporáneos ; además, es muy probable que estemos aquí ante una verdadera derivación más que ante una coincidencia. Sin embargo, huelga señalar las diferencias que median entre Schuchardt y Whitney ; el hecho de que sea diferente la fuerza que cada uno considera originaria es bastante para que nos demos cuenta en seguida de que los dos actúan en dos planos completamente distintos. El pensamiento de Schuchardt, que sigue siendo parte integrante de nuestro pensamiento de lingüistas, no sirve para aclarar la íntima sustancia del individualismo lingüístico planteado por Whitney : hay que analizarlo directamente.

Reconocer en el lenguaje una institución social no implicaba todavía profundizar el problema del individuo hablante, elemento hasta entonces innecesario para una lingüística que operaba con lenguas más bien que con hablantes, y además problema ajeno a la sociología [3]. Sin embargo Whitney llega a considerar el papel propio del individuo con respecto a su comunidad lingüística, primero porque su espíritu estaba inclinado a los problemas de educación, y el lenguaje le llevaba naturalmente a la forma más difundida y más simple de la educación del individuo ; además, el hecho mismo de

[1] Compárese *Lenguaje*, pág. 154. En este pasaje Whitney no necesita mencionar explícitamente la fuerza opuesta, la de la tradición, porque (véase también *Vie*, pág. 26) la considera como el verdadero tejido que permite al lenguaje su desarrollo.

[2] El trozo está en *Ueber die Klassification der romanischen Mundarten*, escrito en 1870, entre *Lenguaje* y *Vida* ; lo cito por *Brevier*, pág. 149.

[3] Así, por ejemplo, declara Sayce, *Principles*, pág. 41 : « el individuo, en cuanto individuo, no tiene lengua ».

que los niños tengan que aprender su lengua materna le proporcionaba un excelente argumento para probar que la lengua es un hecho social y no una herencia natural.

Ya que el naturalismo justificaba su posición considerando el lenguaje como independiente por completo de la voluntad humana, Whitney figura en la historia de la lingüística como aquel que, reaccionando contra el naturalismo, considera el lenguaje como producto de la voluntad. La palabra no dejó de asustar también a los que estaban más cerca de Whitney: el traductor italiano de la *Vida*, Francesco D'Ovidio — lingüista a quien el hábito filológico preservaba de un naturalismo extremado — se apresura sin embargo a declarar en una nota que no está conforme con su autor sobre este punto; muchos años después, Sayce sigue reprochándole a Whitney este antojo de una lengua voluntaria [1]. En realidad, Whitney no sutilizaba al escoger sus vocablos: toda la terminología «dixhuitième siècle», convención, institución, nomenclador, etc., le parecía buena para sanear la lingüística de los resabios (Sprachgeist, etc.) del descabellado romanticismo; el vocablo «voluntad» quizás no fuera el más propio para contener todo lo que Whitney ponía en ello — en efecto, nunca dejó de explicarlo —; sin embargo, tenía algo de sugestivo en aquel momento: Bréal lo recogió en seguida [2].

«Cuando nace un ser humano, un uso que arraiga en la utilidad social exige que éste tenga su nombre, y aquellos a quienes compete la responsabilidad de su existencia le proporcionan este nombre según les aconseja su propio gusto, que refleja en realidad el de la comunidad dentro de la cual viven. Los padres de lengua inglesa no dan un nombre de pila chino o indio. El santo del día, un destacado personaje público, etc., los dirigen en la elección del nombre, y cualquier nombre sirve, con tal que no pueda más tarde resultar ominoso para el que lo lleva o para su comunidad» [3]. Whitney elige deliberadamente un ejemplo que está al margen de la verdadera denominación, un ejemplo en que la libertad del hablante y el carácter voluntario de su acto se evidencian, para hacer más patente que ni siquiera en este caso la libertad y la voluntad del individuo está libre de limitaciones. Antes que mencionemos estas limitaciones, tenemos que hacer constar que esta libertad individual se presenta al buen juicio histórico de Whitney ya menguada de antemano por otras limitaciones de que él mismo no se da cuenta, porque dependen de un aspecto del problema que intencionalmente esquiva. Hemos visto que sólo de paso admite que el lenguaje pueda estudiarse como actividad espiritual; pues bien, lo voluntario, lo libre que Whitney vindica para el hablante recae justamente en la actividad

[1] Sayce, *Introduction*, págs. 79-80.

[2] Véase *Essai*, pág. 6.

[3] Véase *Vida*, pág. 134 (= *Vie*, pág. 113).

de que su lingüística hace caso omiso. En el pasaje que acabamos de citar, lo voluntario y libre no está propiamente en el nombre elegido, que el uso le proporciona y casi le dicta al que lo elige, sino en la intención de hablar y de denominar. En otras páginas [1] Whitney da a entender que en la raíz de la denominación está un elemento de actividad imaginativa, aunque logre sólo captarlo bajo una forma retórica, y al mismo tiempo utilitaria, de impulso hacia la claridad o de mero adorno. Sin embargo, ya que prácticamente deja pasar por alto la antinomia entre habla y lengua (fórmula general de que deriva la antinomia entre individuo y comunidad), la actividad lingüística se descubre a su vista de manera intermitente tan sólo cuando su presencia se revela por medio de una innovación que afecta a la transmisión de una forma tradicional. Tropezamos otra vez en lo episódico ; sólo de esta manera se le presenta a Whitney la lengua como el producto de un acto voluntario. La lengua es un sistema — dice — donde cada punto es consciente e individual, el conjunto es instintivo y natural [2]. Sólo ahora podemos medir la diferencia que media entre el sistema de Saussure y el de Whitney : producción individual, pero, una vez producida, conjunto de productos que son ajenos al individuo. Por consiguiente el sistema termina por presentársele a Whitney en forma más corpórea, más naturalística que a Saussure. Piensa como en la cáscara simétrica producida por la secreción de algún crustáceo. « Elegir » el individuo la forma lingüística que en cada oportunidad le conviene supone según Whitney una acción más episódica, y tiene un significado más indeterminado y al mismo tiempo más profundo que en Saussure ; el sistema de Whitney no es una mera estructura formal que brinda al individuo posibilidades expresivas, sino la tradición concreta de una lengua producida.

Esta visión intermitente de la actividad lingüística aparece en Whitney también bajo otra forma, más próxima a la faz propiamente histórica del problema. En las primeras páginas de la *Vida*, después de explicar cómo aprende el niño los signos de su lengua y se acostumbra a formular su pensamiento de acuerdo con estos signos, afirma que si las necesidades del hablante siguieran siendo como ordinariamente son las del niño, inferiores a la experiencia y a las posibilidades que los siglos amontonaron en la tradición de su lengua, la lengua quedaría perpetuamente sin cambiar [3]. Generalmente sólo más tarde, cuando el niño se ha hecho hombre, puede su espíritu sobrepasar esta experiencia y tener que ampliar los moldes de la lengua para adaptarla a sus nuevas necesidades. En otras palabras : la actividad lingüística vuelve a manifestarse a Whitney sólo cuando una innovación se la sugiere. Esta conclusión no sorprende : el análisis de la innovación ha sido, por

[1] Véase *Lenguaje*, págs. 123, 133 ; *Vie*, págs. 94-95.

[2] Véase *Lenguaje*, pág. 51.

[3] Véase *Vie*, págs. 25-26.

supuesto, el problema que llevó al método comparativo a descubrir la interioridad del lenguaje ; pero el camino ha sido muy largo. Por aquellos años Diez, otro comparatista, quien — al igual que Whitney — era muy inclinado a interpretar históricamente la gramática comparada, consideraba como efectos de la fuerza creadora sólo las innovaciones que hacen a las lenguas románicas apartarse del común patrimonio latino, cuya conservación considera por lo contrario como pasiva herencia histórica.

Tenemos ahora el camino completamente desembarazado para entender lo que es la historia lingüística de Whitney. El pasaje sobre los nombres de pila nos da a entender sin duda alguna que el individuo se adhiere a su lengua por un acto libre, no sólo en el sentido de que elige la forma más conveniente a su pensamiento, sino porque con esta elección, cualquiera que ella sea, quiere conformarse a la tradición de su propia comunidad. Aunque expresada en la forma característica de un intento utilitario, encontramos aquí en germen la idea de que el hablante, haciendo uso de su propia lengua, expresa libremente su propia historicidad. Whitney concibe la fuerza centrípeta como un elemento positivo que actúa en el individuo al mismo tiempo que la fuerza opuesta.

Además, Whitney nota que entre los individuos que conviven en una misma comunidad subsiste cierta analogía de condiciones culturales, que son las que hacen converger sus tendencias innovadoras hacia el mismo punto. Tampoco le pasa inadvertido que el prestigio particular de algunos individuos puede impulsar a las masas en una misma dirección [1]. La antinomia del individuo social hace que Whitney alcance una visión muy concreta de lo que forma la cohesión y la viva unidad de una lengua.

Sin embargo, su concepto insuficiente de la actividad individual le corta a Whitney las alas y le hace imaginar la tradición lingüística no como el conjunto de condiciones en que actúa el individuo, sino como la causa que determina el estado actual de su lengua. La pregunta que inicia el *Lenguaje:* ¿Por qué hablamos inglés?, encuentra en una de las páginas finales de *Vida* la contestación siguiente : « [Las causas que rigen la denominación] se reducen a esto : que una idea se expresa hoy de determinada manera porque de manera análoga se ha expresado en el pasado, y lo mismo había sucedido anteriormente : en una época todavía más remota, había por último una idea que se expresaba así aproximadamente ; esta mirada hacia atrás sigue indefinidamente hasta el límite de nuestros conocimientos y de nuestra vista » [2]. En cierto sentido Whitney anticipa con estas palabras el concepto formulado más tarde desde Saussure a Meillet, para quienes un estado de lengua se explica

[1] « Los hablantes forman una república, mejor dicho, una democracia en la cual se reconoce autoridad tan sólo por medio del sufragio universal y por causa legítima» (*Lenguaje*, pág. 38).

[2] Véase *Vida*, pág. 143 (= *Vie*, págs. 119-120).

sin más por medio del estado anterior. Sin embargo, Whitney no llega a la posición meramente evolutiva que está en la raíz de la fórmula de Meillet [1]: « buscar una etimología es remontarse a una serie de actos de denominación..., cada uno de los cuales es un acto de elección que supone el libre ejercicio de la voluntad humana, sólo que, como siempre sucede, dirigida por condiciones y motivos ». Aunque parte de premisas muy diferentes, otra vez se halla muy cerca de un lingüista de marca romántica: también en Grimm el concepto de desarrollo lingüístico procede de una dialéctica entre libertad y necesidad y desemboca en una forma de determinismo histórico.

« Para entender esto — sigue Whitney — sería preciso que pudiéramos ponernos en el lugar del que da el nombre, y pensar exactamente como pensaba él, y estar exactamente en sus mismas circunstancias para expresarnos como él se expresaba. Pero esto no puede ser: estamos condenados... a resolver el caso indirectamente, a partir de lo que el hablante ha producido para remontarnos a sus condiciones mentales ».

¿Tenemos aquí el asombro que se apodera del comparatista cada vez que logra darse cuenta de que su investigación etimológica le arrastra hasta penetrar en la vibración interior de un espíritu humano? Diría que no: más bien Whitney — con procedimiento característico de los lingüistas positivistas — echa a la escasez de nuestros conocimientos la culpa de una impotencia que en realidad depende de la estrechez de su horizonte; sea lo que fuere, con estas palabras quiere señalar los límites de la lingüística histórica cuando no se sale del marco comparativo; no hay que decir que estos límites coinciden con los que encierran a la lingüística general.

He ahí por qué la lingüística histórica le resulta a Whitney una ciencia comparativa — hermana de la arqueología y de la etnografía —, subsidiaria de la prehistoria, más bien que de la historia: una ciencia que utiliza el material lingüístico porque guarda la huella de hombres y edades pasadas, como la geología descubre en un guijarro la huella del agua y del hielo que lo alisaron. « Words are as rolled pebbles » (las palabras son como cantos rodados). Esta comparación ya era un lugar común en lingüística: lo característico en Whitney — estamos otra vez muy cerca de Grimm — es el ansia, aunque no satisfecha, con que intenta penetrar hasta la historia de un hombre, sin quedarse satisfecho con la de un guijarro.

Setenta y cinco años nos separan ya del *Lenguaje*, y la lingüística general en Inglaterra y en los Estados Unidos ha recorrido un largo camino. Sin embargo, podemos reconocer a primera vista una continuidad de tradición, aunque exterior, desde Max Müller y Whitney hasta la múltiple producción de Otto Jespersen y hasta las *Foundations* de Gray; es una tradición de lingüística terminantemente empírica, ora estrechamente relacionada con la gramá-

[1] Véase *Héritage*, pág. 72.

tica comparada, ora extremadamente cuidadosa de la faz social del lenguaje, basada predominantemente en la viva experiencia de las lenguas germánicas. En esta clase podemos incluir también dos libros franceses de gran divulgación: el *Lenguaje* de Joseph Vendryes y la *Filosofía del lenguaje* de Albert Dauzat, quien justamente arranca de Whitney. Junto a estas relaciones, más o menos de superficie, hay otras más íntimas, con Sayce, Bréal, Schuchardt, Saussure, que hemos intentado bosquejar aquí a fin de averiguar la posición de Whitney en la historia de la lingüística general.

Y es una posición muy singular. No hay una «escuela» de Whitney; hay quien todavía hoy puede estar conforme con su doctrina — otros hay que no logran despegarse de Max Müller —, pero nadie ha desarrollado deliberadamente el conjunto de esta doctrina. El temperamento de Whitney, su anhelo mismo de generalización, hizo de él un solitario: sus contemporáneos que más se adhieren a sus ideas, Bréal, Sayce, le dejan de lado por su falta de interés en los problemas técnicos; y cuando otras crisis vuelven a impulsar la lingüística histórico evolutiva hacia la lingüística general, ya es demasiado tarde para Whitney. Su voz se pierde en la lejanía de una edad superada, y se confunde con la de sus adversarios, porque tenía en común con ellos cierta hermandad de principios y de educación de la que no podía ni quería renegar.

Sin embargo, podemos decir que Whitney encabeza la lingüística general basada en el empirismo histórico, porque busca la autonomía de ella planteando el problema cultural del lenguaje en términos que ni Saussure ni siquiera Schuchardt logran superar por completo. Ir más allá de estos términos es justamente la tarea de la lingüística moderna. Muchos problemas de Whitney siguen siendo los nuestros; para alguien ni siquiera han muerto sus ilusiones. Cuando hoy en día vemos a un Jespersen vacilar un momento ante el problema del origen del lenguaje [1], y luego dejarse arrastrar a discutirlo una vez más, cuando vemos a un Whatmough, a quien el hábito comparativo impulsa a encararse con el problema del valor primario de las raíces ¿cómo seguiremos reprochando a Whitney la debilidad de sus atrevimientos?

A. Benvenuto Terracini.

Universidad de Tucumán.

[1] Sobre este problema y la posición de Whitney, véase también Wilbur Marshall Urban, *Language and reality*, Londres, 1939, págs. 71-84 y particularmente págs. 73-75.

EL FALSO « QUIJOTE »

VERSIÓN BARROCA DEL « QUIJOTE » DE CERVANTES

Muchos cervantistas han intentado rastrear la verdadera identidad del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, « natural de la villa de Tordesillas », cuyo nombre aparecer en el frontispicio del *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. A nosotros no nos interesa tanto quién fué Avellaneda como el hecho de que no fué Cervantes. Nuestro tema surgirá de lo que de veras es el *Falso Quijote*: una imitación del *Quijote* original. Menéndez y Pelayo indica el valor de esta imitación como punto de referencia, otorgando previamente a la novela cierto exiguo mérito literario:

> Pero esta misma baja tendencia de su espíritu hace inestimable su obra, en cuanto sirve para graduar por comparación o más bien por contraposición los méritos de la de Cervantes. El continuador se apodera de los tipos creados por su inmortal predecesor, pero sólo acierta a ver en ellos lo más superficial, y en eso se encarniza abultándolo en caricatura grosera... Tiene, pues, el *Quijote* de Avellaneda, aparte de sus méritos positivos si bien secundarios, el de ser una piedra de toque, que sirve al crítico y al intérprete de Cervantes para estimar y aquilatar debidamente lo que sólo al genio es dado crear, y lo que puede dar de sí la ingeniosa y experta medianía, aun aleccionada por tan grande ejemplo y procurando remedarle, como remeda el mono las obras del ser racional. [1]

A continuación, Menéndez y Pelayo se engolfa en un prolijo examen del problema del autor. Lo importante empero es la imitación misma: una investigación más detallada de su estilo y carácter contribuirá sin duda a entender mejor la estructura del *Quijote* de Cervantes.

La palabra imitación no es quizá la más adecuada para la obra de Avellaneda. La tradición literaria española ha tenido siempre la tendencia a no considerar la obra de arte como producto o propiedad exclusiva de su creador original. Tal tendencia es perfectamente comprensible en la Edad Media, cuando el impulso literario era la tradición popular y nacional más bien

[1] Leopoldo Rius, *Bibliografía de las obras de Cervantes*, vol. II, pág. 266, Madrid, 1899.

que la visión creadora del artista individual. Los poemas épicos del Cid y de Fernán González, para dar sólo dos ejemplos, fueron reelaborados y revisados repetidas veces, aunque debieron de tener un autor original. Por las mismas razones, los libros de caballerías presentan esta particularidad, propia de un arte más popular que personal ; pero como cada volumen del *Amadís* corría impreso entre los lectores, no se le podía alterar sino continuar, y así llegó a convertirse en una serie de una docena o más de novelas que contenían aproximadamente los mismos personajes y creaban el mismo mundo y que los ávidos lectores aceptaban por tener las mismas bases. Obras tales como la *Celestina*, el *Lazarrillo de Tormes* y el *Guzmán de Alfarache*, una vez que recibían amplia acogida, encontraban por esa misma razón continuaciones e imitaciones. Como es natural, tampoco el teatro del Siglo de Oro, de esencia popular y nacional, se eximía de tal tradición. No solamente los dramaturgos reelaboraban el material épico, sino que en algunos casos la comedia individual de un autor la volvía a hacer otro. El ejemplo más conocido es, por supuesto, *El alcalde de Zalamea*. Menéndez Pidal fué el primero en sugerir esta característica de la literatura española al referirse a la relación entre la comedia y la epopeya :

> Al estudiar nuestra comedia se nota de inmediato que el sentimiento de la propiedad literaria no está muy desarrollado entre nuestros dramaturgos ; tampoco es fácil percibir la marca del autor en una obra tomada aisladamente... En la vida de nuestro teatro la reelaboración tiene capital importancia [1].

Por lo visto, existía el sentimiento general de que, aceptada una obra por el público, dejaba de ser posesión exclusiva de su autor, y podía tratar su tema cualquiera que se sintiese capaz de interpretarlo.

No obstante, el caso del *Falso Quijote* es ligeramente distinto. El punto de vista arriba expuesto es, desde luego, el punto de partida de la obra de Avellaneda, según él mismo explica en el prólogo :

> ... sólo digo que nadie se espante que salga de diferente autor esta segunda parte, pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sugetos. ¿Cuántos han hablado de los amores de Angélica y de sus sucesos? Las *Arcadias*, diferentes las han escrito, la *Diana* no es toda de una mano.

Sin embargo, la novedad está en que esta continuación es la primera inspirada por una antipatía contra el autor de la obra continuada ; por consiguiente, más que simple imitación es una nueva presentación. De este modo adquiere la mayor parte de su valor como punto de referencia. Si hubiera sido mera copia de la obra de Cervantes, solamente podríamos señalar sus defectos ; pero, como es un conato de creación original basado en un tema ante-

[1] Menéndez Pidal, *Quelques caractères de la littéreture espagnole*, en *Revue Internationale de l'Enseignement*, 1916, LXX, págs. 404-405.

rior, podemos trazar un contraste vital más bien que simplemente mecánico.

Tal antipatía de parte de Avellaneda es interesante en sí misma y puede compararse muy bien con la aversión hacia Cervantes que expresa Cristóbal Suárez de Figueroa en *El pasajero*. Como, por lo que hoy se sabe, ni Avellaneda ni Figueroa tuvieron mucho contacto personal con Cervantes, la polémica con él deriva principalmente de la reacción ante sus obras, y no puede rotularse como una de esas eternas rivalidades en que se entretuvieron Lope, Quevedo y Góngora. A pesar de que se supone que Suárez de Figueroa rivalizó con Cervantes en el favor del Conde de Lemos y a pesar de las amargas alusiones personales de Avellaneda, lo más recio del ataque va dirigido contra el autor, tal como aparece en sus escritos. Suárez de Figueroa lamenta que Cervantes utilice literariamente sus experiencias personales — se refiere a la historia del Cautivo —, mientras Avellaneda tacha la actitud crítica del autor original de « quexosa, murmuradora, impaciente y colérica ». Algo había en la forma de escribir y de aparecer Cervantes en sus obras que provocaba el encono de esos dos críticos. Américo Castro define este algo como una « intelección cordial del mundo » y observa que « ninguna obra antes del *Quijote* ha despertado tales celos del odio » [1]. Tanto Suárez de Figueroa como Avellaneda percibían quizá inconscientemente la realidad de la posición creadora de Cervantes, que es un trascender individual de sí mismo y de sus tiempos. Su meditación ha logrado una serena elevación crítica, y lo vemos en el *Quijote* como señor, artífice y crítico de formas y fuerzas, y no enseñoreado y abrumado por ellas. Pero es imposible explicar aquí toda la relación de Cervantes con su obra ; baste decir que Avellaneda, en medio de los que en su tiempo se elevaban sobre la masa (en especial por ser eclesiástico), tenía suficiente inteligencia para sentir y llevar a mal semejante divergencia individual, puramente humana. En su obra, Avellaneda reunió lo humano con lo divino, despojando al mismo tiempo a lo humano (como veremos más adelante) de su única trascendencia valedera : el amor. Y, al hacerlo así, escribió inevitablemente lo que hemos de entender como un *Quijote* barroco.

El análisis de un solo incidente es aquí peculiarmente apropiado para los dos *Quijotes*, ya que ambos siguen la forma peripatética, general en la novela de esos tiempos. La totalidad sinfónica de la obra de Cervantes no se puede encontrar en el argumento ni siquiera en el desarrollo de los caracteres, según la acepción corriente de la palabra, sino en la marcha y relaciones de los incidentes que surgen a la vera del camino y del diálogo que ocasionan. De modo que mientras en alguna otra novela el estudio de un capítulo o de un suceso sería totalmente injustificado, los incidentes del *Quijote* pueden muy bien considerarse en sí mismos. Son los abastecedores

[1] Crítica del primer borrador de este ensayo.

individuales de don Quijote y Sancho. Lo mismo reza para el *Falso Quijote*, fiel en su imitación de la forma diálogo-encuentro-diálogo.

Al comienzo de la primera salida de don Quijote, así como en otras ocasiones, el caballero pára en una venta. Este hecho está hondamente entretejido con el sentido de la narración, pues en él cristaliza el conflicto de los dos mundos de don Quijote : el ventero como castellano es a la vez « alcaide de la fortaleza » y « sano de Castilla ». El complejo venta-castillo no sólo dura mucho más que la mayor parte de las otras ilusiones sino que se repite continuamente. La actitud de don Quijote ante la venta se convierte en un índice ideal del estado de su locura. Y como el *Falso Quijote* mantiene la tradición de empezar la salida con una estación en la venta, encontramos allí un incidente ya listo. Avellaneda está condenado eternamente a que se le considere en términos de Cervantes.

Con todo, antes de empezar el análisis de los acontecimientos de la venta, es necesario considerar una de las acciones más reveladoras del nuevo héroe, clave de todo el *Falso Quijote*. Don Quijote se ha ceñido la nueva armadura que le ha dejado encomendada don Álvaro Tarfe, y está ahora admirándose a sí mismo para regalo de Sancho (Cap. III) :

> ¿ Qué te parece, Sancho ? ¿ Estánme bien ? ¿ No te admiras de mi gallardía y brava postura ? Esto dezía paseándose por el aposento, haziendo piernas y continentes... tras lo cual le vino luego súbitamente *un accidente tal en la fantasía*, que, metiendo con mucha presteza mano a la espada, se fué acercando con notable cólera a Sancho, diziendo : Espera, dragón maldito, sierpe de Libia, basilisco infernal : verás por expiriencia el valor de don Quixote, segundo San Jorge en fortaleza... Sancho, que le vió venir para sí tan desaforado, comenzó a correr por el aposento... Andaba en esto tras del pobre Sancho al derredor de la cama, diziéndole mil palabras injuriosas, y juntamente con cada una arrojándole una estocada o cuchillada larga ; que si la cama no fuera tan ancha como era, lo pasara el pobre de Sancho harto mal...

Sancho entonces pide gracia, y don Quijote sólo se la concede cuando aquél le promete entregar todas sus doncellas encantadas y sus tesoros escondidos. Al fin, don Quijote vuelve a su ser normal, y para explicar su arranque dice únicamente :

> ¿ No ves, Sancho, que era fingido, no más de por darte a entender mi grande esfuerço en el combatir, destreza en el derribar y maña en el acometer ?

Es evidente que, por divertido y oportuno que todo esto pueda ser, Cervantes jamás lo hubiera escrito. El Caballero de la Triste Figura nunca jugaba a ser caballero. Tenía siempre honda necesidad de un estímulo verdadero en que él creía, basado en algún aspecto de la realidad ; su caballería no podía depender nunca de un simple e interno « accidente en la fantasía ».

Pero este caballero de juego de niños no tiene la menor necesidad de la realidad ; puede ejecutar variaciones sobre el tema de la caballería con hábil talento, y crear una situación difícil y tensa sólo para descartarla un momento después por fingida. Éste será el ritmo básico de todo el libro : construcción de una tensión mediante un « accidente en la fantasía », seguida de una distensión y desaparición artificial. No hay verdadera solución en forma de diálogo entre don Quijote y Sancho. Al final de este choque entre ellos, cambian de tema y hablan desmañadamente de irse a casa a comer.

La aventura de la venta es muy semejante en el asunto a los picarescos sucesos de la venta de Juan Palomeque el zurdo. En ambos casos, don Quijote y Sancho, al acercarse, no están de acuerdo en cuanto a la identidad del edificio que tienen delante. Pero el héroe de Avellaneda va mucho más allá ; no le interesa defender la exactitud de su percepción, y en cambio aprovecha la oportunidad para inventar una historia completa. Dice a Sancho (cap. IV) :

> Majadero, insensato, ¿ no ves desde aquí los altos chapiteles, la famosa puente levadiza, y los dos muy fieros grifos que defienden su entrada a aquéllos que contra la voluntad del castellano quieren entrar dentro ?... Conviene mucho, Sancho,... que tú vayas delante y te llegues a aquel castillo como si fueses verdadera espía y adviertas en él con mucho cuidado la anchura, altura y profundidad del foso, la disposición de las puertas y puentes levadizas, los torreones, plataformas, estradas encubiertas, diques, contradiques, trincheras, rastrillos, garitas, plaças y cuerpos de guardia que hay en él ; *la artillería que tienen los de dentro...*

De modo, pues, que aquí, como en el caso del ataque a Sancho, cualquier estímulo, por leve que sea, provoca en don Quijote una efusión de la « fantasía », como el autor mismo la llama. Esta reiterada arremetida exterior de tópicos, de las formas y figuras externas de la « fantasía », en cuanto el español distingue la « fantasía » de la « imaginación », puede ser muy regocijada, pero, por desgracia, tiende a agotar tema tras tema. Ya aquí, al comienzo del relato, Avellaneda se ve forzado a introducir todo el instrumental bélico de la época, en contraste con el total desprecio del verdadero don Quijote por la pólvora. Más adelante (cap. VII) llega hasta hacer que don Quijote se dirija a la concurrencia llamándola « Senado ilustre y pueblo romano invicto ». La búsqueda continua de tal variación, el problema literario inherente a ambos *Quijotes,* lo aborda Avellaneda en términos de cantidad. (Cervantes lo resolvió cualitativamente, intercalando personajes y relatos fuera del héroe, permitiendo a don Quijote aferrarse a su peculiar ilusión y, en la segunda parte, mediante un desarrollo novelístico, permitiéndole evolucionar en su ilusión pero sin perderla nunca.) El nuevo don Quijote parece por momentos una máquina que insaciablemente rumia y lanza en largos monólogos los tópicos literarios y militares de su época.

La naturaleza de su locura se ha convertido, de trágica, en obstinada. Nada queda de la antigua unidad de intención y de concepción ; en su lugar se encuentra la prolijidad señalada más arriba, y acompañada por una tozudez poco razonable en mantenerla. Al nuevo don Quijote no le afecta realmente la oposición, porque, en lugar de discutir o encolerizarse cuando se le dice llanamente que la venta no es un castillo, contesta sin rastro de sentimiento trágico, es decir, sin la reacción de un hombre que hubiera podido entristecerse o irritarse (cap. IV) :

> Ahora, pues, andad en hora mala ; que ello será lo que yo digo a pesar de todo el mundo.

Y cambia entonces de tema. Su obstinación no permite diálogo ni siquiera ante esta vital contradicción. Por eso, de entre lo que se le dice, siempre escoge lo que ha de permitirse entender. El ventero identifica algo prolijamente su casa para don Quijote y trata de hacerlo parroquiano con la promesa de los servicios de « una moça gallega... que, aunque tiene las tetas grandes, es ya cerrada de años ». De todo esto, don Quijote toma una sola palabra (cap. IV) :

> Por el orden de caballería que profeso, que si, como digo, no me dais el escudero y aquesa princesa gallega que decís, que habéis de morir...

Don Quijote ya no es más un « loco cuerdo » ; se ha convertido en cambio en un « loco terco ».

La tensión de esta situación, tan obstinadamente creada por don Quijote, sólo se resuelve con la ayuda de mucha persuasión y locuacidad voluble de Sancho. Su entrega final está presentada en un diálogo bastante divertido (cap. IV) :

> Pues toma, Sancho, dixo don Quixote, esta adarga y tenme del estribo mientras me apeo; que me parece esta gente de buena condición, aunque pagana. ¡ Y cómo si es pagana ! respondió Sancho, pues en pagando tres reales y medio, seremos señores disolutos de aquella grasísima olla.

Podemos registrar ahora las tres actitudes reflejadas por los parlamentos del *Falso Quijote :* locura, persuasión y por fin chistes. Lo último es enteramente nuevo, porque el Sancho de Cervantes, aunque se envanecía de ser hombre de humor, nunca salía de su camino para hacer chistes o retruécanos a sabiendas. Esas actitudes no proporcionan diálogo o comunicación verdadera. Los parlamentos que resultan de ellas son largos y están ideados para divertir al lector más bien que para provecho de los demás personajes. En ninguna parte la obra de Avellaneda crea o resuelve la tensión de cada incidente por medio de la discusión humana entre don Quijote y Sancho. El ejemplo definitivo de esto es, por supuesto, el ataque fingido contra Sancho.

En esas circunstancias, el papel del encantador maligno se reduce naturalmente al mínimo. Don Quijote como « loco terco » rehusa ahora recono-

cer, discutir y aún recordar fenómenos adversos ; ya no necesita ninguna solución trascendental, que se explique por sí misma, para estas dificultades. (En la segunda parte del *Quijote* de Cervantes el encantador es también menos importante, pero por una razón completamente distinta. El Caballero de los Leones, el caballero en quien el valor es vocación, puede permitirle a la realidad mayor variedad. Puede referir las discrepancias a su propio ser, antes que a lo sobrenatural.) Los diálogos que echamos de menos en el *Falso Quijote* eran, en gran parte, variaciones sobre el tema del encantamiento. Pero aquí el cambio de motivación reemplaza al cambio de tema. Así, pues, el nuevo don Quijote posee unidad orgánica : sus palabras, sus actos y sus reacciones son proyecciones vitales de una concepción enteramente nueva de su carácter.

Las circunstancias del relato también están alteradas. La « moza gallega », que se acerca más al carácter de una verdadera ramera, está lejos de ser una criatura desfigurada como Maritornes. Don Quijote no vuelve a parar en una de esas famosas camas picarescas, sino que se le conduce a un « razonable aposento ». Como Maritornes, la gallega se introduce de noche a hurtadillas en el cuarto, pero esta vez con la precisa intención de seducir a don Quijote con un entretenido relato de su caída. No sigue aquí ninguna repetición de la alarma y rebato del episodio previo. Toda la historia es una preparación para el penoso encuentro, a la mañana siguiente, entre don Quijote y el ventero, después que éste ha golpeado a la llamada « princesa gallega ». Cuando don Quijote tenía conciencia, hasta cierto punto, de la « realidad », y le preocupaba, Cervantes debía preparársela cuidadosamente y por lo general en términos de algún molde o intención literaria externa. El incidente de la venta de Juan Palomeque el zurdo era una oposición irónica, cuidadosamente compuesta, entre el « ser » picaresco y el « parecer » caballeresco. La variedad e interés continuo de todo el libro no se mantenía tanto por medio de cambios en don Quijote como por medio de los cambios y frescura de las diferentes proyecciones literarias de la realidad, deliberadamente dispuestas para él. Pero éstas sólo pueden tener sentido cuando don Quijote y Sancho son también capaces de percibirlas y discutirlas. Así, la armonía del incidente quijotesco surge de la aparente disonancia de la aberración de don Quijote. Avellaneda, empero, está contando un relato ; no prepara una variación sobre un tema ni muestra un contraste artístico ; y su narración se facilita porque no introduce material extraño primorosamente elaborado, tal como la descripción de una cama que no tiene nada que ver con el progreso de la acción. Es mejor para él allanar la senda de don Quijote lo más posible, pues no tiene a mano medios para corregir el desequilibrio o para aliviar la tensión. Así, el recurso de hacer que don Álvaro Tarfe deje a don Quijote toda una nueva armadura completa. Avellaneda no es « padrastro » que trate de « destruir » irónicamente a su héroe, sino que, para que la narración siga andando, dispone las circuns-

tancias a fin de ayudarle lo más posible, y siempre se afana por desenredar al caballero errante de las pecaminosas situaciones a que lo llevan la expansión de su fantasía y su obstinación. Otra expresión de tal actitud puede verse en esta frase (cap. VI):

> Caminaron la vía de Çaragoça el buen hidalgo don Quixote y Sancho Pança su escudero, y anduvieron seis días sin que les sucediese en ellos cosa de notable consideración.

En manos de Cervantes, don Quijote y Sancho tenían aventura tras aventura, pero Avellaneda necesita intercalar un respiro, tanto en su propio provecho como en el de sus creaciones, antes de consignar la próxima dificultad y su artificiosa solución. Es el dechado de padre cariñoso de un díscolo hijo adoptivo.

A la mañana siguiente, don Quijote no pone muchos reparos al encontrarse con que tiene que pagar por su alojamiento de la noche anterior, pero la ilusión de la « princesa gallega » perdura en él. Cuando el ventero la abofetea, don Quijote se venga inmediatamente con una estocada. Sancho logra allanar el conflicto, y persuade a su amo a salir del alcance de la escopeta del ventero. Esta solución poco satisfactoria aflige a don Quijote tanto como al lector; el caballero se inquieta por la impresión de cobardía que pudo haber dejado en la gente de la venta (cap. V):

> Por cierto, Sancho, que lo hemos errado mucho en no volver a la venta y retar a todos aquellos por traidores y alevosos... porque tan vil canalla y tan soez no es bien viva sobre la haz de la tierra; pues, quedando como quedan vivos, mañana dirán que no tuvimos ánimo para acometellos, cosa que sentiré a par de muerte se diga de mí.

Pero Sancho le consuela:

> ...para lo deste mundo ello hemos hecho lo que toca a nuestras fuerças; por tanto, caminemos antes que entre más sol; que deja v. m. bien castigados todos los de la venta.

En todo esto puede verse cierta semejanza con la Segunda Parte del mismo Cervantes: la inquietud por la opinión de los demás; la negativa a gastar su valor en una cuestión como pagar la cuenta; el ambiente mundano más bien que semiliterario en que todo se realiza (más adelante, Avellaneda lleva a don Quijote a una ciudad, en una escena que recuerda a Barcelona). En ambos casos don Quijote ha hallado una nueva base individual para ser caballero. El primer don Quijote era imitativo, era un hombre que seguía el modelo caballeresco, hasta donde fuera posible, sin discusión. Lo cual se puede hacer, como se ha indicado, sólo en un mundo intencionadamente restringido y con referencia frecuente a los encantadores. Así evitaba la necesidad de considerar a los demás como no fuera en términos de su ilusión, y nunca se le ocurría preguntarse qué opinión tendrían de él. Pero cuando

don Quijote se convierte en un caballero en sí mismo, y no recurre de modo continuo a precedentes, ya no hay necesidad de una disposición cuidadosa y geométrica de su ambiente, de escenario pastoral, ventas picarescas, etc. ; y en cambio está obligado a evaluar el nuevo mundo, a pensar en sí mismo y en los demás que existen en él. Cervantes hace que don Quijote realice todo esto merced a un sentimiento de vocación, acentuando el amor, la necesidad de gloria que existe bajo el molde « Caballero de la Triste Figura ». La búsqueda de Dulcinea, definida por Unamuno como la gloria eterna, es la motivación honda de toda la Segunda Parte. El don Quijote anterior no necesitaba verla ; se contentaba con haberla inventado.

Avellaneda da a don Quijote una base individual para su caballería, no por añadirle amor, sino por quitárselo. Don Quijote tenía capacidad de imitar a un caballero sólo porque en primer término era un hombre ; en su más extravagante momento, sólo podemos considerar al héroe de Cervantes en relación con una continuidad profunda de pensamiento, con una personalidad implícita ; don Quijote recuerda, discute y proyecta sus aventuras ; defiende sus acciones y opiniones. La Primera Parte es enteramente lo que Américo Castro llamaría juego entre lo trascendente y lo inmanente, entre los moldes míticos de la caballería y el amor y brío de Alonso Quijano, que los recrea. Esos dos planos de existencia los mantienen a la vez don Quijote y Cervantes, como antes se ha demostrado, por medio del diálogo y de las circunstancias externas. Avellaneda no necesita usar ninguna de las dos cosas, ya que *introduce en el hombre la locura del caballero ;* las ilusiones ya no son proyecciones creadas por un plano hondo de necesidad interior, de pasión amorosa : se han convertido en « accidentes en la fantasía. » Y al hacer de don Quijote un caso obstinado, casi patológico, no sólo destruye la continuidad honda de la personalidad, sino también su fuerza impulsora, el amor. Como el capricho, el cambio de tema, la inventiva ociosa, no necesitan realidad percibida ; la obstinación, la incapacidad de conversar, todos los distintos rasgos que hemos visto en el nuevo don Quijote, provienen de un hecho fundamental : es ahora el *Caballero Desamorado.*

Todos estos rasgos son característicos de un movimiento que en esa época comenzaba cabalmente a dejarse sentir en el mundo español : el barroco. Estamos más habituados a pensar el barroco como un estilo, y en efecto lo es. En el *Falso Quijote* el estilo no está en el modo de escribir, que, como se echa de ver por los ejemplos citados, es bien lógico y llano, con escasos ejemplos de inversión y conceptismo. Pero en manos de Avellaneda las acciones de don Quijote se han convertido en un estilo, y no en una expresión vital del propio don Quijote. El obstinarse de don Quijote en la acción (así como el de los otros personajes — por ejemplo, la brutalidad absurda con que los representantes tratan a Sancho, en el cap. XXVI, frente al jovial manteamiento de los arrieros de Cervantes — es una crueldad innecesaria, que nada tiene que ver con el resto del relato) puede compararse muy bien con el modo de

escribir obstinadamente difícil e innecesariamente complicado que conocemos como estilo barroco. Si se despoja a don Quijote del amor, lo que queda es esencialmente barroco. Y eso es esencialmente el nuevo valor del *Falso Quijote*. Más adelante espero poder realizar una investigación detallada sobre toda la obra desde este punto de vista.

Lo caballeresco penetra en su carácter como una manía imprevisible, y reemplaza el factor causal del héroe de Cervantes, el amor. Lo convierte en un individuo de un solo plano, capaz de afrontar las calles de una ciudad, ya que ahora no necesita la cooperación de la realidad. La continuidad de su personalidad es, a lo sumo, en extremo errática, pues depende de los caprichos de una fantasía demente, y no del impulso único de una fuerza pasional. Todo está muy claramente confirmado por las semejanzas señaladas entre el *Falso Quijote* y la Segunda Parte de Cervantes. Cada vez que el nuevo héroe llega a alcanzar continuidad de pensamiento, está preocupado exactamente con las mismas dudas y temores por la opinión del prójimo que asaltan al don Quijote de la tercera salida. Pero, naturalmente, no puede haber efecto cumulativo, ya que cada duda queda en olvido antes de que surja la siguiente, lo cual priva a la obra de todo sentido final, aparte el de ser sencillamente una historia divertida sobre un loco. « Vivir discurriendo » reemplaza el « vivir muriendo » que surgió del amor de Dulcinea.

Recapitulemos: mediante la pura imitación, Avellaneda no podía crear un nuevo don Quijote; estaba limitado a la concepción popular del primero, el caballero extravagante y burlesco. El público sólo podía exigir la apariencia exterior, los detalles superficiales inmediatamente reconocibles, y el nuevo autor no sólo los copió sino que los acentuó. Pero no podía o no quería imitar el *Quijote* en total, con todo su arte interior y su juego sobre la realidad, simbolizada por el « baciyelmo » y permitida por el encantador. Manteniendo así la concepción externa de don Quijote, Avellaneda le despojó de la fuerza impulsora del amor y de la continuidad de conciencia implícita en ella; le convirtió en un loco caprichoso y sin propósito fijo. De este modo, don Quijote podía vivir en un mundo ordinario y fácilmente presentable, ya que casi siempre está demasiado loco para que el mundo le afecte, y, cada vez que le afecta, el relato toma alguno de los aspectos de la Segunda Parte del *Quijote* de Cervantes. Fuera de ello, el Caballero Desamorado sustituye necesariamente la tragedia por la comedia, lo cual es un medio de agradar al público. Pero Avellaneda fracasa hasta en este fin que se ha propuesto, porque, por lo general, el lector está de acuerdo con Cervantes (II, 59):

> Lo que a mí en éste más desplace es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.

STEPHEN GILMAN.

Princeton University.

NOTAS

UNA IMITACIÓN DE GOLDONI POR JUAN IGNACIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO

Hasta ahora las investigaciones acerca de la influencia de Goldoni en el teatro español del siglo XVIII han sido infructuosas. No cabe duda ya de que muchas de sus comedias fueron representadas a menudo en los escenarios de Madrid, Barcelona, Valencia, Cádiz y otras ciudades de España [1] y de que fueron conocidas por dramaturgos como Moratín y Ramón de la Cruz [2], inclinados a la imitación. A pesar de ello, no ha podido señalarse aún un caso concreto de comedia o sainete español que tenga total o parcialmente su fuente en alguna de las numerosas piezas dramáticas del fecundo autor italiano [3]. En nuestras lecturas hemos tropezado con uno de esos casos en que no cabe negar la procedencia directa.

[1] Véase PAUL PATRICK ROGERS, *Goldoni in Spain*, Oberlin, Ohio, 1941.

[2] Por lo que a Leandro Fernández de Moratín se refiere, Menéndez y Pelayo escribió en cierta ocasión que « merecería particular estudio la influencia del teatro cómico de Goldoni en el de don Leandro Moratín, influencia evidente y confesada por él mismo... » (*Est. y discursos de crít. histórica y literaria*, Madrid, 1942, IV, pág. 23). Ni lo uno ni lo otro parece exacto : la influencia no resulta evidente y la confesión de Moratín no ha sido posible hallarla. *Vid.* CARLO CONSIGLIO, *Moratín y Goldoni* (*RFE*, 1942, XXVI, págs. 1-14), que afirma : « Moratín no imita a Goldoni, y la razón debe quizá buscarse precisamente en su diverso modo de entender la vida y de expresarla teatralmente » (pág. 13). El autor no modifica este juicio en una nota posterior (*Más sobre « Moratín y Goldoni »*, *RFE*, 1942, XXVI, págs. 311-314). No nos ha sido accesible el artículo de Edgardo Maddalena, *Moratín e Goldoni* (*Pagine Istriane*, de Capodistria, 1905, II, págs. 317-326), que citan Cesare Levi (*Il riformatore del teatro spagnuolo*, en *Studi di teatro*, Palermo, 1923, pág. 304), Rogers y Consiglio. Según Rogers (*op. cit.*, pág. 2, n. 1), el artículo citado « is a brief comparison of the two authors and an evaluation of the Spanish poet's opinion of the Italian ».

Ni Consiglio ni Rogers citan la nota de JEAN SARRAILH, *Note sur le « Café » de Moratín* (*BHi*, 1934, XXXVI, págs. 197-199). El hispanista francés cree haber descubierto la fuente de una situación del segundo acto de *La comedia nueva* — la del puntualísimo reloj de don Hermógenes — en la obra de Goldoni *La bottega del caffè* (acto I, esc. III). La semejanza es demasiado vaga y muy poco convincente. La proposición de Sarrailh acerca de que « Moratín a emprunté quelques éléments du *Café* à l'auteur italien » (pág. 197) puede defenderse, pero no está demostrada.

[3] Debe entenderse que no aludimos a las comedias de Goldoni versificadas en idioma castellano o extractadas o « aumentadas » por escritores generalmente de ínfima categoría, y que no son otra cosa que traducciones encubiertas, porque de ellas podrían señalarse algunos ejemplos en los catálogos formados por Rogers.

Juan Ignacio González del Castillo, sainetero gaditano oscurecido en su vida y en la posteridad por el éxito y la fama de su contemporáneo Ramón de la Cruz, produjo una obra interesante aunque no muy valiosa, por cierto poco estudiada [1]. Entre los sainetes que escribió hay uno, y no de los mejores, titulado *La casa nueva*, que está indudablemente imitado de la comedia en prosa y en tres actos *La casa nova* (1763), de Goldoni.

El asunto de *La casa nova* es sencillísimo. Se reduce a las consecuencias que le ocasiona al joven Anzoletto su matrimonio con Cecilia, damisela vana y muy rumbosa. En la casa nueva que ha alquilado lo acosan, además de las pretensiones de su hermana Meneghina y del orgullo de su mujer, los consejos impertinentes de su amigo Fabrizio y de un conde que le corteja a la esposa, las exigencias de tapiceros, pintores y carpinteros que disponen la casa para ser habitada y las demandas de los acreedores. Anzoletto está arruinado. Cuando la situación se torna más grave, reacciona Cecilia: decide pedir al tío del marido, hombre rico, que los salve de la miseria y del escándalo. El tío Cristofolo, colérico pero bueno, concluye por ayudarlos. Hay otra acción: en el segundo piso de la misma casa viven Checca y su hermana Rosina. Checca tiene un sobrino, Lorenzino, enamorado de Meneghina. Lorenzino y Maneghina logran casarse gracias a la protección de Checca y al consentimiento del tío Cristofolo [2].

El sainete comienza, siguiendo parcialmente la comedia de Goldoni, con las órdenes que da un pintor a sus oficiales. González del Castillo suprime el resto de la escena primera del original (conversación de Sgualdo, tapicero, y Lucietta, criada) y pasa en seguida a la escena segunda (diálogo entre Anzoletto y Sgualdo sobre si la casa estará lista pronto). La escena tercera ha sido eliminada, como también la séptima, la octava, la novena, la undécima y la duodécima. Las escenas cuarta y quinta aparecen reproducidas con bastante exactitud, salvo algún

[1] Los sainetes y demás escritos de González del Castillo se han publicado en colección dos veces: *Sainetes de don Juan del Castillo, con un discurso sobre este género de composiciones por Adolfo de Castro*, Cádiz, 1845-1846, 4 tomos. En el tomo IV, Adolfo de Castro nos transmite las escasísimas noticias que se poseen sobre este autor: *Vida y escritos de don Juan González del Castillo* (págs. VII-XXXII); *Obras completas de don Juan Ignacio González del Castillo*, Madrid, 1914, 3 tomos (Real Academia Española. Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles). Lleva prólogo — estilo rimbombante, inútil como crítica — de Leopoldo Cano.

La bibliografía — en cuanto a estudios — es pobre: un breve juicio de Leopoldo Augusto de Cueto en el *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII* (*Rivad.*, LXI, pág. CLXXI); algunas páginas de Menéndez y Pelayo en la *Historia de los heterodoxos españoles* (VI, Madrid, 1930, 416-417); una mención de Jefferson Rea Spell en *Pygmalion in Spain* (*RRQ*, 1934, XXV, pág. 398) y en *Rousseau in the Spanish world before 1833* (Austin, The University of Texas Press, 1938, págs. 121 y 292-293). Por último, I. L. McClelland analiza la comedia *Una pasión imprudente...* como manifestación prerromántica (*The origins of the romantic movement in Spain*, Liverpool, 1937, págs. 238-241). Nos ha resultado imposible consultar: N. González Ruiz y R. Gómez de Ortega, *Juan Ignacio González del Castillo: Catálogo crítico de sus obras completas* (*BSS*, 1924, II, págs. 35-50).

[2] *Commedie scelte di Carlo Goldoni...* a cura di Adolfo Padovan e con un proemio di Giuseppe Giacosa, Milano, Hoepli, 1926, págs. 259-338.

corte. De la sexta sólo se mantiene el principio. La décima, algo extensa, queda reducida a unos pocos versos. La escena décimocuarta se respeta, pero cambia de tono: de esta transformación trataremos luego particularmente. Suprimida en su lugar, la escena décimoquinta ha sido sintetizada más adelante. La décimosexta está imitada con mucha fidelidad; González del Castillo añade un breve diálogo entre el conde y don Blas (el Fabrizio de la comedia goldoniana) sobre el decadente estado de sus respectivas haciendas.

Del segundo acto de *La casa nova* nada se utiliza, con excepción de la escena duodécima. Se introducen, sí, unos versos, que son síntesis de la escena décimoquinta del primer acto y en los cuales don Narciso (o sea el Anzoletto de Goldoni) informa al conde y a don Blas de su desesperada situación económica, pide un préstamo al conde y éste le contesta evasivamente. Observamos un descuido: aunque González del Castillo se vale de la décimosexta escena del acto primero, donde la criada Petra (Lucietta) anuncia la visita — rechazada por doña Tecla y Laura — de «las vecinas del cuerpo bajo», prescinde después de tales personajes (Checca y Rosina), como también de Lorenzino, de manera que desaparece la acción secundaria.

Del tercer acto se suprimen las cinco primeras escenas. La sexta, en cambio, está adaptada con cierta minuciosidad. Algo agrega el autor español: don Lorenzo, agente del dueño de la casa nueva, trae orden «de embargar/ la casa y cerrar la puerta» hasta que don Narciso «satisfaga los alquileres», mientras que en la comedia de Goldoni (II, 12) se amenaza con la intervención judicial, pero no llega a efectuarse. Otro descuido: González del Castillo menciona, de improviso, a un tío rico de don Narciso; en *La casa nova*, al tío Cristofolo, aun cuando no aparece hasta la escena tercera del tercer acto, se le menciona desde el comienzo de la obra.

Don Cristóbal, el tío del atolondrado joven, llamado secretamente por Laura y Petra, resuelve el conflicto de *La casa nueva*, en un desenlace apresurado. En *La casa nova* es Checca quien pide a Cristofolo que ayude a sus sobrinos y Cecilia quien, en una emotiva confesión de sus errores y reconocimiento de los de su marido, consigue que el tío se apiade de ellos. Por fin, el sainete concluye con una inoportuna reaparición de don Blas.

La casa nova, entre las comedias de Goldoni una de las más artísticamente elaboradas, ofrecía una ventaja y un obstáculo para la imitación. La ventaja la presentaba el argumento poco complicado y, por consiguiente, fácil de encuadrar en la corta extensión de un sainete. El obstáculo era el diálogo gracioso y vivaz, que constituye su verdadero valor.

González del Castillo, que no se distingue por la cualidad del donaire fino, no supo aprovechar útilmente la ventaja ni superar el obstáculo. Respecto de lo primero acierta al suprimir lo accesorio — amores de Lorenzino con Meneghina —, pero falla al corregir sin razón valedera el desenlace. Respecto de la segundo, advertimos un afán excesivo por popularizar el modelo. Un ejemplo, no más: la escena décimocuarta del primer acto de *La casa nova* es una aguda e irónica esgrima verbal entre Cecilia y Meneghina, que el conde apaciguador trata de arbitrar.

Men. — La compatissa se no so vegnuda prima a far el mio debito, perchè giera despoggiada.
Cec. — Oh, per mi no ghe giera bisogno che la se mettesse in bellezze.
Con. — È bella in tutte le maniere la signora Meneghina.
Cec. — Bravo, sior conte [*con ironia*].
Con. — Veramente non si potevano accoppiare due cognate di maggior merito e di maggior gentilezza.
Men. — (Tra le altre so virtù la gh'ha anca quela dell'invidia.)
Cec. — Vorla comodarse, siora cognada.
Men. — In verità no son stracca.
Cec. — E po la xe in casa sua.
Men. — Oh, no, la veda, casa mia xe la mia camera.
Cec. — Oh, la xe patrona de tutta la casa.
Men. — Oh, grazie.
Cond. — Bellissima gara di compitezze, d'amorevolezze, di affetti.
Men. — E come che i vien dal cuor! [1]

. . . . . .

Ha sido reemplazada por una disputa áspera y zafia entre los personajes correspondientes (doña Tecla y Laura), que termina a bofetones.

Tecla. — ¿Señora, está usté indispuesta?
Laura. — No, señora.
Tecla. — Como usted
no nos saluda.
Laura. — A quien entra
le corresponde.
Tecla. — Por fin,
ya tengo en casa maestra
de política.
Laura. — Usted sabe
demasiada.
Tecla. — ¡Puf! Me apesta
la conversación.
Laura. Y a mí.
Tecla. — Si no mirara...
Laura. — ¿Qué hiciera? (*En acción de embestirla*).
Tecla. — le diría...
Conde. — Señorita...
Blas. — Vaya, madama, prudencia:
templanza, que este palacio
no se estrene con quimeras [2].

. . . . . .

En síntesis, adaptación desafortunada ésta de don Juan Ignacio González del Castillo.

José Francisco Gatti.

[1] *La casa nova*, edic. cit., pág. 284.
[2] *La casa nueva*, edic. de Adolfo de Castro, I, págs. 102-103.

PROHIBICIÓN DE LIBROS EN EL PRIMER SÍNODO SANTIAGUEÑO

« Entradas » frecuentes contra los naturales rebelados, súplicas angustiosas al monarca y al virrey, litigio de mercedes, sinsabores de pleitos y lucha de preeminencias son los hechos históricos más corrientes de la vida del Tucumán según los documentos de fines del siglo XVI. Los pobladores europeos sometidos a grandes « trabaxos y privaciones » ven en el socorro de la Iglesia, en la fuerza de la fe y en el don de la gracia, la esperanza justificada de una existencia mejor, como recompensa a su esfuerzo de entrar en tierra virgen a fundar ciudades, « por donde se ampliará la corona rreal de castilla e quintos de su magestad », y para que vengan los indios « a uerdadero conosimiento de nuestra santa fee catolica, y en ellas se le predique el sagrado evangelio » [1].

Desde el año 1595 le tocó ejercer el gobierno espiritual del dilatado territorio del Tucumán al ilustrísimo obispo don fray Fernando de Trejo y Sanabria, americano de origen, miembro de la orden seráfica, que sucedió en el obispado a fray Francisco de Victoria [2].

El celo apostólico del obispo Trejo le movió a convocar en la ciudad de Santiago el primer sínodo diocesano. Este sínodo, injustamente olvidado, aprobó disposiciones prohibitivas sobre « libros vanos », de cuyo comentario nos ocuparemos [3]. En aquel ambiente santiagueño del siglo XVI, que reproducía en rústico, aunque no con menos vanidad, los hábitos de la metrópoli, fué el sínodo acontecimiento político y religioso de importancia, ya por los temas debatidos y aprobados en él, ya por la calidad y representación de las ciudades que asistieron, « por apoderados », a las deliberaciones [4].

[1] Ésas eran las declaraciones corrientes en las actas de fundación de ciudades. Las que figuran en el texto pertenecen a la fundación de Córdoba, verificada el 6 de julio de 1573 (*Archivo Municipal de Córdoba*, Libro Primero, pág. 22, Córdoba, 1882, segunda edición).

[2] El obispo Victoria se embarcó para España y allí murió en 1592.

[3] El P. J. Toscano, en su libro *Estudios históricos*: *El primitivo obispado del Tucumán y la iglesia de Salta*, tomo I, Buenos Aires, 1907, transcribe « el texto íntegro de las materias definidas en los tres sínodos celebrados por el iltmo. señor Trejo ». Agrega el P. Toscano: « Para nosotros ha sido un trabajo ímprobo descifrar el manuscrito, copia de 1635, por el deterioro y apagamiento de la letra en muchas partes; algunas pocas lagunas han quedado, pero fáciles de comprenderse su sentido ». La aludida copia de 1635 se hizo « a pedimento del padre Pedro Martínez de la Compañía de Jesús y de mandamiento del Señor Licenciado don Pedro Carminatis Jover, Chantre de esta Santa Iglesia Catedral, que aquí firma ». Certifica, « en testimonio de verdad », Juan Serrano, notario público. La copia es, pues, del 30 de octubre de 1635, y « traslado de su original que está en el archivo eclesiástico, con el cual corregí y concuerda » (pág. 574),

[4] Fueron consultores del sínodo el gobernador don Pedro Mercado y Peñaloza, el licenciado don Pedro Farfán, Arcediano de la Catedral, el padre Francisco de Angulo de la Compañía de Jesús y Comisario del Santo Oficio, el Maestrescuela don Francisco de Aguilar, el padre fray Baltasar Navarro, Custodio de la Provincia de la Orden de San Francisco, el padre fray Antonio Marchena, provincial de N. S. de la Merced, el padre Juan Romero, Rector de la Compañía de Jesús, el padre maestro fray Pedro Guerra, Comendador

« Teniendo delante de los ojos de nuestra consideración la obligación que tenemos de procurar la salvación de todos los fieles, especialmente indios de nuestro obispado — escribe el obispo Trejo [1] —, y que debemos atender con solicitud, como dice San Pablo, a las almas que el Espíritu Santo nos ha encomendado y las ganó y adquirió el Hijo Jesús con su preciosa sangre ; aunque deseábamos ante todas cosas acabar de visitar por nuestra propia persona todos los pueblos de indios y también de los españoles, que ya están regenerados en Cristo por el santo bautismo, y reducidos por la Majestad Católica, para ver mejor el remedio y lo que han menester para encaminarlos al cielo ; viendo por otra parte lo mucho que hay que andar y que había de gastar el tiempo en ello, y con esto dilatarse el sínodo diocesano que los cánones mandan y encargan a cada uno de los obispos que hagan sínodo a su tiempo [en cada obispado], determinamos antes de salir de nuestra Catedral a proseguir la visita, celebrar sínodo, considerando también que no se ofrecería otra ocasión más propicia que pudiese ocurrir, ni se ofrecerá tampoco ocasión tan presto donde ocurrieran juntamente muchas personas y religiosos, de cuyo consejo mucho nos hemos ayudado para el sobredicho efecto [2]. Júntase también con esto la mucha necesidad que hay en este obispado de poner en orden muchas cosas, para el remedio de las cuales era mejor remedio que se tratasen, confiriesen y se eligiesen en sínodo para que quedasen más bien sentadas y más bien recibidas ; para lo que despachamos nuestra convocatoria a todos los lugares, curas y vicarios de nuestro obispado, e intimamos a las ciudades enviasen aquí a los Procuradores... » [3].

Congregados los representantes en la ciudad de Santiago, asiento de la gobernación, « para el día señalado, que fué el día nativo de N. Señora, a todos los convocados al sínodo, la víspera a esta fiesta, que fué la domínica décimaquinta después de Pentecostés, estando presente su Iltma. y el muy ilustre señor gobernador don Pedro Mercado y todo el concurso de pueblo, así eclesiásticos como seglares, predicó el padre Rector de la Compañía de Jesús de la disciplina

de N. S. de la Merced, el padre fray Alonso de la Torre, de la Orden de San Francisco, el Maestre de Campo don Francisco de Lugones, vecino y alcalde ordinario de Santiago. El licenciado Antonio Rosillo, secretario del sínodo, « hizo diligencia, de manera que constase, de los poderes que los gobernadores de las ciudades traían, para leerlos en presencia de todos los de la dicha congregación, y parecieron por gobernadores de las ciudades, villas y lugares de españoles de esta dicha gobernación los siguientes : de la ciudad de Santiago del Estero, el Capitán Alonso de Tibad y el Licenciado Diego Fernández de Andrada, Procurador que fué general de todas las ciudades ; de la ciudad de San Miguel de Tucumán, el Capitán Juan de Espinosa ; de la ciudad de N. S. de Talavera de Esteco, el Capitán Pedro Lazarte ; de la ciudad de Córdoba, el Capitán Pedro Vázquez Pestaña ; de la ciudad del Valle de Salta, Francisco de Aguirre, vecino de ella ; de la ciudad de la Nueva Rioja, el Capitán Juan Díaz del Castillo, vecino de ella ; de la ciudad de San Salvador de Jujuy, Pedro de Rivera, Alguacil Mayor de esta gobernación ; de la Nueva Villa de Madrid de las Juntas, Cristóbal de Torres, vecino de ella... con las demás personas que fueron llamadas anteriormente a tomar parte en este sínodo » (pág. 535).

[1] Toscano, *op. cit.*, pág. 527.

[2] Tuvo razón el obispo Trejo, pues los sínodos siguientes no pudieron reunirse en las fechas que él había pensado.

[3] Toscano, *op. cit.*, pág. 528.

eclesiástica y de los divinos misterios y reformación de las costumbres..., y luego el día siguiente, que fué, como dicho es, de la Natividad de N. Señora, predicó su Iltma. encargando a todos la enmienda de sus vidas y reformación de sus costumbres, y la continuación de súplicas a N. Señor para que ilumine los entendimientos y ablande las voluntades de todos para hacer todas las cosas conforme a su divina voluntad » [1].

Después de las ceremonias establecidas para la reunión de sínodos, y de haberse hecho « procesión alrededor de la iglesia, y dicha la letanía y demás preces, himnos y oraciones, conforme al uso de la santa Iglesia..., señalóse por lugar para las juntas comunes la Iglesia Catedral, todos los días por la mañana desde el día siguiente, que se contaron nueve de septiembre, desde las nueve a las once horas, y para las consultas secretas se señaló la casa de su Iltma. » [2]. Se hicieron luego — según informa el acta — nombramientos de consultores, se señalaron los « asientos ciertos y determinados », se indicó el orden de las reuniones y se acordó que en ellas cada uno de los concurrentes « podrá pedir y alegar lo que conviniere » [3].

El 9 de septiembre de 1597, « como a las nueve horas del día », se dió comienzo al sínodo. El obispo Trejo, que presidía la reunión, tenía a su derecha, como prestigioso consultor, al gobernador y capitán general don Pedro de Mercado y Peñaloza, que era la más alta autoridad política de la gobernación. El obispo pronunció « una breve plática y exhortación, declarando el fin de aquellas juntas y los buenos efectos que de ellas se esperaban ». Luego se levantó el Gobernador, nombrado por los Procuradores de las demás ciudades, que fué el Licenciado Diego Fernández de Andrada, y en nombre de ellos *hizo una elegante oración latina* [4], que en suma contenía el derecho que tenían los vecinos moradores de estas provincias del descargo de sus conciencias y de que se ordenasen cosas con que N. S. Dios fuese más servido, y reformadas las costumbres de todos los eclesiásticos y seculares, y para que los indios naturales de estas provincias quedasen más bien doctrinados ».

Una de las constituciones de este sínodo, la vigésimatercera, de la parte tercera [5], se refiere a prohibición de libros en la jurisdicción del obispado ; lleva por título *que se eviten los libros vanos*.

[1] Toscano, *op. cit.*, pág. 530.

[2] Para las juntas secretas « señalamos la casa de nuestra morada, y la hora será por las tardes, de dos a cuatro, donde consultarán las cosas que hubiesen pedido en las dichas juntas generales, y se cumplirá y guardará lo que por los dichos consultores con nuestro parecer se determina » (Toscano, *op. cit.*, pág. 533).

[3] Toscano, *op. cit.*, pág. 533.

[4] La cursiva es nuestra, tanto aquí como en las citas posteriores. Buen latino sería el licenciado Diego Fernández de Andrada para recoger elogio en documento tan objetivo,

[5] Las constituciones de la parte tercera del sínodo se refieren a « cosas diferentes de reformación de costumbres ». La constitución vigésimacuarta tiene relación con la que da lugar a esta nota, pues en ella se dispone : « Ordenamos y mandamos so pena de excomunión mayor que ninguna persona baile, dance, taña ni cante bailes ni cantos lacivos, torpes, ni deshonestos, que contengan cosas lacivas, y los introdujo el demonio en el mundo para hacer irremediables daños con torpes palabras y con meneos » (pág. 567).

« Una de las cosas más dañosas a la república cristiana — dice la constitución — es la elección de los *libros torpes* y *de caballerías*, lo que no sirve de algún buen afecto sino de revivir las imaginaciones de torpes y lacivos deseos y de vanas y mentirosas fábulas, y principalmente se imprimen estas vanidades en gente moza con gran detrimento de sus almas, las cuales se corrompen con los dichos libros y se encienden en fuegos, y por ellos comienzan a aprender e intentar lo que no sabían ni habían oído por otras vías ; por lo cual mandamos a todas las personas, hombres y mujeres de todo nuestro obispado, de cualquier estado y condición que sean, que, so pena de excomunión mayor, dentro de cuatro días de la publicación de esta constitución sinodal, nos traigan o envíen a las casas de nuestra morada todos los libros que se intitulan *Dianas*, de cualquier autor que sean, y el libro que se intitula de *Alestina* [1], y los libros de *caballerías*, y las poesías torpes y deshonestas ; y lo mismo mandamos se lleven a nuestros Vicarios y Curas, o cualquiera de ellos en los dichos oficios, dentro de dicho tiempo de la publicación en cada parte de esta gobernación, para que los dichos libros sean quemados, porque cierto es de cosa indigna que, habiendo tantos libros historiales y provechosos en nuestro tiempo, se permitan y lean los vanos y deshonestos, que, aunque para alguna persona no serán dañosos, son muy perjudiciales para todo el común de la gente. Asimismo mandamos a todos los mercaderes que hubieren empleado en los dichos libros, no los vendan en este nuestro obispado, so pena que pagarán lo que por ellos les dieren, y otro tanto aplicado por tercias partes » [2].

No sabemos hasta qué punto debió de observarse la prohibición del sínodo santiagueño que reprimía estas « vanas y mentirosas fábulas ». Pero tal medida permite juzgar fundadamente de la enorme difusión de las « *Dianas*, de cualquier autor que sean », de la *Celestina*, de los *libros de caballerías*, y de « las poesías torpes y deshonestas ». A ellos debían oponerse, como modelos de vida y de piedad, los « tantos libros historiales y provechosos » divulgados por la Iglesia que guardaban las nutridas bibliotecas de los primeros refugios religiosos [3].

Según documentan las actas, hubo reclamaciones sobre algunos puntos acordados en el sínodo, pero nada se dice con respecto a la prohibición de libros, que debió de levantar la ingenua resistencia en los primeros colonizadores. Habríamos de creer, si no conociéramos el abismo entre la ley escrita y su aplicación, que lo resuelto en la piadosa reunión santiagueña se cumplió al pie de la letra. Nos cuesta trabajo creer que la condena se llevase a cabo y que los libros fuesen quemados, tal como disponía la constitución. ¿Quién sabe si la piedad venció al

[1] O es error de copia, « por el deterioro y apagamiento de la letra en muchas partes », o es culpa del escribano, que estaba mal informado. No puede ser otro título que *La Celestina*.

[2] Toscano, *op. cit.*, pág. 566.

[3] En Córdoba, por ejemplo, la fundación del Convento de la Orden Franciscana comenzó el año 1575 (Fr. Antonio S. C. Córdoba, O. F. M., *La Orden Franciscana en las Repúblicas del Plata*, Buenos Aires, 1934). Véase también, entre otras obras, la del padre Julio Rodríguez, *Sinopsis histórica de la Provincia de Córdoba*, Buenos Aires, 1907, y, asimismo, el citado *Archivo Municipal*.

regalo de la cosa prohibida y los sospechosos libros fueron ocultados convenientemente en algún escondrijo de los viejos solares? [1].

En los sínodos de 1606 y de 1607 no se volvió a hablar de libros, pero las disposiciones del primero quedaban subsistentes, puesto que no hubo derogación expresa.

Antonio E. Serrano Redonnet.

REPRESENTACIÓN ESCÉNICA EN POTOSÍ EN 1663

Por una *Relación de la grandiosa fiesta que el señor Gobernador D. Luis de Andrade y Sotomayor alcalde ordinario de la imperial villa de Potosí hizo a la renovación del Santísimo Sacramento a 4 de marzo de 1663*, comprobamos cómo eran comunes las representaciones escénicas durante la era colonial, en muchos centros importantes de población, aunque no tuvieran compañías regulares de cómicos. Al dar esta noticia aislada, rogamos a los historiadores recojan también y publiquen cualquier dato de este género, a fin de que algún día se pueda hacer con la máxima fidelidad la historia del teatro en la colonia. La relación que comentamos se solaza con el ambiente pintoresco: en una plaza se levantó un jardín

encerrando en su clausura
cuantos animales fieros
tuvo el arca de Noé;
y no es encarecimiento
pues hubo tigres, leones,
osos, pájaros diversos,
palomas, fieras, lechuzas,
monos, perdices, mochuelos,
papagallos, guacamayos,
y enjaulados mil silgueros.

Hubo títeres «en el muro de un castillo» muy embanderado; caños que manaban «vino, chicha y agua a un tiempo». En la Iglesia, gran ornamentación a base de recuerdos de la metrópoli; y aquel domingo 4, misa solemne con coros y gran sermón; al final, allí mismo

tres niños bizarros
una loa echaron luego
con mil donaires y gracias
quedando el pueblo suspenso.

[1] Investigaciones de los señores Irving A. Leonard y José Torre Revello, en estos últimos años, prueban que había gran tolerancia en los embarques de libros para América, a pesar de las conocidas disposiciones prohibitivas sobre «historias fingidas» en el siglo XVI. El sínodo santiagueño revela que en las colonias no faltaron tampoco las prohibiciones.

Un indicio para la fama de Lope : aunque ni en Lima, ni siquiera en España se representaran apenas las obras de Lope, su nombre perdura en América como ponderación extremosa :

perdonando de mi pluma
los yerros y los defectos,
que para tanta grandeza
es corto mi rudo ingenio,
pues la de Lope quedara
entre confusión y miedo.

Sólo el hecho de que hay una impresión reducida de cincuenta ejemplares, uno de los cuales posee este Instituto, justifica la noticia que damos. La impresión es de Sevilla, imp. de E. Rasco, Bustos Tavera 1, 1899.

Raúl Moglia.

RESEÑAS

Robert A. Hall, Jr., *Bibliography of Italian linguistics* (Special publications of The linguistic Society of America), Baltimore, 1941, 543 págs.

Esta bibliografía quiere señalar las publicaciones que, con intento científico, histórico o descriptivo, estudian la lengua italiana y sus dialectos, y también investigaciones de lingüística románica cuando en ellas se considera a Italia de manera particular. Éste es, pues, el criterio de limitación, y por eso excluye toda la enorme producción de fines prácticos o didácticos, y no se remonta, si no es por excepción, más allá de 1860 [1].

El fin de esta bibliografía es deliberadamente indeterminado : el autor declara que no ha querido dar ni una guía bibliográfica a la historia de la lengua italiana ni una « concordancia », como él dice, de la lingüística italiana, ni tampoco un índice etimológico. Ésta es una bibliografía en el sentido más genérico de la palabra (« a formal bibliography ») ; el autor empezó a compilarla para su uso particular, luego tuvo la idea de ampliarla y completarla « dentro de lo posible ». Este origen puede explicar algunas desproporciones, por ejemplo, lo insuficientes que son las secciones « Linguística románica en general » (págs. 36-45) y « Latín vulgar » (págs. 46-52). Sin embargo, el libro es útil y oportuno [2], y en él puede el lego encontrar una primera orientación y el especialista documentarse rápidamente. El autor trabaja con tino y tesón, tiene buenas cualidades de clasificador y práctica de arte bibliográfico. Claro que faltan muchos nombres y títulos, pero éste es defecto de cualquier bibliografía que se salga del plan sistemático de las grandes bibliografías periódicas y colectivas. Teniéndolo en cuenta, el crítico no tiene más que adherirse con mucho gusto a la colaboración que le pide el autor (pág. 9).

Tan sólo dos ejemplos : en la sección « franco-veneciano » (n° 2688-2695) se omiten algunos de los textos poéticos más conocidos y estudiados : *La prise de Pampelune*, editado por Mussafia (Viena, 1864) ; la *Entrée en Espagne*, por Antoine Thomas (París, 1913), con una introducción lingüística muy notable, etc. No se alude tampoco a la cuestión de la prosa franco-véneta, recién reanudada con

[1] Las excepciones tendrían que ser más numerosas ; por ej. : Nannucci, *Analisi critica dei verbi italiani*, 1844 ; *Teorica dei nomi della lingua italiana*, 1858 ; E. G. Blanc, *Grammatik der italienischen Sprachen*, 1864, que utilizó Meyer-Lübke.

[2] Otras reseñas : *Italica*, XVII, págs. 28-29 (Vaughan) ; *RRQ*, XXXII, págs. 442-445 (M. A. Pei), y particularmente *MLQ*, II, págs. 640-643 (Leo Spitzer). Bien cuidada la impresión ; en el n° 2575, léase Noberasco en vez de Nobaresco.

oportunidad de la primera edición integral de Marco Polo, tan ingeniosamente reconstruído por L. F. Benedetto [1], y de un primer ensayo sobre Martino da Canal, este Villehardouin veneciano (Paulette Catel, *Studi sulla lingua della « Cronique des veniciens »*, en *Atti del R. Istituto Lombardo*, 1938-1939, LXXI, fasc. II). La sección « influjos italianos sobre otras lenguas » hace constar que este influjo en el español, portugués y catalán no ha sido todavía objeto de investigaciones particulares, y esto hasta cierto punto es verdad [2]. Pero en el párrafo « Italiano en países extranjeros (siglo XIX) », (nos 1679-86) — donde falta gran parte de Hispanoamérica, y la Argentina por completo — podían mencionarse algunos títulos de la guía bibliográfica de Madaline W. Nichols [3] y otros citados en un breve artículo de A. Menarini sobre las hablas de los emigrantes italianos en Francia, España, Somalia y Sudamérica (*Lingua nostra*, 1941, III, pág. 41). El autor menciona a la cabeza de cada sección los pertinentes repertorios bibliográficos, generales y especiales. Pero faltan las amplísimas reseñas críticas (lengua literaria, dialectos antiguos, dialectos modernos) de Salvioni, Parodi, Bartoli, Schneegans, Subak y otros, que se publicaron, desde 1890 hasta 1914, en el *Kritischer Jahresbericht über die Fortschritte der romanischen Philologie* y que tenían también carácter de bibliografía sistemática. También faltan las « noticias, crónicas, notas » de las revistas de lingüística y de filología (*Italica*, *Vox Romanica*, la sección « Italia » redactada por G. Rohlfs en el *Archiv für das Studium der neueren Sprachen*, etc.).

[1] Marco Polo, *Il Milione*. Prima edizione integrale a cura di L. F. Benedetto. Florencia, 1928, CCXI-281 págs. Para la cuestión propiamente lingüística me permito remitir a mis *Ricerche ed appunti sulla più antica redazione del « Milione »*, en *Atti della R. Accademia... dei Lincei*, 1933, Serie VI, vol. IX, págs. 420-428.

[2] Véase la nota de Migliorini, pág. 25, nº 386. Sin embargo, sería por lo menos oportuna la mención de los manuales de Menéndez Pidal y de W. J. Entwistle, que plantean el problema lingüístico del italianismo en España en sus términos más amplios. El planteo renacentista de la llamada « cuestión de la lengua italiana » influyó en el planteo español, como ha hecho ver Amado Alonso, *Castellano, español, idioma nacional: Historia espiritual de tres nombres*, Instituto de Filología, Buenos Aires, 1938, pág. 82 y sigs. Para lo que se refiere al influjo español sobre el italiano se echa de menos la mención de las bellas páginas de Menéndez Pidal (especialmente las que tratan de algunos hispanismos introducidos por Castiglione): *El idioma español en el siglo* XVI (en *Cruz y Raya*, 1933, ahora reimpreso en *Romances españoles en América*, Buenos Aires, 1934, y en *La lengua de Cristóbal Colón... y otros estudios sobre el siglo XVI*, Buenos Aires, 1942). Con el análisis del italiano de Colón (págs. 24-28) por Menéndez Pidal se podría justamente iniciar un párrafo particular: « la lengua de los navegadores italianos que tuvieron trato con España ». Por ejemplo, la posibilidad de hispanismos está siempre presente en el estudio sobre la lengua de Pigafetta, mencionado bajo el nº 2801.

[3] Madaline W. Nichols, *Bibliographical guide to materials on American Spanish*, Cambridge, Mass., 1941, señalada en esta *Revista* (IV, págs. 85-86), en una reseña de Amado Alonso a la que tendré oportunidad de referirme a continuación. Para los elementos italianos en el español de la Argentina, lunfardo, « cocoliche », etc., véanse en particular los nos 556 (la *Contribución al estudio del italianismo* por Renata Donghi de Halperín), 551-558, etc. Además: Américo Castro, *La peculiaridad linguística rioplatense*, Buenos Aires, págs. 96-103, 154-159; R. Grossmann, *Das ausländische Sprachgut im Spanischen des Rio de la Plata*, Hamburgo, 1926, de mucho material, aunque sin criterio aceptable.

En el cotejo de revistas, colecciones, homenajes, etc. (págs. 12-29, hasta 1938), faltan las colecciones no limitadas a la lingüística [1]. Y así, no se ha sacado provecho de algunos libros y colecciones que no llevan el rótulo de la especialización: los *Atti della Società Italiana per il progresso delle scienze* (en cuyas reuniones nació la primera idea del *Atlante linguistico italiano*), los *Atti* de los congresos anuales de *Studi Romani* (desde 1930), la *Rivista di Sintesi Letteraria* (desde 1934), la *Rassegna di Israel* (1926-38) (jergas judeo-italianas), etc. Falta también la *Guida d'Italia* editada por el *Touring Club Italiano*, cuyos tomos regionales llevan en la introducción una sección «dialectos» a cargo de especialistas; entre los «homenajes» no encuentro la *Miscellanea in onore di Rodolfo Renier* (Turín, 1914), los *Romanica Fragmenta* (Padua, 1932) con la bibliografía de Vincenzo Crescini por A. Viscardi, etc.

El autor tomó al pie de la letra la idea de dar una bibliografía exterior, sin otro plan preestablecido que el de hacer caber la materia de la lingüística italiana en un esquema que pudiera servir para cualquier otra lengua. Italia es para él nada más que una expresión geográfica. Me parece conveniente detenernos en este punto, ya que el libro lo merece. Rozamos aquí una cuestión de método recién presentada con mucho brillo a los lectores de esta Revista por Amado Alonso: ¿para qué sirve una bibliografía especial? Claro que el compilador de una bibliografía no puede ser un mero bibliotecario que se limite a publicar su fichero por materias y por autores. ¿Y qué es lo objetivo y lo subjetivo en una compilación bibliográfica? En su reseña de este libro Spitzer se declara partidario de bibliografías resueltamente subjetivas. Por lo menos este libro nos enseña que, si se llama objetivo un esquema de encasillamiento hecho *a priori*, las bibliografías «objetivas» no pueden proporcionar una idea adecuada de lo que se escribió sobre una lengua determinada.

En efecto, el poder de la realidad histórica es más grande que la impasibilidad buscada en este libro, cuyos lemas tienen que salir muy a menudo, y no con éxito, de los casilleros en donde quiso encerrarlos su autor. El autor tuvo la idea de citar las reseñas y los juicios a que dieron lugar muchas publicaciones; de algunas nos da el sumario o temario. Idea excelente. Sin embargo, el afán de completar hasta lo posible la información le lleva necesariamente a tomar un papel de crítico, que le compete, por supuesto, pero que le encuentra algo desprevenido: en efecto, nunca es su propia opinión sino la de críticos de cualquier tendencia la que él resume telegráfica y atrevidamente, con poco más que un solo adjetivo. Para el temario, el autor suele resumir títulos e índices; pero con eso a veces no se logra dar una idea ni aproximada del tema tratado en realidad: por ejemplo, en el nº 1610, A. Schiaffini, *Testi fiorentini del dugento...*, no se hace resaltar — bastaban tres palabras — que las 46 págs. de la «Introduzione» plantean la historia de la formación del toscano literario en los siglos de los orígenes. Asimismo el lector que no conozca ya el libro de A. Gaudenzi, *I suoni e le forme e le parole del dialetto della città di Bologna...* (nº 2835), al leer

[1] Por ejemplo, la mención de los temas de lingüística italiana en la *Enciclopedia italiana di scienze, lettere e arti*, Milano-Roma, 1929-1937, está hecha al azar. Sólo de los primeros cinco volúmenes faltan: Abruzzo, Basilicata, Calabria, dialetto, G. I. Ascoli, C. Biondelli, G. Flechia.

« págs. 197-290 : textos antiguos », ¿cómo podría suponer que allí está la primera edición de los *Parlamenti ed Epistole* de Guido Fava, uno de los textos más importantes para el estudio de los orígenes de la prosa, no sólo boloñesa, sino italiana ? Tampoco podría imaginarse que allí está también la primera edición de los *Parlamenti* en piamontés del siglo XIV, cuyas particularidades se estudian en los nos 2141-2142. Para lo que se refiere a las reseñas, habría que independizar algunas de ellas porque llegan a considerar el tema del libro reseñado de una manera independiente y original. Así, el mayor mérito del libro de Schadel, *Die Mundart von Ormea* (Liguria occidental) (n° 2562) quizás esté en haber ocasionado la larguísima reseña de Parodi (*Studi Romanzi*). Esto de dejarse arrastrar en una reseña por el interés del tema mismo, alejándose del estudio reseñado, era cosa frecuente en Parodi y en otros lingüistas, de los cuales el máximo representante fué Hugo Schuchardt.

La bibliografía se divide en cuatro secciones : la división de las dos primeras, de tamaño muy desigual, arraiga en una distinción entre diacronía (gramática histórica y etimología) de la lengua italiana (págs. 53-195), y descripciones sincrónicas del italiano en distintas edades (págs. 200-218). Sigue la sección « Dialectología », cuya magnitud (págs. 219-414) hace resaltar cuál ha sido hasta ahora el problema característico de la lingüística italiana. La última sección considera la « Historia de la lingüística italiana » (419-424). En las secciones II y IV prevalece el orden cronológico, la III se fundamenta en una partición estrictamente geográfica de los dialectos italianos y de sus variedades, sin subdivisiones cronológicas. Esto quiere decir que el autor no repara lo bastante en la circunstancia de que el concepto de dialecto tiene en Italia dos sentidos completamente distintos, según que lo consideremos anteriormente o posteriormente al siglo XVI, en que se formó el italiano literario. Además, el esquema geográfico oculta las dificultades de una clasificación dialectal, pero no las resuelve ; mejor sería encararlas abiertamente. Quien pone el dialecto de la ciudad de Novara (Piamonte) entre las hablas lombardas, lo que es lingüísticamente correcto (el autor dice : Lombardía, sin más), tiene que atribuir a la Emilia casi todas las variedades de Lunigiana (Toscana) (págs. 352-353) y señalar, por ejemplo, que el dialecto de Pavía (Lombardía) era piamontés en la Edad Media, como lo probó Salvioni en el artículo mencionado aquí y analizado en el n° 2378 [1]. No he logrado entender por qué el autor, aunque incluye — y muy bien — mucho de las hablas retorrománicas, omite las variedades provenzales y francoprovenzales de la vertiente italiana de los Alpes occidentales, que, con excepción del valle de Aosta, gravitan desde hace siglos hacia Piamonte. Tampoco Cerdeña está incluída en esta bibliografía : después de los trabajos de Bartoli (n° 246) sigo opinando que, en una clasificación de las lenguas románicas que arraiga en la historia del latín vulgar, a Cerdeña le corresponde el puesto particular que todos sabemos, entre Italia, África e Iberia ; sin embargo, todos estamos también conformes en admitir que las hablas sardas expresan hoy en conjunto una civilización que mira hacia Italia desde el día en que Pisa y Genova enviaron a la isla sus mercaderes y sus monjes. ¿Qué decir de una bibliografía de lingüística ibérica que omitiera los

[1] Sin embargo, en ningún caso se puede poner en Umbría (pág. 363) a Arezzo, que es Toscana geográfica y lingüísticamente, ni a la Valsugana (Véneto) en Lombardía (pág. 290).

influjos catalanes y castellanos en las hablas sardas? Pues bien : los de Toscana e Italia son mucho más antiguos, profundos y duraderos.

En la primera sección resalta muy bien el esquema de clasificación gramatical que domina más o menos todo el libro y presenta un sinnúmero de subdivisiones encajonadas una en otra, saliendo de lo general para llegar a lo particular, tan particular que el título de algunas secciones designa tautológicamente lo mismo que el de la única publicación que en ellas se menciona. El autor remedia este inconveniente con habilidad notable por medio de una serie de índices (págs. 438-543) de autores y títulos, de palabras y bases etimológicas, de localidades geográficas, y por fin con un índice analítico bastante minucioso en donde cualquier lector debería encontrar la tabla de concordancias que sus gustos e intereses necesiten. Sin embargo, el punto de partida ha sido demasiado abstracto. Lo de menos son algunas faltas de coherencia ; lo grave es que un índice analítico como éste está lejos de brindar al lector el cuadro bibliográfico de los problemas históricos que ha planteado y plantea la lingüística italiana. Es verdad que Italia echa de menos, no gramáticas históricas, sino síntesis orientadoras, de que no carecen ni España ni Francia ; pero basta dominar y entender bien el significado de las distintas fases de la llamada « cuestión de la lengua italiana » (campo en que nuestro compilador es al mismo tiempo autor : nos 3813-3814) para poder enfocar provisionalmente el problema histórico del italiano. Es lo que echamos de menos en el autor, cuyo esquematismo inicial le hace descuidar la forma particular y hasta el nombre que algunos problemas tuvieron en Italia. Falta, por ejemplo, un lema para un fenómeno característico de la dialectología italiana : el de las islas o colonias lingüísticas [1]. Falta un « habla de la poesía popular », « textos toscano-venecianos », « textos sículo-toscanos », « latín medieval », « lengua macarrónica », « lengua cortesana », etc.

En una clasificación meramente exterior de dialectos opuestos a la lengua nacional, no pueden caber los problemas de la formación de la lengua literaria, que son los que hoy dan a la lingüística italiana su verdadera razón de existir y que en esta bibliografía resultan vislumbrados a escape [2]. No sólo falta un índice de textos y escritores, sino hasta la mención de lo mucho (a pesar de que en absoluto sea escaso) que se escribió sobre la lengua de ellos : falta lo mejor que han producido hombres del temple de D'Ovidio, Monaci, Parodi ; faltan también trabajos más recientes, por ejemplo *Tradizione e poesia nella prosa d'arte italiana dalla latinità medievale a Giovanni Boccaccio*, de A. Schiaffini ; los estudios de Santorre Debenedetti en su nueva edición de Ariosto [3] ; su monografía, de valor

[1] A saber, no sólo (pág. 541) « islas norteñas en Sicilia » (nos 3767-3788) y Basilicata (no 3443), sino también Bonifacio (no 3041), Gombitelli (no 3148) y Forno di Lemie (*Silloge Ascoli*, Turín, 1929, págs. 658-668). Es de lamentar además que no se mencionen las colonias extranjeras, con sus interesantes problemas de italianización.

[2] El par de trabajos que A. Schiaffini publicó con el título común *Influsso dei dialetti centro-meridionali sul toscano e sulla lingua letteraria* está mencionado separadamente : el no I (« Il perugino trecentesco ») en el párrafo « Perugia » (no 3172), el no II (« L'imperfetto e il condizionale in *ía* ») en la sección « Imperfecto » (no 518). Análogamente se explica la omisión de Karl Jaberg, *Aspects géographiques du langage*, París, 1926.

[3] Introducción a la edición crítica del *Orlando Furioso*, Bari, 1928. Véase también *Studi Romanzi*, 1930, XX, págs. 217-225 ; *AR*, 1933, XVII, págs. 659-664.

trascendental para la lengua de los orígenes, sobre Stefano Protonotaro, etc. Lo mismo podríamos decir para muchos textos dialectales. Ni siquiera una vez se menciona el «Contrasto» de Cielo d'Alcamo, ni las «Prediche galloitaliche» [1], ni los trabajos revolucionarios, desde el punto de vista linguístico, de G. Contini, para una edición crítica de Bonvesin de la Riva [2], etc.

De la misma manera, salvo lo muy poco que se desliza en esta bibliografía por mera casualidad, se echa de menos la mención sistemática de obras que no por haberse producido bajo el impulso del problema de la lengua nacional a fines del siglo pasado y en el actual dejan de tener valor científico e histórico [3]. Por fin, sólo el no haber tenido en cuenta tendencias muy recientes en la lingüística puede explicar que se haya olvidado por ejemplo la *Italienische Umgangssprache* de Leo Spitzer (Bonn y Leipzig, 1927) e investigaciones en que sobresale la estilística. Además de los libros de Bertoni (*Lingua e pensiero, Studi e saggi linguistici*, Firenze, 1932, etc.), que pueden criticarse, pero no ignorarse, hay ya en Italia un conjunto notable de trabajos de esta clase [4], de los que cualquier lingüista, aunque no sea de tendencias idealistas, puede sacar gran provecho.

Apenas nacidas, las bibliografías se encaminan hacia un suplemento o una segunda edición. Estoy seguro de que el autor de este repertorio tendrá la paciencia y la perseverancia de completarlo sistemáticamente. Y hasta confiamos en que tendrá la determinación y el valor necesario para desarticularlo y refundirlo en algunos puntos, desarrollando un plan más realista, más adherido a los problemas fundamentales de la lingüística italiana.

A. Benvenuto Terracini.

Universidad de Tucumán.

Marcel Bataillon, *Erasme et l'Espagne. Recherches sur l'histoire spirituelle du XVIe. siècle*. París, Librairie E. Droz, 1937, LIX + 901 páginas.

La aparición de la ingente obra de Marcel Bataillon significó, sin duda, un acontecimiento digno de memoria en el campo de los estudios hispánicos. Constituye *Érasme et l'Espagne* un análisis tan cuidado y tan vasto del tema que se enuncia en el subtítulo, que alcanza a satisfacer el interés suscitado por la caracterización con que aclara luego su alcance: es, en efecto, nada menos que una historia de las ideas en la España de los últimos años del siglo XV y la primera mitad del XVI, esto es, de una época en que las ideas de España suponen el pensamiento y

[1] Editadas e ilustradas por W. Förster, en *Romanische Studien*, IV, págs. 1-92.

[2] G. Contini, *Saggio di un edizione critica di Bonvesin de la Riva*, en *Memorie del R. Istituto Lombardo*, 1934, XXIV, págs. 237-272; *Cinque volgari di Bonvesin de la Riva*, Módena, 1937, con glosario.

[3] Al lado de tantos diccionarios de dialectos, el toscano incluso, habría por ejemplo que poner la lista de los grandes diccionarios de la lengua, que faltan por completo.

[4] Ya están atrasados los apuntes bibliográficos que pueden sacarse del nº 3861 (Migliorini, 1937). Véase también M. Puppo, *Linguistica e critica letteraria*, en *Rivista di Sintesi Letteraria*, 1934, I, págs. 101-134.

aun la activa militancia espiritual de toda la Europa occidental. Acaso el lector apresurado fracase en la búsqueda de cuadros concisos, porque la vastedad del material examinado y el cuidadoso detenimiento del estudio desvanecen un poco las grandes líneas; pero quien relea — esto es, quien de verdad lea — descubrirá muy pronto una arquitectura sólida y una visión profunda de la historia espiritual del siglo XVI, dibujada por sobre los perfiles del campo fragoso de la investigación: no es escaso mérito éste de aunar las masas y las líneas en un cuadro de clara perspectiva.

Para encuadrar de modo comprensible el pensamiento de Erasmo, Bataillon procura primeramente esbozar un panorama de la situación espiritual en la España del Cardenal Cisneros; son los tiempos de la llamada *pre-reforma*, cuando se funda la Universidad de Alcalá, en cuyo significado quiere ahondar Bataillon discriminando el carácter de sus estudios y precisando los matices del *humanismo cristiano* que había de prevalecer en ellos; allí florecerá el escotismo — franciscano era el mismo Cisneros — y allí se desarrollará, sobre todo, un creciente interés por el estudio de los textos bíblicos en lenguas griega y orientales, conducido por el afán de perfeccionar la *Vulgata* mediante el cotejo con sus fuentes. Pero Cisneros no es sólo el hombre de universidad: es también el franciscano militante en las nuevas formas de la piedad, y su autoridad y su influencia se manifestarán en los intentos de reforma religiosa, en apoyo siempre de las tendencias más estrictas y severas; el cuadro del clima espiritual que ofrece Bataillon, con gran riqueza de materiales y con fino análisis, destaca la influencia de los elementos introducidos en la vida cristiana por los judíos conversos.

No carece, pues, de significado la invitación de Cisneros a Erasmo para que fuera a España, y le agrega importancia el que ello ocurra justamente al aparecer la *Institutio principis christiani* y la *Querela pacis*. Poco después, Cisneros muere; pero la influencia de Erasmo en España se acentuará, favorecida por la estimación de la corte flamenca de Carlos V; muy pronto, en efecto, se advertirá en los centros de estudio, y muy especialmente en Sevilla, un marcado interés por su pensamiento, y en 1520 saldrá a luz la traducción de la *Querela pacis*, de gran trascendencia si se piensa en el espectáculo de las guerras prolongadas y en la aparición del imperio reverdecido de los Austrias, del cual podía esperarse una función reguladora de la vida europea. Pero a esta acogida correspondió una correlativa oposición a sus doctrinas, suscitada por la acuidad que en la ortodoxia provocó la definición de la doctrina de Lutero, y en España la encabezará López de Zúñiga; precisamente, es entonces cuando Vives toma contacto con Erasmo y se inicia así una era de fructífera elaboración de su pensamiento en España.

Un análisis sutil realiza Bataillon para precisar los matices del pensamiento de Erasmo una vez formulada la doctrina luterana. En Worms hubiera podido el emperador imponer la tesis transaccional del humanista de Rotterdam, y su fracaso significó la escisión definitiva entre Roma y los luteranos; y en Worms, precisamente, se manifestó la adhesión de los españoles — salvo pequeños grupos — a la ortodoxia, de modo que la ofensiva contra Erasmo no pudo sino recrudecer. Erasmo contestará a Zúñiga y a Carranza, y en su respuesta se afinará su propia posición, argumentando sobre el culto y los sacramentos, sobre el valor de las opiniones de los doctores de la Iglesia, y, sobre todo, acerca

de la autoridad del papa y la misión del emperador. Alrededor de estos problemas, Erasmo va discurriendo por entre los antagonistas del momento, y, aunque se resiste a salir del seno de la Iglesia, se niega a condenar a Lutero: una doctrina con respecto a las proposiciones de este último adquirirá muy pronto estructura en el *De libero arbitrio*. Acaso sea éste uno de los momentos decisivos en la vida de Erasmo, pero la corte de Carlos V afirma y garantiza su ortodoxia y precisamente entonces — desde 1522 — es cuando su influencia se acrecienta en España.

En 1524 se traduce en España el *Enchiridion*: desde entonces su doctrina se divulga y es acogida en círculos cada vez más vastos, especialmente entre los de *élite*: los movimientos místicos sufren su contagio y muy pronto se observará el curioso fenómeno de la metamorfosis del iluminismo en erasmismo; pero, como antes, a esta etapa de difusión corresponde una faz pareja de oposición y la severa vigilancia que la ortodoxia ejercía sobre aquellos movimientos se volverá ahora hacia las tesis erasmistas, muchas de las cuales, sospechosas de herejía, fueron el tema de una asamblea en Valladolid, que las examinó con cuidado; pero predominaban allí sus partidarios y otra vez la corte se erigió en fiadora de su ortodoxia. No era ajena a esta protección la circunstancia de que por entonces se discutiera la responsabilidad del saqueo de Roma por los ejércitos imperiales, porque era la tesis postulada por Erasmo acerca de la misión del imperio lo que podía justificar el insólito comportamiento del condestable de Borbón.

A partir de entonces el caudal de las traducciones españolas de Erasmo se enriquece, y Bataillon se detiene a estudiar sus repercusiones sobre la literatura contemporánea, especialmente en Juan de Valdés, de quien analiza el *Diálogo de doctrina cristiana*, Alonso de Valdés, cuyo *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* y *Diálogo de Mercurio y Carón* estudia detenidamente, y Alonso Henríquez, de quien analiza la defensa de Erasmo. Y, como reverso de las influencias literarias, estudia Bataillon luego las persecuciones contra los erasmistas y, muy particularmente, el proceso de Juan de Vergara — el único que se conserva completo entre los que la Inquisición inició contra los amigos de Erasmo —, cuyo examen está sembrado de curiosas observaciones. Poco después, tras dejar señaladas las repercusiones que tuvo en España el Concilio Tridentino, Bataillon apunta nuevas observaciones de gran valor sugestivo al explicar sus influencias en el pensamiento teológico español, así como en la misma heterodoxia.

Un detenido análisis dedica el autor a las huellas que dejó el pensamiento de Erasmo en la literatura profana y en la sagrada. Sus esfuerzos de buscador y de crítico sagaz se advierten allí en toda su magnitud; en la persecución de las obras que pueden señalarla, en el análisis de la influencia ejercida, en los problemas conexos que surgen a cada paso, Bataillon se muestra el erudito riguroso e inteligente que hay en él, fundido con el historiador de las ideas, amplio y comprensivo. Las últimas persecuciones y la declinación del erasmismo en España tras su condena, después de la época de Carlos V, constituyen el último tema que se plantea Bataillon, para concluir analizando los últimos reflejos de su influencia en Cervantes, cuyo *Quijote* considera, al cabo, inverosímil sin la existencia del erasmismo.

Acaso este problema que Bataillon se ha planteado sea uno de los más curiosos y significativos para entender el sino de la cultura moderna. El humanismo ofrece una estructura bipolar en la cual Italia y el norte de Europa se oponen, con la elaboración de contenidos distintos, dentro de un esfuerzo común de renovación espiritual; humanismo cristiano y humanismo pagano serán, luego, las formas más visibles de aquella oposición, y según ellas habrán de conformarse las formas literarias y plásticas, las corrientes de pensamiento, las actitudes vitales que definirán más adelante la modernidad. Pero si el centro de la atención se coloca en España — como lo ha hecho Bataillon —, aquella oposición adquiere un significado peculiar; tras la fuerte influencia italiana del siglo xv, derivada en gran parte de las relaciones establecidas por medio del reino de Nápoles, España operará su inclusión dentro del imperio de los Austrias y rectificará entonces sus rumbos; predominarán ahora nuevas ideas y nuevas tendencias y los problemas se contemplarán bajo una nueva luz; la corte flamenca de Carlos V constituirá el ambiente favorable para la mutación y, poco después, serán visibles los signos de las preocupaciones nuevas así como los de las soluciones regidas por nuevas ideas. En efecto, muy pronto habrá de advertirse una efervescencia del problema religioso, y el juego de la ortodoxia frente a los embates del luteranismo y del erasmismo constituirá el núcleo de la vida espiritual española, especialmente durante la primera mitad del siglo xvi. He aquí el grave y apasionante problema que plantea Bataillon. España habrá de moverse, desde principios del siglo xvi, con el ritmo que suscitan las nuevas y decisivas cuestiones planteadas a la existencia misma del imperio por el desencadenamiento de la reforma luterana, y sobre ese estado de conciencia incidirá vigorosamente el cuerpo de soluciones — acaso secretamente coincidentes con lo hispánico — que ofrecen Erasmo y su doctrina. Bataillon señalará agudamente las relaciones entre su doctrina y la política imperial de Carlos V y cómo Erasmo no se aviene a servirla, aunque la corte flamenca utilice aquélla para la defensa y acaso la orientación de su conducta; poco después, cuando se fije y se afirme la ortodoxia tridentina y Felipe II llegue al poder, se verá declinar su influencia, porque no se tolerará su fina matización doctrinaria y será ya inútil su aporte teórico para una concepción de la autoridad imperial.

Pero aun así, proscrita y condenada, la influencia del pensador de Rotterdam subsistirá a lo largo del siglo xvi bajo formas más sutiles; se la verá apuntar en las concepciones místicas más indudablemente españolas, y hasta puede decir Bataillon que es ella la que subyace en el pensamiento de Cervantes; de todos modos, predominante o perseguida, constituye una dimensión significativa de la vida espiritual en un siglo decisivo. Y cuando se hace el balance de la labor de Bataillon y se aprecia el valor de la larga y prolija búsqueda documental, del análisis exhaustivo y fecundo de la vasta producción bibliográfica y del examen de las situaciones políticas y espirituales, se advierte que con este libro — uno de cuyos méritos, acaso no el menor, es el haber movido a Américo Castro a volver brillantemente sobre el tema [1] — ha traído una contribución fundamental para el recto planteo de la cuestión, tantas veces suscitada, acerca de la significación de España en la modernidad.

José Luis Romero.

[1] *Lo hispánico y el erasmismo*, en *RFH*, 1940, II, págs. 1-34, y 1942, IV, págs. 1-66.

Cancioneiro da Ajuda, a diplomatic edition, New York-London, 1941, XVII-190 págs.

La Modern Language Association, de Nueva York, publicó recientemente esta edición diplomática del *Cancioneiro da Ajuda*, preparada por el doctor Henry Hare Carter, joven portuguesista norteamericano, discípulo y continuador del ilustre profesor Edwin B. Williams, de la Universidad de Pensilvania. Como este cancionero es el más antiguo códice poético de la lengua portuguesa, el señor Carter trae de nuevo al campo de la discusión crítica un atrayente y arduo problema de historia literaria.

La presencia de una abundante y bella floración poética, predominantemente lírica, cerca del punto de partida o de nacimiento de una literatura, es fenómeno muy original. Así lo ha reconocido la crítica por la atención que le ha dedicado. También es curiosa otra circunstancia: esa poesía fue totalmente olvidada en los siglos clásicos, envuelta en aquel deliberado repudio de los valores medievales, góticos o bárbaros, que caracterizó al Renacimiento. Pero este repudio se dió primero en Portugal, lo cual también hay que anotar. En Italia, el humanista Angelo Colocci (1467-1549) todavía promovió la copia de uno de esos cancioneros portugueses, lo cotejó cuidadosamente con el original, le añadió diversas apostillas y ordenó un catálogo de trovadores. Copia italiana de fines del siglo XV o de comienzos del XVI es también el *Cancioneiro da Vaticana*, probablemente por iniciativa del mismo Angelo Colocci. Sólo el *Cancioneiro da Ajuda* es original y coetáneo de los propios poetas; fué también el primero en ser olvidado.

Durante algún tiempo se consideró este *Cancioneiro* como obra de un solo poeta, y vagó a través de las bibliotecas portuguesas. De estas circunstancias le vinieron nombres sucesivos: *Cancioneiro do Conde de Barcellos*, *Cancioneiro de Evora*, *Cancioneiro do Collegio dos Nobres* y, desde 1880, al pasar a la Biblioteca Real, *Cancioneiro da Ajuda*.

Algunos especialistas designan ahora con el nombre de *Cancioneiro da Bibliotheca Nacional* el de Colocci-Brancuti, el cual se conserva allí desde que lo adquirió el Estado portugués en 1924. Tal cambio de nombre envuelve, por lo menos, mucha ingratitud para la memoria de Angelo Colocci, a quien se debe exclusivamente su existencia. Tenemos, por el contrario, el deber de honrar la memoria de este amigo y defensor del antiguo cultivo de la lengua portuguesa. Considérese por un momento la amplitud de su curiosidad y de sus simpatías: un humanista, un opulento patricio romano, que ha gozado del favor de los papas, ocupándose, en el cenit del Renacimiento, de una extinguida poesía provincial, muerta entre exhalaciones sulfúreas de heterodoxia, y recogiendo pacientemente sus reflejos en una comarca distante e inculta.

Los tres cancioneros parecen fragmentos de una colección vastísima, agrupada bajo tres títulos principales: *cantigas de amor*, *cantigas de amigo* y *cantigas de escarnio y mal decir*. Fué doña Carolina Michaëlis de Vasconcellos quien primero conjeturó este ambicioso y al mismo tiempo simple plan arquitectónico para el derruído palacio de nuestra poesía arcaica.

Algo más, a propósito del olvido de esta poesía: lo más pintoresco es que en el lugar ocupado con todo derecho en la historia literaria por el contenido de los tres cancioneros brotó una maleza parásita, la de las falsificaciones alcobacenses

y no alcobacenses, que durante mucho tiempo se consideró como nuestra legítima poesía medieval: los versos de *Gonçalo Herminges*, la canción de *Figueiral Figueiredo*, el poema de la *Cava*, las *Cartas* de Egas Moniz Coelho. Todavía en 1826 Garret modernizaba algunos de esos textos apócrifos, creyendo en ellos. Y Antero de Quental, sin pronunciarse en cuanto a su autenticidad, incluyó otros en su *Thesouro poetico da infancia*, de 1883.

El restablecimiento de la verdad, esto es, la desautorización de esos escritos apócrifos y la incorporación del verdadero patrimonio poético a la historia, fué obra lenta de la filología y de la crítica literaria, obra que aún está muy lejos de haberse terminado.

Esa tarea tuvo su fase de emocionante alarma, 1823-1872, con las publicaciones de Charles Stuart (aquel agente diplomático inglés que llevó de Brasil a Portugal la *Carta Constitucional* otorgada por don Pedro IV, ó I del Brasil), Bellermann, Lopes de Moura, Varnhagen, Helfferich, Wolf, Milá y Fontanals, Diez y Gruzmacher. Estos nombres extranjeros significan varias cosas: el interés tempranamente suscitado fuera de las fronteras de la lengua por la revelación de tan viejos monumentos; la curiosidad romántica por el mundo medieval, y el papel de esa curiosidad estética en la constitución de la filología románica como ciencia, ávida de documentos confirmadores de sus tesis.

En 1873 es cuando comienza el verdadero estudio científico de esa poesía, pronto acompañado por la restauración de la prosa, que también había sido repudiada por los hombres del Renacimiento. Las formas literarias de la prosa — crónicas, hagiografías y tratados didácticos, morales — son muy posteriores a aquella floración poética. La tipografía portuguesa en sus primeros pasos se aplicó especialmente a la difusión de los textos griegos y latinos, a las obras religiosas y a la nueva literatura renacentista. Con su indiferencia ayudó aún más al olvido de la literatura medieval, que quedó sepultada en los cartapacios manuscritos de las bibliotecas y de los archivos, en ejemplares únicos.

En 1873 hace Ernesto Monaci el primer estudio del *Cancioneiro da Vaticana*. La atención se amplió y llegó a crear una especialidad de la ciencia de la literatura, estrechamente ligada a la filología. Aquí tiene plena aplicación aquel concepto de la filología como conjunto de conocimientos necesarios para entender un texto, porque durante mucho tiempo no se hizo nada más que descifrar o leer los manuscritos.

Quien quiera valorar dos esfuerzos lentos y metódicos de esa tarea de reconstrucción de la poesía y de la prosa portuguesas puede recurrir a estos dos documentos: *Textos portugueses medievaes (Aportación para um inventario bibliographico)*, Madrid, 1934, en *Las Ciencias*, o Lisboa, 1936, en *Actes du III^ème Congrès d'Histoire des Sciences*; y Silvio Pellegrini, *Repertorio bibliografico della prima lirica portoghese*, Módena, 1939.

Y si se quiere juzgar el valor del tesoro recuperado en comparación con la parte que parece irremediablemente extraviada, léase la lista de esas pérdidas reconstruída por Theophilo Braga en su *Edade Média*, Porto, 1909.

De estos tres cancioneros dos se conservan en Lisboa: el de *Ajuda* — que nunca salió de Portugal —, y el de Colocci-Brancuti (Colocci, por el benemérito humanista ya recordado, y Brancuti, por su propietario en el año 1868, en que se descubrió), comprado por el Estado portugués a la familia de su descubridor,

Ernesto Monaci. El tercero es el de la Vaticana; se conserva, como su nombre lo indica, en la biblioteca pontificia. El de Ajuda es el único original, pero la copia Colocci es la más rica en composiciones.

En cuanto a su publicación, los esfuerzos no han sido uniformes o carecieron de plan sistemático, sin duda por haberse hecho esa impresión al azar de los hallazgos.

El ideal sería haber comenzado por ediciones diplomáticas, fieles reproducciones de los manuscritos con todas sus irregularidades y lagunas, sus abreviaturas y sus signos, todos sus problemas, dejando para más tarde las interpretaciones y propuestas de soluciones, para cuando ya se hubiese puesto en todas las manos competentes una exactísima reproducción. Mejor aún sería haber hecho ediciones paleográficas facsimilares — aunque la lectura de la vieja escritura obligue a pericias de paleógrafos, más comunes en archivistas que en filólogos y críticos.

Las cosas no sucedieron así. Verdad que es más fácil concebir ahora planes ideales que lo que fué luchar con la realidad, que ofrecía a cada paso dificultades y problemas.

Ernesto Monaci dió en 1875 una edición diplomática del *Cancioneiro da Vaticana*, a la que siguió la edición crítica de Theophilo Braga, en 1877, muy discutida; del *Colocci-Brancuti* apenas hay una edición diplomática parcial, la de Molteni, 1880, con el material no común al de la Vaticana, y otra, crítica, pero también parcial, de J. J. Nunes, *Cantigas de amigo*, 1926; y del de *Ajuda* nos dió después una edición crítica doña Carolina Michaëlis de Vasconcellos, Halle, 1904. Dejo de mencionar ediciones antológicas, que no se pueden incorporar al desenvolvimiento progresivo de la revelación de este patrimonio poético.

Ahora se comprenderá cuán bienvenida es la nueva edición diplomática del *Cancioneiro da Ajuda*, preparada con suma competencia por el doctor Henry H. Carter. La seguridad de su método de editor y de su saber del portugués arcaico ya estaba probada por su tesis de doctorado: *Paleographical edition and study of the language of a portion of Codex Alcobacensis 200*, Filadelfia, 1938. En la reproducción del *Cancioneiro da Ajuda* mantiene su maestría técnica, pero sacrifica, naturalmente, el estudio lingüístico y literario del texto; se contenta con proporcionar a los investigadores un texto de confianza por la escrupulosa fidelidad de su reproducción.

El proceso de acomodación entre el trabajo del viejo calígrafo y las posibilidades de la tipografía está descrito en la Introducción (págs. XVI-XVII). Sin cotejar el texto impreso y el manuscrito — inaccesible para quien vive ahora de este lado del Atlántico —, nada de práctico se puede observar sobre ese proceso. Pero tampoco creo que yo pudiese ver nada que no hubiesen visto los ojos avezados del señor Carter. Las 24 reproducciones fotográficas incluídas en la edición son por desgracia demasiado reducidas para cualquier tentativa de cotejo. El copista que en la segunda mitad del siglo XIII llenó los 88 folios apergaminados con su nítida letra gótica, un copista inidentificable, dejó su trabajo incompleto. Faltan cerca de la mitad de las miniaturas proyectadas; faltan las notaciones musicales de las melodías que debían acompañar a las cántigas y que tienen sus espacios reservados en el manuscrito. Aquel copista no dispuso los versos de acuerdo con el sistema rítmico y con la rima, sino libremente, como prosa, hasta llenar una línea de la columna; practicó una puntuación arbitraria; usó y abusó de abre-

viaturas y signos ; muchas veces las palabras se unen unas a otras con elisión de sonidos intermedios y producción de formas insólitas o imposibles de descifrar sin recurrir a la lectura fonética y a las leyes de la métrica. Pero la fonética del siglo XIII divergía de la nuestra, y las leyes de la métrica portuguesa arcaica, sólo conocidas por un tratado único y trunco agregado al *Cancioneiro Colocci-Brancuti*, emplean una terminología mal descifrada aún.

El señor Carter, que se desentendió muy bien de esa tarea de difíciles minucias en una edición diplomática, promete una edición crítica. Tendremos, pues, dos ediciones críticas del mismo códice poético. Y cuando tengamos la edición completa del *Cancioneiro Colocci-Brancuti* y pongamos en su lugar pequeños folios satélites que han ido apareciendo, tendremos a mano pronto para el análisis crítico todo nuestro tesoro poético medieval. Sin documentos no hay historia ; sólo puede haber conjeturas y disputas dialécticas. Los documentos de la historia literaria son los textos. Ahora la discusión de los orígenes de esta poesía — populares o juglarescos, arábigos y latino-litúrgicos, según las teorías — y la delimitación entre la imitación provenzal y la originalidad de un lirismo local preexistente, sólo serán posibles sobre una base concreta : el estudio profundo de los textos y su comparación con los de las otras literaturas coetáneas. Que los filólogos nos preparen los textos, para que podamos evitar la discusión en abstracto.

FIDELINO DE FIGUEIREDO.

J. P. WICKERSHAM CRAWFORD, *Spanish drama before Lope de Vega,* a revised edition. University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1937, X-212 págs.

La primera edición de esta obra se publicó en 1922. Esta segunda aparece muy ampliada, pues el autor (que murió en 1939) incorporó los resultados de las investigaciones sobre el tema hechas desde 1922 hasta 1937, tratando de dar una visión lo más completa posible de ese período tan importante en la historia del teatro español — desde los orígenes hasta los predecesores inmediatos de Lope —, hasta hace poco sólo fragmentariamente estudiado.

A la falta de materiales que permitieran arquitecturar esa etapa del teatro español se unía como factor, paradójicamente negativo, la figura del gran Lope, que por sus condiciones de excepción, por su carácter de « monstruo de la naturaleza », impelía a investigadores y aficionados a descuidar a sus probables precursores, pues estaba de por medio la presupuesta imposibilidad de que tales antecedentes fueran capaces de arrojar alguna luz sobre los complejos problemas de la génesis histórica de su teatro. De ahí que se les olvidara y de ahí lo valioso de una obra de conjunto como la que en 1937 presentó el hoy difunto profesor de la Universidad de Pensilvania, J. P. Wickersham Crawford. Es la de Crawford obra indispensable para el estudio de ese período, no sólo por ser única en su campo, sino por las cualidades intrínsecas de método, informacion, selección de materiales, bibliografía consultada y minuciosos índices de obras anónimas y autores mencionados.

La obra consta de ocho capítulos, en los cuales estudia desde el *Auto de los Reyes Magos* — de mediados del siglo XII, una de las primeras obras teatrales en

lengua moderna — hasta los autores de fines del siglo XVI, los precursores inmediatos de Lope, entre quienes figura alguno estrictamente contemporáneo suyo, como Miguel Sánchez Requejo. Dos dificultades tiene el estudio del teatro de esa época: una, insalvable, la escasez de piezas conservadas, y la absoluta certeza en que el investigador se encuentra de estar construyendo su obra con materiales que sólo representan una parte pequeña de lo que entonces se componía y representaba. Y tal dificultad no se presenta sólo en los primeros siglos — tres separan el *Auto de los Reyes Magos* de la más próxima obra teatral, la *Representación de Nuestro Señor*, de Gómez Manrique (1467-1481) —, sino también en pleno siglo XVI. Así, por ejemplo, prácticamente, nada se ha conservado de los entremeses con que los actores aderezaban las obras religiosas y profanas que los autores les entregaban. La otra dificultad, en cambio, ha sido totalmente sorteada por Wickersham Crawford: con las obras anónimas y las compuestas por autores conocidos, con esa cantidad de obritas salvadas, ha conseguido ofrecer un cuadro claro y ordenado que permite su apreciación adecuada. Entre las diversas obras y autores ha destacado las influencias a que estuvieron sometidos, estableciendo líneas generales por las cuales se sigue la evolución dentro del período estudiado. Del capítulo dedicado a los orígenes se pasa a Juan del Encina, a las derivaciones de éste, a Lope de Rueda, y por último al teatro posterior a Rueda: en el último capítulo — *Tragedy and later comedy* — se estudian Juan de la Cueva, Virués, Rey de Artieda, Cervantes, los Argensola, etc., consignando en forma esquemática todo el teatro anterior a Lope. Como lo señala el autor en las líneas finales, «por más que se estudie no se llega a llenar satisfactoriamente el vacío entre los precursores de Lope y Lope mismo ...»; pero «... aunque nunca se puedan trazar exactamente las líneas que van de Encina a Lope, muchos de los autores que preceden al maestro son interesantes en sí mismos, y algunos de ellos ejemplo notable de lo que el siglo XVI pudo realizar en materia de obras dramáticas».

El plan seguido en la obra en conjunto y el de cada capítulo aislado son semejantes. Se dedican sendos capítulos a Encina y Lope de Rueda, como a las figuras más destacadas y valiosas del período, y en los otros capítulos se analizan las obras y autores menores, agrupadas alrededor de las figuras más importantes: Sánchez de Badajoz, Torres Naharro, Gil Vicente, etc. Cuando trata de los autores principales presenta Crawford una biografía esquemática, y pasa rápidamente al estudio de las obras: fecha, argumento, influencias, innovaciones, excelencias o fallas, versificación. Concede especial importancia al problema de fuentes e influencias, que le permite determinar si la obra marca o no un avance en el teatro de la época. Por lo general, al iniciar o al terminar el estudio de un autor importante destaca, en resumen, lo más característico en su teatro y la influencia ejercida. Así, por ejemplo: «Todas las formas del entretenimiento dramático conocidas en España en el siglo XV encontraron expresión literaria en Encina. La costumbre de combinar la recitación con el canto fué continuada por Lucas Fernández, Gil Vicente y otros poetas, y lleva directamente a la *zarzuela* con Calderón. Las numerosas ediciones prueban que sus innovaciones despertaron interés, y su influencia sobre las obras religiosas, pastoriles y de circunstancias durante medio siglo no puede discutirse (cap. II, pág. 29 s.). Hay precisas observaciones de este tipo sobre Rueda, Torres Naharro, Badajoz, etc.

Wickersham Crawford se propuso dar un cuadro preciso y documental del teatro anterior a Lope, y realizó en ese sentido una obra de conjunto valiosísima. No se propuso establecer conclusiones de orden general ; en consecuencia, observaciones de este tipo son poco frecuentes, y si existen están hechas al pasar. Algunas resultan interesantes como planteo de problemas : así, al referirse a las representaciones religiosas de Viernes Santo y Pascua, observa que, a diferencia de Francia e Inglaterra, no hay en España obras cíclicas que abarquen lo esencial de la historia sagrada desde la creación hasta la Pascua, y añade : « lo cual ofrece una prueba más del desarrollo independiente del drama religioso español ».

Para terminar, permítasenos señalar un aspecto en el que nos parece que la interpretación del profesor Wickersham Crawford no llega al núcleo del problema : al referirse a la contribución de Gil Vicente al teatro en lengua castellana (cap. III, pág. 33 s.) indica que una serie de casamientos entre princesas españolas y miembros de la familia real portuguesa habían puesto de moda la lengua española en Lisboa, y tanto la corte como los poetas cortesanos eran prácticamente bilingües. Así, pues, Gil Vicente podía permitirse escribir en cualquiera de las dos lenguas, de acuerdo con las circunstancias en que la obra se representaba, y podía también asignar, dentro de una misma obra, partes en castellano a unos personajes y en portugués a otros. Pero el bilingüismo de los escritores portugueses tiene una significación más profunda de la que tales palabras permiten suponer. Ese empleo del castellano es fruto de una rica tradición basada en ciertas condiciones políticas y culturales, a consecuencia de las cuales, durante varios siglos, poetas portugueses se expresaban también en castellano. A tal punto era fuerte la tradición en ese sentido que, como lo señala tan acertadamente Dámaso Alonso en su reciente edición de la *Tragicomedia de don Duardos*, de Gil Vicente, Madrid, 1942 (véase además la reseña de Amado Alonso en esta Revista, 1942, IV, pág. 283), los portugueses que escribían en castellano se acercaban a ese idioma por dos caminos : el castellano que venía de Castilla y el « acervo de literatura en castellano producida por portugueses ».

Frida Weber.

Irmhild Schulte, *Buch- und Schriftwesen in Calderóns weltlichen Theater*, Heinrich Pöppinghaus, 1938, IV-118 págs.

Es esta obra una tesis de la Universidad de Bonn, escrita bajo la dirección del eminente romanista Ernst Robert Curtius. Se propone estudiar un aspecto de la lengua poética de Calderón : las imágenes, comparaciones, juegos de palabras y conceptos tomados del libro y de la escritura, que por lo abundantes la autora hace ver como característicos de Calderón.

De las tres partes de la tesis la primera es la más trabajada : una recolección completa y repartida en secciones de ejemplos calderonianos en que se usan elementos del libro y de la escritura con su significación recta, con la metafórica y con juegos de palabras (escribir, borrar, dictar ; pluma, papel, tinta, hoja ; trazo, iluminación, cifra, firma, etc. ; carta, copia, registro ; libro, cuaderno, volumen ; etc.). La autora no ha querido salirse de este registro y ordenación :

queda, pues, para otra investigación el averiguar los casos de tradición recibida y los de creación individual, con sus grados. La autora no se ha salido de sus límites ni aun en los casos más tentadores, como en la antítesis *pluma-espada*, o en la metáfora *cielo-libro*, donde, a pesar de referirse a la « mentira azul », no compara el uso calderoniano con el conocidísimo soneto de uno de los Argensola, ni menos recoge la admirable interpretación de Menéndez Pidal (*El lenguaje en el siglo XVI*, en la revista *Cruz y Raya*, n° 6, págs. 7-63, ahora reproducido en *Los romances de América y otros estudios* y en *La lengua de Cristóbal Colón*, Colección Austral, ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1939 y 1942 respectivamente). La segunda y tercera partes son esbozos complementarios de la primera (« Los libros en la construcción de la comedia » y « Los personajes en relación con la ciencia y la literatura »), y el tratamiento es el mismo.

Completan el libro y facilitan el manejo del material acumulado los minuciosos índices, de nombres propios, de materiales relacionados con el libro y la escritura, y un tercero de diferentes materias tratadas a lo largo de la tesis. Quizá hubiera sido posible redactar un cuarto índice con materiales tomados en parte del tercero, lo que daría aún mayor valor a la tesis de la señorita Schulte como instrumento de trabajo : uno que reuniera sistemáticamente las cosas mismas [que dan pie a las comparaciones, metáforas, etc., del libro y de la escritura.

Hubiera sido de desear una mayor depuración crítica en la bibliografía. A veces las obras mencionadas no son pertinentes ; otras, no se mencionan los libros esenciales (por ejemplo, los estudios de Dámaso Alonso al referirse a la lengua de Góngora), y en cambio la *Enciclopedia Espasa* es autoridad que da juicio acerca de la obra que el P. Rivadeneyra dedicó a la vida de San Ignacio de Loyola.

Frida Weber.

Joaquín Espín Rael, *Investigaciones sobre « El Quijote » Apócrifo*, Madrid, 1942, Espasa-Calpe, 100 págs.

Con este trabajo el autor intenta demostrar que Alonso Fernández de Avellaneda no puede ser otro que Francisco de Quevedo y Villegas. No cita el estudio de Juan Millé Jiménez [1], quien ya en 1918 había advertido ciertas analogías entre el texto del *Buscón* y el del falso *Quijote*. Para Millé Jiménez tales coincidencias son puramente casuales.

En el primer capítulo : *Algo de historia* (págs. 9-24), Espín Rael analiza las identificaciones propuestas por quince eruditos, desde Juan Agustín Ceán Bermúdez (1820) hasta Juan Serra-Vilaró (1940). Al rebatir las distintas opiniones, procede con juicio. Pero ha omitido — y la falta es sensible en un trabajo de erudición —, además de las proposiciones de Juan Antonio Pellicer, Bartolomé José Gallardo, La Barrera y Cayetano Rosell, los trabajos de Paul Groussac [2],

[1] *Quevedo y Avellaneda*, en *Helios*, Buenos Aires, 1918.

[2] *Un enigme littéraire. Le « Don Quichote » d'Avellaneda*, París, 1903.

Adolfo Bonilla [1], José Toribio Medina [2], Narciso Alonso Cortés [3], M. Canal [4] y el citado de Millé Jiménez.

No satisface el comentario del autor acerca del alcance de la voz « artículos » (págs. 39-41), usada por Cervantes [5] para referirse al aragonesismo de Avellaneda ; pudo aprovechar el útil trabajo de Juan Millé Jiménez [6].

En materia tan grave no basta arriesgar asertos como los que siguen, que habría que fundamentar : « Toda la composición del *Quijote* imitado es un complejo del estilo de Cervantes, del de Pérez de Hita y, sobre ambos, el descreído, satírico y zumbón de Quevedo... » (pág. 77) ; « El Sancho de Avellaneda es un labrador aldeano, egoísta, tragón y grosero, un rústico manchego hermosamente caracterizado ; no es un maño aragonés, ni un payés catalán, ni un huertano valenciano ; es un rústico vecino de una aldea de los Campos de Montiel, campos famosos conocidos por Quevedo, lo mismo que a sus pobladores y vecinos, desde su niñez » (pág. 89). Y lo que es más grave : aun después de fundamentados, estos asertos no probarían nada.

En el capítulo V, *Indicios y coincidencias* (págs. 55-73), el autor expone los argumentos que considera fundamentales e irrefutables para la identificación Avellaneda-Quevedo. Es ésta la parte más endeble del libro. Se refiere Espín Rael al nombre del famoso jaque *Escarramán*, usado por Avellaneda y Quevedo [7]. Dice : « Otro caso singular, extraña coincidencia que denota una vez más y de manera característica que aleja toda presunción de casualidad, por tratarse de un *nombre inventado por el humorismo de Quevedo* [?], *nombre que dudo haya erudito que demuestre documentalmente que no es producto del ingenio de don Francisco, que éste no fué su creador y el que primero lo aplicó como nombre de jaque, y que antes, en la literatura o musa popular, no fué conocido* » (pág. 60). Más adelante continúa : « *... pero en 1612 al 14 aún era desconocido y menos vulgarizado* » (pág. 62). Puesto que el señor Espín pone esta condición para anular sus argumentos, se la vamos a cumplir, aceptando el desafío que lanza a la redonda : en 1612 Gaspar Serrato sacó a luz un libro en que se narran los milagros que la Virgen de la Caridad hizo con unos moriscos, y vuelve a lo divino el conocido

[1] *De crítica cervantina. Cervantes y Avellaneda*, Madrid, 1917, págs. 11-21.

[2] *El disfrazado autor del « Quijote » impreso en Tarragona fué Fr. Alonso Fernández*, Santiago de Chile, 1918.

[3] *El falso « Quijote » y Fr. Cristóbal de Fonseca*, Valladolid, 1920.

[4] *El P. Fr. Andrés Pérez de León, O. P., autor de « La Pícara Justina » y del falso « Quijote »*, en *CT*, 1926, XXXIV, págs. 320-348.

Agregaremos el trabajo de Arturo Marasso, *El autor del falso « Quijote »*, *Nac.*, 4 de mayo de 1941, aunque dudamos haya podido llegar a conocimiento del autor del libro que reseñamos.

[5] *Quijote*, 2, LIX.

[6] *Una nueva interpretación acerca de los « artículos » omitidos por Avellaneda en su « Quijote »*, en *Estudios de literatura española*, La Plata, 1928, págs. 151-179.

[7] *Quijote* apócrifo, XXXI. Francisco de Quevedo : *Musa V. Terpsíchore. Carta de Escarramán a la Méndez. Respuesta de la Méndez a Escarramán. Baile I : Los valientes y tomajonas.*

romance de Escarramán [1]. Esto prueba la popularidad del nombre antes de 1612. El P. Juan Ferrer, en su libro *Tratado de las cosas*, que aunque impreso en 1618 tenía aprobaciones y licencias desde 1613, también lo menciona: « ... y agora corren por esta ciudad unas canciones que llaman *Escarramán*, que en el teatro las han representado... » [2]. Finalmente, Miguel de Cervantes presenta a *Escarramán* en dos entremeses: *El rufián viudo* (¿ 1607-1611 ?), y *La cueva de Salamanca* (1615) [3]. Asimismo nos sorprende la afirmación — hecha sin fundamento alguno — de que Quevedo alteró el apellido hidalgo *Escarramad* para convertirlo en *Escarramán*, nombre « de un perfecto jaque perdonavidas y matón... » (págs. 61-62).

No menos arbitrarios son estos asertos: « El deleite por referirse a los gargajos *es privativo de Quevedo*: ningún otro escritor ha tenido tan sucio capricho » (pág. 63). Pues resulta que sí lo ha tenido por lo menos Mateo Alemán, cuyo *Guzmán* [4] recuerda con nostalgia aquellos buenos tiempos estudiantiles en que se sacaban « nevados » (de gargajos) a los novatos. El « deleite » en referir escenas de inmundicias lo practicaron bastantes clásicos. La escena que más se parece a la comentada por el señor Espín es una de *El Infamador* de Juan de la Cueva (II, VI). El pícaro Farandón cuenta qué le ha pasado después de darse un banquete en su posada con la comida que le ha llevado su moza de respeto, la cual se pone en camino:

> Al fin, señor, poniéndose en la calle
> para ir su camino, volvió a verme,
> y Argelilla, la moza del vecino,
> sin respeto ninguno, la echó encima
> una caldera de agua del fregado,
> llena de berzas verdes, brodio y mugre,
> que la cubrió de arriba abajo toda
> aquel nublado espeso de cocina;
> yo que vi tal agravio, salí afuera
> diciendo que era hecho de ruínes,
> lo cual sustentaría con la espada;

[1] *Relación berdadera que se sacó del libro donde están escritos los milagros de nuestra Señora de la Caridad de San Lúcar de Barrameda...* Impresso con licencia en Málaga por Juan René. Año 1612. Para más datos véase: Armando Cotarelo y Valledor, *El teatro de Cervantes*, Madrid, 1915, págs. 607-615.

[2] Véase Emilio Cotarelo, *Colección de Entremeses, Loas, Bailes, Jácaras y Mojigangas*, *Nueva Bib. Aut. Esp.*, 17, págs. CCXLIII-CCXLIV.

[3] Cronología propuesta por Armando Cotarelo y Valledor, *Ob. cit.*, págs. 72-73. Schevill-Bonilla fijan, para los dos entremeses citados, fechas un poco anteriores: fines del siglo XVI y primeros años del siglo XVII (*Introducción* a la edic. de *Comedias y Entremeses*, Madrid, 1922, VI, págs. 152-153 y 155). Esperamos que el señor Espín no dé tan decisiva fuerza probatoria al nombre de *Escarramán* que se vea ahora obligado a atribuir a Cervantes el falso *Quijote*.

[4] *Rivadeneyra*, III, pág. 340, *b*: ¡ Oh dulce vida la de los estudiantes! Aquel hacer de obispillos, aquel dar trato a un novato, meterlo en rueda, *sacarlo nevado*, darle garrote a arca, sacarle la patente, o no dejarle libro seguro ni manteo sobre los hombros... » (Parte II, libro III, cap. IV).

Véase además Américo Castro, edic. del *Buscón*, 1931, pág. 65, nota.

aparóse Argelilla, y sonriendo
de vella cual estaba, dijo : « Amigo,
tenga en esas razones más templanza,
o haránle que sea menos bravo ».
Alcé el rostro, que nunca yo lo alzara,
queriendo responder, y a este punto
trastornó sobre mí un noturno vaso
Con un hedor pestífero, que el rostro
me cubrió y me dejó de suerte
que conocerme nadie no pudiera ;
ni aun se llegara nadie a conocerme
según era el olor que de mí echaba,
que he menester mudar hasta los cueros
si quiero despedillo, que la ropa
a tiro de arcabuz no hay aguardalla.

Y como a juicio del señor Espín, « ésta es la más cierta confirmación de que la paternidad de ambos libros, el Quijote y el Buscón es la misma » (pág. 63), las nuevas citas de Mateo Alemán y de Juan de la Cueva tienen una fuerza demoledora contra la tesis que sustenta. Además, aunque no existieran tales pasajes del *Guzmán* y del *Infamador,* basta que exista el del falso *Quijote* para que ya sean dos, por lo menos, los escritores clásicos de tan fea costumbre : él y Quevedo. ¿ En qué lógica se fundará el que cuando haya solamente dos individuos con cierta particularidad, esos dos individuos se tengan que reducir a uno ?

En síntesis : si los argumentos que presenta el señor Espín son los mejores a favor de su tesis, tenemos que dar por definitivamente descartado el que pudiera ser Quevedo el autor del falso *Quijote.*

Enriqueta Terzano.

Paul Patrick Rogers, *Goldoni in Spain*, Oberlin. Ohio, The Academy Press, 1941, 109 págs.

Este libro de Paul Patrick Rogers es de limitados propósitos — que el mismo autor reconoce —, pero los cumple bien : demostrar en qué medida las obras dramáticas de Carlos Goldoni fueron conocidas y estimadas por el público español del siglo xviii.

El texto del estudio es breve (págs. 1-42). Siguen cuatro apéndices (págs. 45-103) y la bibliografía utilizada (págs. 106-109). Rogers pasa revista cronológicamente a los libretos de óperas, operetas, interludios y serenatas y a las comedias — en las que, sin duda, se fundó su popularidad — que se representaron en los teatros de España. Acompaña a la mención de cada una de las obras una breve noticia acerca de los traductores [1], del buen éxito o fracaso, de las ciudades en que

[1] Tradujeron a Goldoni cómicos y dramaturgos desprovistos, sin excepción, de jerarquía artística : Domingo Botti, Antonio Bazo, José Concha, Luis Moncín, José Ibáñez, Fermín de Laviano, Fermín del Rey, Antonio Valladares y Sotomayor, José López de Sedano.

se ejecutaron [1] y, a veces, de los actores que desempeñaron los papeles protagónicos.

Goldoni comienza a ser conocido en España en 1752, por sus libretos musicales: el primero que se menciona es el de la ópera *Il mondo alla rovescia*, cantada en italiano en Barcelona. Sólo después de más de veinte años (1774) se estrena, también en Barcelona, la primera comedia: *La sposa persiana*. Varia acogida tuvieron las comedias de Goldoni. Entre las más solicitadas hay que citar: *La locandiera* (*La posadera*); *Un curioso accidente*, extraordinario éxito éste; *La bottega del caffè*; y la imitación de Corneille, *Il bugiardo*. Por el contrario, *Pamela nubile* (*La bella inglesa Pamela*) no alcanzó todo el extraordinario aplauso que había conquistado en Italia.

En los cuatro apéndices, Rogers cataloga respectivamente: *a*) libretos de óperas, operetas, serenatas e interludios; *b*) comedias; *c*) representaciones dadas en Barcelona (según la lista publicada por Alfonso Par, *Representaciones teatrales en Barcelona durante el siglo XVIII*, *BAE*, 1929); *d*) libretos de óperas cantadas en Barcelona (según Virella y Cassañes, *La ópera en Barcelona*, Barcelona, 1888). Los dos primeros apéndices — redactados con el auxilio de varios trabajos de Cotarelo (*Orígenes de la ópera en España*, *Don Ramón de la Cruz y sus obras*, *Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo* y otros) y del *Catálogo bibliográfico y crítico de las comedias anunciadas en los periódicos de Madrid desde 1661 hasta 1819* (Baltimore-París, 1935), de Ada M. Coe — permiten conocer con exactitud el número y los detalles de manuscritos y ediciones y el número y las fechas de las representaciones en Madrid. En total, 38 libretos y 29 comedias; pero hay que aclarar que, en algunos casos, la atribución a Goldoni parece a Rogers dudosa.

Dos observaciones tenemos que hacer: 1ª. Al referirse a *La sposa persiana*, Rogers asegura que debió obtener más que mediano éxito porque «an anonymous segunda parte in Spanish was made in the following year, a three-act comedy in verse with the titte, *Ircania en Julfa*. The manuscript of this imitation exists in the Biblioteca Municipal of Madrid...» (pág. 28). No podemos probar nuestra sospecha, pero nos otrevemos a creer que debe tratarse, no de una imitación española, sino sencillamente de una traducción de la segunda parte de *La sposa persiana*, que escribió Goldoni con ese mismo título de *Ircana a Julfa* [2].

2ª. Rogers cita (pág. 29, nota) una traducción moderna de *La locandiera* por Cristóbal de Castro (*Mirandolina*, Madrid, 1913). Agregaremos otra: *La posadera*, traducida por Cipriano Rivas Cherif (Madrid, Calpe, ¿1920?). Hay, además, una edición que lleva prólogo de Fernando González, en que se omite el nombre del traductor (Madrid, s. f., *Bibliotecas Populares Cervantes*).

Necesaria y útil, la investigación de Paul Patrick Rogers deberá ser completa-

[1] Madrid y Barcelona principalmente, pero a la vez Cádiz, Valladolid, Valencia y Salamanca.

[2] Véase *Memorias*, segunda parte, cap. XIX. Cfr. Leandro Fernández de Moratín: «*Ircana en Julfa* e *Ircana en Hispahán* son la segunda y tercera parte de la *Esposa persiana*, y todas tres comedias arregladas de las mejores del teatro italiano» (*Notas al «Hamlet»*, *Rivad.*, II, pág. 557*a*). («Arregladas» quiere decir 'conforme a las reglas').

da algún día con el estudio de la influencia ejercida por Goldoni sobre los dramaturgos españoles del siglo XVIII [1].

José Francisco Gatti.

Raymond R. Grismer and Doris King Arjona. *The pageant of Spain*, New York, F. S. Crofts and Co., 1941, 202 págs.

The pageant of Spain ofrece al estudiante norteamericano, en quien se supone el conocimiento elemental de nuestra lengua, una acertada colección de textos adaptados de literatura española. La selección refleja múltiples fases de la vida española a lo largo de siete siglos, desde el *Conde Lucanor*, la *Historia de Abindarráez y la hermosa Jarifa*, a través del *Lazarillo de Tormes*, de la *Gitanilla*, de *Gil Blas de Santillana*, hasta *El afrancesado* y *La hermana San Sulpicio*. Los autores han tratado, dentro de lo posible, de ajustar el vocabulario a las mil trescientas palabras de la lista básica del español (H. Keniston, *A basic list of Spanish words and idioms*) sin extremar el rigor de este criterio cuando la mejor comprensión del texto lo requería. De esta manera la transcripción ha respetado muchas veces el encanto del original y el estilo peculiar de cada escritor, aun cuando no se haya intentado conservar los matices de difícil comprensión.

Los autores han realizado un labor inteligente en las notas, vocabulario y explicaciones que acompañan a los relatos. Preceden a cada uno sucintas referencias históricas; llamadas al pie de página traducen las palabras que no figuran en la lista básica, y al final del libro se añaden notas de dos tipos: unas de materia histórica, otras explicativas de giros idiomáticos. Un utilísimo vocabulario reúne, en fin, las palabras del texto, con indicación de su significado recto y de sus acepciones metafóricas. En suma, estos apéndices ayudarán a fijar y enriquecer los conocimientos idiomáticos del estudiante, así como la adaptación de los textos le ayudará a ampliar gradualmente su lenguaje sin abrumarlo.

Sara Kurlat de Lajmanovich.

[1] Véase, en este sentido, nuestra nota *Una imitación de Goldoni por Juan Ignacio González del Castillo* (en este mismo número, págs. 158-161).

BIBLIOGRAFÍA

La presente Bibliografía esta en sistemática relación con la de la Revista Hispánica Moderna. *Los libros y estudios referentes a Hispanoamérica figuran en la* Bibliografía Hispanoamericana *que se publica regularmente en aquella Revista*

SECCIÓN GENERAL

OBRAS BIBLIOGRÁFICAS

España

4926. *Bibliografía.* — RFH, 1941, III, 399-416. — Véase núm. 4679.

4927. Entrambasaguas, J. de. — *Documentos para la historia de la imprenta y librería madrileñas.* — RevBN, 1940, I, 15-36.

4928. Serís, H. — *The libraries and archives of Madrid.* — En: *University of Miami Hispanic American Studies.* Lectures delivered at the Hispanic American Institute. Number one. — Coral Gables, Florida, Nov. 1939, p. 89-107.

4929. López Serrano, Matilde. — *La encuadernación madrileña en la época de Fernando VI.* — AEA, 1940, núm. 40, 27-38.

4930. Conde, P. J. — *El libro en Extremadura.* — RCEE, 1940, XIV, 193-204.

Portugal

4931. Thomas, Henry. — *Short-title catalogue of Portuguese books printed before 1601 now in the British Museum.* — London, British Museum, 1940, VIII-44 págs.

4932. Santos, Mariana. — *Bibliografías portuguesas editadas en Portugal.* — Biblos, 1940, XVI, 688-692 [Reseña cinco obras de ese carácter].

GEOGRAFÍA Y ETNOGRAFÍA

4933. Menéndez Pidal, Gonzalo. — *Atlas histórico español.* — Barcelona, Edit. Nacional, 1941, 36 mapas.

4934. García Bellido, A. — *La Península Ibérica según los navegantes geógrafos griegos que estuvieron en España.* — EstG, 1941, II, 93-130.

4935. Caro Baroja, J. — *El tocado antiguo de las mujeres vascas (Un problema de etnografía).* — AtlantisM, 1940, XV, 33-71.

HISTORIA

España

4936. *Historia de España.* Dirigida por R. Menéndez Pidal. Tomo III: *España visigoda (414-711 de J. C.).* — Madrid, Espasa-Calpe, 1940, LV-706 págs.

4937. Quetglas Gaya, B. — *Los gremios de Mallorca. Breve estudio histórico-sociológico de los Colegios de Ho-*

norables Menestrales que florecieron en Mallorca desde el siglo XIII hasta el XIX. — Palma de Mallorca, Imp. M. Alcover, 1939. XXIII-294 págs.

4938. Pla, J. — *Historia de la segunda República Española.* — Barcelona, Soc. Gen. de Publicaciones, 1940, 2 vols.

4939. Sainz de Robles, F. C. — *Por qué es Madrid capital de España (Tema de interpretación histórica).* — Madrid, M. Aguilar, 1940, 224 págs.

Portugal

4940. *A Restauração e o Imperio colonial portugues.* — Lisboa, Edit. Atica, 1940, 541 págs., ilustr.

4941. Almeida, G. de. — *Restauração de Portugal prodigiosa.* Nueva ed., publ. bajo la dirección de D. Peres. — Barcelos, Edit. do Minho, 1939. 3 vols.

RELIGIÓN

4942. Beltrán de Heredia, V. — *Historia de la reforma de Provincia de España (1450-1550).* — Roma, Institutum Historicum F. F. Praedicatorum Romae et S. Sabinae-Dissertationes Historicae, 1939, VIII-278 págs. (Fasc. XII).

4943. Brodrick, J. — *The origin of the Jesuits.* — London, Longmans, 1940, VII-247 págs.

4944. Leturia, P. — *El gentilhombre Íñigo López de Loyola.* — Barcelona, Edit. Labor, 1941, 283-XVI págs. (Colección Pro Ecclesia et Patria).

CIENCIA Y ENSEÑANZA

4945. Friedenwald, H. — *The medical pioneers in the East Indies.* — BHM, 1941, IX, 487-504 [Incluye a Thomas Pires, Hieronymus Diaz Lusitanus, Franciscus Barbosius, García de Orta y Christobal Acosta].

4946. Blázquez Hernández, J. — *Teólogos españoles del siglo XV : El Tostado ; su doctrina acerca de la justificación.* — RevET, 1940, I, 211-242.

4947. Temiño Sáiz, A. — *Bartolomé Torres, teólogo. Contribución al estudio del renacimiento teológico español del siglo XVI.* — RevET, 1940, I, 55-137.

ARQUEOLOGÍA Y ARTE

4948. Pompey, F. — *El arte español.* — Madrid, Rivadeneyra, 1940, 230 págs., ilustr.

4949. Churruca, Manuela. — *Influjo oriental en los temas iconográficos de la miniatura española. Siglos X a XII.* — Madrid, Espasa-Calpe, 1939, 152 págs., ilustr.

4950. Pla y Cargol, J. — *Velázquez. El hombre y el pintor.* — Gerona, Tall. Dalmau, Carles, Pla, 1939, 77 págs.

4951. Gudiol, J. — *Goya.* — New York, The Hyperion Press, 1941, reproducciones en negro y colores.

HISPANISMO

4952. Courtines, P. — *Spain and Portugal in Bayle's « Dictionnaire ».* — HispCal, 1941, XXIV, 409-415.

4953. Naranjo Martínez, E. — *The Spanish language and the historical Spanish background of the continent in connection with Inter-American relations.* — MLJ, 1939, XXIII, 572-583. — Véase núm. 1374.

4954. Paiva Boléo, M. de. — *A obra científica do Prof. F. Krüger.* — Biblos, 1941, XVII, 750-758.

LENGUA

ESTUDIOS GENERALES

Lingüística

4955. Fröhlich, A. — *Schöpferische Kräfte im Sprachleben.* — NMon, 1941, XII, 101-111.

4956. Zietz. — Sobre: R. Grassler, *Der Sinn der Sprache.* — AGPsy, 1940, CVIII, 108-109.

4957. Sechehaye, A. — *Les trois linguistiques saussuriennes.* — VR, 1940, VI, 1-48.

4958. Bally, C. — *El lenguaje y la vida.* Trad. por A. Alonso. — Buenos Aires, Edit. Losada, 1941, 247 págs.

4959. García Martínez, J. A. — Sobre: C. Bally, *El lenguaje y la vida,* — Nos, 1942, XVII, 197-200.

4960. *Mélanges de linguistique offerts à Charles Bally sous les auspices de la Faculté des Lettres de l'Université de Genève par des collègues, des confrères, des disciples reconnaissants.* — Genève, George et Cie., 1939, XII-515 págs.

4961. M[ario] R[oques]. — Sobre: *Mélanges de linguistique offerts à Charles Bally.* — Ro, 1940, LXVI, 272-273.

4962. Vossler, Karl. — *Filosofía del lenguaje.* Ensayos. Trad. de A[mado] A[lonso] y R[aimundo] L[ida]. — Madrid, 1940, 276 págs., 10 ptas.

4963. Blake, F. R. — Sobre: L. H. Gray, *Foundations of language.* — AJ, 1942, LXIII, 337-342.

4964. Konrad, G. — *Herders Sprachproblem im Zusammenhang der Geistesgeschichte.* — Berlin, Ebering, 1937, 102 págs. (Germanische Studien, nº 194).

4965. Lida, R. — Sobre: G. Konrad, *Herders Sprachproblem im Zusammenhang der Geistesgeschichte.* — RFH, 1940, II, 66-68.

4966. Glässer, E. — Sobre: K. von Ettmayer, *Das Ganze der Sprache und seine logische Begründung.* — LGRPh, 1941, LXII, 1-6.

4967. Kroeber, A. L. — *Some relations of linguistics and ethnology.* — Lan, 1941, XVII, 287-291.

4968. Krogmann, W. M. — Sobre: F. Boas, *Race, language and culture.* — AJS, 1941, XLVII, p. 224.

4969. Ott, K. — *Ueber Zweisprachigkeit.* — NMon, 1941, XII, 81-101.

Fonética general

4970. Treviño, S. N. — *Phonetics* [Bibliografía]. — ASp, 1942, XVII, 62-63, 116-118. — Véase núm. 4438.

4971. Malmberg, B. — *Les langues romanes.* — AGPE, 1939, III, 250-254 [Sobre las obras aparecidas en los últimos años acerca de la fonética de dichas lenguas].

4972. Irwin, O. C. — *Research on speech sounds for the first six months of life.* — PsychB, 1941, XXXVIII, 277-285.

4973. Swadesh, M. — *Observations of pattern impacts on the phonetics of bilinguals.* — En: *Language, culture and personality.* Essays in memory of E. Sapir, Menasha, Wis., 1941, 59-65.

4974. Dimmick, F. L., and R. M. Olson. — *The intensive difference limen in audition.* — JAcS, 1941. XII, 517, 525.

4975. Menzerath, P. — *Der Diphthong, sein Wesen und sein Aufbau.* — FF, 1940, XVI, 19-20.

4976. Shaffer, G. L. — *Measures of jaw movement and phonation in non-stuttered and stuttered production of voiced and voiceless plosives.* — SpM, 1940, VII, 85-92.

4977. Wijk, N. van. — *Quelques remarques sur les mi-occlusives devant*

fricatives. — AcL, 1940-1941, II, 23-30.

4978. Stetson, R. H., C. V. Hudgins & E. R. Moses. — *Palatograms change with rate of articulation : A study of synchronous kymographic and palatographic recording.* — ANPhE, 1940, XVI, 52-61.

4979. Sotavalta, A. — *Zur Theorie der Lautveränderungen.* — Helsinki, Akat. Kirjakauppa, Leipzig, Harrasowistz, 1940, 178 págs., 5.40 M. (Annales Acad. Scient. Fennicae).

4980. Boring, E. G. — *The size of the differential limen for pitch.* — AJPs, 1940, LIII, 450-455.

4981. Curry, E. T. — *The pitch characteristics of the adolescent male voice.* — SpM, 1940, VII, 48-62.

4982. Fay, P. J., & W. C. Middleton. — *Judgement of emotional balance from the transmitted voice.* — ChP, 1941, X, 109-113.

4983. McGehee, Frances. — *A psychological study of voice recognition.* — PsychB, 1941, XXXVIII, p. 696.

4984. Vilhena, H. de. — *Sobre a expressão corporal das emoções conforme os géneros literários* — Lisboa, Centro Tipográfico Colonial, 1939, 30 págs. [Extr. *A. Medicina contemporánea*].

4985. Van Dusen, C. R. — *A laboratory study of the metallic voice.* — JSD, 1941, VI, 137-140.

4986. Bjerrum, A. — *Ueber die phonematische Wertung von Mundartaufzeichnungen.*—BCLC, 1938-1939, V, 29-51.

4987. Malmberg, B. — *Défense de la méthode cymographique.* — BdF, 1941, VII, 113-120.

Sintaxis

4988. Stegmann von Pritzwald, K. — *Zur Leistung des neutralen Adjektivabstraktums*, Tac. ann. I. 61. — WS, 1938, XIX, 234-235.

4989. Deeters, G. — Sobre : O. Jespersen, *Analytic syntax.* — IF, 1941, LVIII, 77-80.

4990. Hofmann, J. B. — Sobre : E. Schwyser, *Die Parenthese im engern und im weitern Sinne.* — DLZ, 1941, LXII, 103-106.

ESTILÍSTICA

4991. Basabe, E. — *Manual de estilística latina.* 2ª ed. — Madrid, Suc. de Rivadeneyra, 1941, 102 págs,

4992. Curtius, E. R. — *Mittelalterlicher und barocker Dichtungsstil.* — MPhil, 1941, XXXVIII, 325-333.

4993. Spitzer, L. — Sobre : E. R. Curtius, *Mittelalterlicher und barocker Dichtungsstil.* — RFH, 1942, IV, 89-91.

Latín y lenguas prerrománicas

4994. Faria, E. — *O latim e a cultura contemporánea.* — Rio de Janeiro, F. Briguiet, 1941, 258 págs.

4995. Mattoso Camara Jr., J. — Sobre : E. Faria, *O latim e a cultura contemporánea.* — RFH, 1941, III, 395-396.

4996. Lida, María Rosa. — Sobre : S. Silva Neto, *Fontes do latim vulgar. O Appendix Probi.* — RFH, 1940, II, 79-81.

4997. Sacks, N. P. — *The Latinity of dated documents in the Portuguese territory.* — Philadelphia, University of Pennsylvania, 1941, x-179 págs. (Series in Romance Languages and literature, 32).

FILOLOGÍA ROMÁNICA

4998. Spitzer, Leo. — *Feminización del neutro* (Rumano *oasele*, italiano *el*

ossa, ant. francés *ces brace*, español *las vísceras*). — RFH, 1941, III, 339-371.

4999. Bonfante, G. — *The Latin and Romance weak perfect.* — Lan, 1941, XVII, 201-211.

5000. Lerch, E. — *Gibt es im Vulgärlateinischen oder im Rumänischen eine Gelenkpartikel?* — ZRPh, 1940, LX, 113-190.

5001. Sas, L. F. — Sobre: E. Lerch, *Gibt es im Vulgärlateinischen oder im Rumänischen eine Gelenkpartikel?*. — RFH, 1942, IV, 100-103.

5002. Sahlin, Margit. — *Étude sur la carole mediévale. L'origine du mot et ses rapports avec l'Église.* — Upsala, Almquist & Wicksells Boktryckeri, 1940, XII-234 págs.

5003. Lapesa, R. — Sobre: Margit Sahlin, *Étude sur la carole mediévale. L'origine du mot et ses rapports avec l'Église.* — RFE, 1941, XXV, 122-124.

HISTORIA DEL IDIOMA

Español

5004. Lapesa, R. — *Historia de la lengua española.* Pról. de R. Menéndez Pidal. — Madrid, Imp. Escelicer, S. L., 1942, 360 págs.

5005. Rosenblat, A. — Sobre: R. J. Cuervo, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, con frecuente referencia al de los países de Hispanoamérica, Disquisiciones filológicas y Escritos literarios.* — RFH, 1940, II, 68-70.

5006. Villoldo, J. A. — *El castellano de España y el castellano de América.* — Nos, 1941, XV, 289-297.

5007. M. C. — Sobre: Madaline W. Nichols, *A bibliographical guide to materials on American Spanish.* — RFE, 1941, XXV, 432-433.

5008. Alonso, A. — Sobre: Madaline W. Nichols, *A bibliographical guide to materials on American Spanish.* — RFH, 1942, IV, 85-86.

5009. Malaret, A. — *El movimiento lingüístico en América.* — DiE, 1941, I, núm. 2, 19-22.

5010. Jiménez, R. E. — *Del lenguaje dominicano.* — Ciudad Trujillo, Imp. Montalvo, 1941, 182 págs. (Academia Dominicana de la Lengua).

5011. Ferrán de Pol, L. — Sobre: A. Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico.* — FyL, 1941, II, 300-302.

Portugués

5012. Pestana, S. — *Apontamentos de lingua portuguesa.* — Por, 1940, XIII, 48-58. — Véase núm. 3871.

5013. Mulertt, W. — Sobre: E. B. Williams, *From Latin to Portuguese.* — LGRPh, 1941, LXII, 60-61.

5014. Merêa, P. — *Nótulas filológicas,* — Biblos, 1941, XVII, 747-750.

5015. Almeida Torres, A. — *O português falado no Brasil.* — RAL, 1941, año V, vol. XII, 294-311.

GRAMÁTICA

España

5016. Bello, A. y R. J. Cuervo. — *Gramática de la lengua castellana.* — Nueva ed. Buenos Aires, Anaconda, 1941, 366-160 págs., $ 10.00 arg.

5017. Moglia, R. & A. Alonso. — Sobre: H. Keniston, *The syntax of Castilian prose. The sixteenth century.* — RFH, 1942, IV, 17-81.

5018. Spitzer, L. — *El acusativo griego en español.* — RFH, 1940, II, 35-45.

5019. Hatcher, Anna G. — *The use of «a» as a designation of the personal accusative in Spanish.* — MLN, 1942, LVII, 421-429.

5020. Sánchez y Escribano, F., & R. K.

Spaulding. — *El uso de « ustedes » como sujeto de la segunda persona del plural.* — HR, 1942, X, 165-167.

Portugal

5021. Spitzer, L. — Sobre: J. H. D. Allen, *Portuguese word-formation with suffixes.*—RFH, 1941, III, 393-395.

5022. Hall Jr., R. A. — Sobre: J. H. D. Allen, *Portuguese word-formation with suffixes.* — MLQ, 1942, III, 156-157.

5023. Willis Jr., R. S. — Sobre: J. H. D. Allen, *Portuguese word-formation with suffixes.* — RRQ, 1942, XXIII, 194-195.

5024. Malkiel, Y. — Sobre: J. H. D. Allen, *Portuguese word-formation with suffixes.* — Lan, 1942, XVIII, núm. 1, 51-62.

Enseñanza del idioma

5025. Alonso, A. — *Los nuevos programas de lengua y literatura.* — RFH, 1940, II, 55-57.

5026. Alonso Cortés, N. — *Lengua española. Nociones de gramática histórica y preceptiva literaria.* — Valladolid, Librería Santarén, 1940, 184 págs.

5027. Sanz-Lodre, L. — *Tratado de gramática española con análisis gramatical.* 5ª ed., corregida y ampliada. — Zaragoza, El Noticiero; 1940, 224 págs.

5028. *Cuatro comedias* [Lope de Vega, *Peribáñez.* Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla.* Ruiz de Alarcón, *No hay mal que por bien no venga.* Calderón, *No siempre lo peor es cierto*]. Ed. with notes and vocab. by J. M. Hill and Mabel Margaret Harlan — New York, Norton, 1941, VIII-699 págs., $ 4.25 dólares.

5029. [Calderón]. — *The story of Calderón's « La vida es sueño ».* A simplified, vocabulary limited version, chiefly in prose, for rapid reading in elementary classes, with a variety of comprehensión and word building exercises, by H. Alpern & J. Martel. — Boston, D. C. Heath and Co., 1942, 128 págs.

5030. Willis Jr., R. S., & F. B. Agard. — *Spanish from thought to word.* — Princeton, Princeton University Press, 1941, XIV-241 págs., $ 1.95 dólares.

5031. Boselli, C. — *Esercizi di lingua spagnole.* — Milano-Verona, A. Mondadori, 1940, 257 págs.

5032. Salzer, E. P. — Sobre: W. Beinhauer, *1000 idiomatische spanische Redensarten.* Mit Erläuterungen und Beispielen. — VKR, 1940, XIII, 200-203.

5033. Paiva Boléo, M. — Sobre: Luise Ey & F. Krüger, *Portugiesische Konversations-Grammatik.* — Biblos, 1941, XVII, 775-779.

FONÉTICA

Español

5034. Rosenblat, A. — *Dos observaciones de Sarmiento sobre el seseo.* — RFH, 1940, II, 52-54 [En el pról. a su obra *Memoria sobre ortografía americana*].

3035. Tamayo, J. A. — *Mayans y la « Ortografía » de Bordazar.* — RFE, 1941, XXV, 205-224 [Polémica que sostuvieron Mayáns, Feijoo y Mañer alrededor de la obra de Bordazar.]

Portugal

5036. Roberts, K. S., y E. Cross. — *Lack of syncope in Portuguese.* — PMLA, 1940, LV, 596-598.

5037. Lacerda, A. de, — *Características da entoação portuguesa.* — Biblos,

1941, XVII, 441-514. — Véase núm. 4481.

5038. Williams, E. B. — *Portuguese and Brazilian spelling.* — HispCal, 1942, XXV, 189-193.

MÉTRICA

5039. Clarke, Dorothy Clotelle. — *El verso esdrújulo antes del siglo de oro* — RFH, 1941, III, 372-374.

LEXICOGRAFÍA

España

5040. *Diccionario de la lengua española.* 16ª ed. — Madrid, Real Academia Española, 1939, 1334 págs. [Impreso, con excepción del primer pliego, en 1936].

5041. Sánchez y Escribano, F. — Sobre : *Diccionario de la lengua española* [de la Real Academia Española.] 16ª ed. — RevIb, 1940, II, núm. 4, 514-517.

5042. Monlau, P. F. — *Diccionario etimológico de la lengua castellana.* Pról. de A. Herrero Mayor. — Buenos Aires, Edit. El Ateneo, 1186 págs., $ 20.00 arg.

5043. Alemany y Bolufer, J. — *Nuevo diccionario de la lengua española.* Publ. bajo la dirección de... — Barcelona, Ramón Sopena, 1940, 1272 págs.

5044. García Hughes, D. — *Diccionario manual griego-español.* — Madrid, Edit. Aldecoa, 1941, 732 págs., 30 ptas.

5045. Ruppert y Ujaravi, R. — *Spanische Synonymik.* — Heidelberg, Winter, 1940, VIII-637 págs., 17.50 M.

5046. Pérez Castro, F. — Sobre : R. Ruppert y Ujaravi, *Spanische Synonymik.* RFE, 1941, XXV, 285-286.

5047. König, K. — *Einige frühere Belege für orientalische Lehnwörter.* — ZRPH, 1940, LX, 370-384.

5048. Alonso, A. — Sobre : V. R. B. Oelschläger, *A medieval Spanish word list. A preliminary dated vocabulary of first appearances up to Berceo.* — RFH, 1942, IV, 81-83.

5049. Niño, R. — *Críticas a la « Lexicología de la lengua castellana » del señor Luis Anda Rumazo, a « Raíces latinas » del Dr. Alfredo Pérez Guerrero, y a « Sinónimos castellanos » del lexicógrafo español señor Roque Barcia. Libro para la docencia y la discencia del español.* — Ambato, Ecuador, Talls. Gráfs. Municipales, 1941, 221 págs.

5050. De Land, G. S. — *Some interesting compound nouns in Spanish.* — HispCal, 1940, XXIII, 150-152.

5051. Herrero, M. — *Notas sobre lexicología y estilística* [1. Manganilla. 2. Mañero. 3. Magro]. — RFE, 1941, XXV, 244-250.

5052. Zauner, A. — Sobre : P. Henríquez Ureña. *Para la historia de los indigenismos. Papa y batata. El enigma del aje. Boniato, caribe. Palabras antillanas.* — RF, 1940, LIV, 87-88.

5053. Keniston, H. — *Notas léxicas.* — RFH, 1942, IV, 67-70.

5054. Alonso, A. — Sobre : E. Tejera, *Palabras indígenas de la isla de Santo Domingo.* Con adiciones hechas por E. Tejera. — RFH, 1940, II, 70-72.

5055. Beinhauer, W. — *Warum span. « setecientos » und « novecientos »?* — RF, 1941, LV, 132-134.

5056. Krause, K. — *Bravo.* — WS, 1938, XIX, 303-304.

5057. Rohlfs, G. — *Zu einigen Etymologien Alessios* [span. *guadafiones* 'Fussfesseln der Pferde']. — ZRPh, 1940, LX, 362-363.

5058. Costa, Catalina A. — *Contribu-*

ción al estudio del vocabulario andino. Voces usadas en La Rioja, la mayor parte comunes a Catamarca y provincias de Cuyo, centro y norte argentino. — PNI, 1942, VII, núm. 39, 2 [Continuará].

5059. Artayeta, E. A. — *La pulpería: su etimología y definición.* — BAFA, 1940, II, núms. 9-12, p. 102-103.

5060. Strube, E. — *Contribución folklórica: la voz «viracocha», la voz «china».* — BAAL, 1942, X, 169-180.

5061. Tiscornia, E. F. — *Guasupicúa.* — RFH, 1940, II, 50-52 [Voz no usada ahora, pero de uso corriente en la Argentina colonial].

5062. Asín Palacios, M. — *Contribución a la toponimia árabe de España.* — Madrid, E. Mestre, 1940, 156 págs. (Publ. de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada).

5063. Fabrizius, P. — *Sobre la etimología de los nombres de los cinco continentes.* — PrBA, 16 enero 1941.

5064. Amerlinck, T. — *Diccionario poligloto de nombres geográficos.* — México, Ed. Polis, 1940, 119 págs.

5065. Matén y Llopis, F. — *Los nombres hispanos de lugar en el numerario visigodo. Notas para su estudio.* — AST, 1940, XIII, 65-74. (Fasc. I).

Portugal

5066. Machado, J. P. — *Curiosidades filológicas.* — BdF, 1940, VI, 403-437.

5067. Boleo Paiva, Manuel de. — *Os nomes dos dias da semana em portugues (Influência moura ou cristá?).* — Coimbra, Colecção Universitas, 1941, 68 págs. Véase núm. 4496.

5068. Wagner, M. L. — *Aditamentos as Nótulas sôbre alguns arabismos do português.* — Biblos, 1941, XVII, 601-612.

5069. Paiva Boléo, M. — Sobre: W. Giese, *Segunda feira*, BdF, 1939, VI, 197-203. — Biblos, 1939, XV, 579-582.

DIALECTOLOGÍA

Peninsular

5070. González Llubera, I. — Sobre: *Los fueros de Aragón, según el manuscrito 458 de la Biblioteca Nacional de Madrid,* publ. por G. Tilander. — MedA, 1939, VIII, 228-231.

5071. Piel, J. M. — Sobre: O. Fink, *Studien über die Mundarten der Sierra de Gata.* — Biblos, 1940, XVI, 684-688.

Extrapeninsular

5072. Gutiérrez Eskildsen, R. M. — *El habla popular y campesina de Tabasco.* — México, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nac. Autónoma de México, 1941, 92 págs. [Mimeografiado].

5073. Plath, O. — *Grafismo animalista en el hablar del pueblo chileno; heroísmos y alegrías arrancados al folklore; el corvo.* — Santiago del Chile, Diario *La Tarde*, 1941, 36 págs.

LITERATURA

LITERATURA GENERAL

5074. Gove, P. B. — *The imaginary voyage in prose fiction: A history of its criticism and a guide for its study, with an annotated list of 215 imaginary voyages from 1700 to 1800.* — New York, Columbia University Press, 1941, XIII-445 págs.

5075. Van Tieghem, P. — *Le roman sentimental en Europe de Richardson à Rousseau (1740-1761).* — RLComp, 1940, XX, 129-151.

5076. Vossler, Karl. — *Poesía simbólica y neosimbolista.* — RevCu, 1941, XV, 5-45.

Temas literarios

5077. Bohigas, P. — *La « Visión de Alfonso X » y las « Profecías de Merlín »* — RFE, 1941, XXV, 383-398.

5078. Denslow, S. — *Don Juan and Faust.* — HR, 1942, X, 215-222.

LITERATURA HISPANOLATINA

5079. Isidoro, San. — *Antología.* Ed. de Pérez de Urbel y Ortega. — Barcelona, F. E., 1940, 277 págs. (Breviarios del Pensamiento Español).

5080. Isidoro de Sevilla, San. — *Liber de variis quaestionibus adversus Iudaeos seu ceteros infideles vel plerosque haereticos iudaizantes ex utroque Testamento collectus.* Auctoris restituerunt P. A. C. Vega et A. E. Anspach. — [Escorial] Typis Augustianis Monasterii Escurialensis, 1940, LXXXIV-287 págs.

5081. Legodma. — Sobre : San Isidoro de Sevilla : *Liber de variis quaestionibus adversus Iudaeos seu ceteros infideles vel plerosque haereticos iudaizantes ex utroque Testamento collectus.* Auctori restituerunt P. A. C. Vega et A. E. Anspach. — RevET, 1941, I, 441-444.

LITERATURA HISPANOÁRABE

5082. *Los documentos árabes del Archivo de la Corona de Aragón.* Ed. y trad. por M. A. Alarcón y R. García de Linares. — Madrid, E. Mestre, 1940, XI-438 págs. (Publ. de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada).

5083. Darby, G. O. S. — *Ibn Ibn Wahshiya in medieval Spanish literature.* — Isis, 1941, XXXIII, 433-438.

5084. Asín Palacios, M. — *La espiritualidad de Algazel y su sentido cristiano.* Tomo III. — Madrid, E. Mestre [1940], 303 págs. (Publ. de la Escuela de Estudios Árabes de Madrid y Granada).

LITERATURA HISPANOJUDAICA

5085. Millas Vallicrosa, J. M. — *La poesía sagrada hebraico-española.* — Barcelona, Imp. Escuela Prov. de Caridad, 1940, XII-367 págs.

5086. Gandz, S. — Sobre : *Essays on Maimonides.* An octocentennial vol. ed. by S. W. Baron. — Isis, 1941, XXXIII, 529-532.

LITERATURAS REGIONALES

Catalana

5087. Poblet, J. M. — *Records vells i històries noves.* — Méxic, Tall. de l'Edit. Cultura, 1941, 147 págs.

5088. Sánchez Juan, S. — *Veinte poemas,* traducidos del catalán. — Barcelona, Montaner y Simón, 1940, 20 págs.

HISTORIA LITERARIA

5089. Hurtado y Jiménez de la Serna, J., y A. González Palencia. — *Antología de la literatura española.* 2ª ed. corregida y aumentada. — Madrid, S. A. E. T. A., 1940, 611 págs.

5090. Menéndez y Pelayo, M. — *Historia de las ideas estéticas en España.* Ed. revis. y compulsada por D. E. Sánchez Reyes. — Santander, Aldus, 1940, 5 vols.

5091. Castro, A. — *Lo hispánico y el erasmismo.* — RFH, 1940, II, 1-34 ; 1942, IV, 1-66.

5092. Lida, María Rosa. — Sobre: R.

Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V. La condesa traidora. El romanz del infant García. Adefonsus Imperator Toletanus* [y] *Poesía árabe y poesía europea. Con otros estudios de literatura medieval.* — RFH, 1941, III, 379-381.

5093. Entrambasaguas, J. de. — Sobre : R. Menéndez Pidal, *Idea Imperial de Carlos V. Poesía árabe y poesía europea.* — RFE, 1941, XXV, 289-291.

5094. Alda-Tesán, J. M. — Sobre : J. M. de Cossío, *Notas y estudios de crítica literaria.* Siglo xvii. — RFE, 1941, XXV, 119-122.

5095. Serís, H. — *The second Golden Age of Spanish literature.* — En : *University of Miami Hispanic American Studies.* Lectures delivered ad the Hispanic American Institute. Number one. Coral Gables, Florida, Nov., 1939, 108-120. — Véase núm. 3231.

RELACIONES LITERARIAS

Influencias hispánicas

5096. Eyer, C. — *Boisrobert's « La vraye Didon ou la Didon chaste ».* — RRQ, 1941, XXXII, 329-338. [Trata de demostrar que B. fué influído por dramaturgos españoles del siglo xvi.]

5097. Muñoz Rojas, J. A. — *Un libro español en la biblioteca de Donne.* — RFE, 1941, XXV, 108-111 [Se trata de la *Josefina* del Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios].

5098. Rauhut, F. — *Vom Einfluss des spanischen Schelmenromans auf das italienische Schrifttum (Vincenzo Belando « Gli amorosi inganni »).* — RF, 1940, LIV, 382-389.

5099. Spitzer, L. — *Thomas Mann y la muerte de Don Quijote.* — RFH, 1940, II, 46-48 [En sus *Leiden und Grösse der Meister,* Berlin, 1935, Thomas Mann dedica un ensayo a un viaje por mar con Don Quijote.]

Influencias extranjeras

5100. González Vicens, F. — Sobre : J. R. Spell, *Rousseau in the Spanish world before 1883. A study in Franco-Spanish literary relations.* — DLZ, 1941, LXII, 396-399.

5101. Henríquez Ureña, Pedro. — Sobre : H. Gregersen, *Ibsen and Spain. A study in comparative drama.* — RFH, 1940, II, 58-64.

Traducciones

5102. Apuleyo, Lucio. — *El asno de oro o la metamorfosis* (Trad. directa de Diego López de Cortegana). — Buenos Aires, Edit. Sopena Argentina, 1939, 192 págs., $ 0.80 arg. (Biblioteca Mundial Sopena).

5103. Horacio. — *60 odas de Horacio.* Con su trad. en verso castellano, por B. Chamorro. — Madrid, Pueyo, 1940, 187 págs.

5104. T[amayo], J[uan] A[ntonio]. — Sobre : *60 odas de Horacio.* Con su trad. en verso castellano por B. Chamorro. — RFE, 1941, XXV, 284-285.

5105. [Dante]. — *Dante Alighieri* — Sel. trad. y pról. de J. R. Masoliver. — Barcelona, Edit. Yunque, 1939, $ 1.20 mex. (Poesía en la Mano.)

5106. [Villon, François]. — *François Villon* — Sel. y trad. de María Héctor — Barcelona, Edit. Yunque, 1040, $ 1.20 mex. (Poesía en la Mano).

5107. Mérimée, Prosper. — *Carmen y una corrida de toros.* — Trad. de P. de Tornamira. Pról. de A. Gallart. Autocaricatura de Mérimée. Ilustr. de G. Doré y F. Gómez Soler. — Barcelona, Montaner y Simón, 1940. XIV, 164 págs. (Biblioteca Selección).

5108. Schiller — *Poesía*. Selec., trad. y pról. de Dorotea P. Latz. — Barcelona, Edit. Yunque, 1940, 99 págs. (Poesía en la Mano).

5109. [Rilke, Rainer María]. — *Rainer María Rilke* — Trad. de Dorotea Patricia Latz. — Barcelona, Edit. Yunque, 1939, $ 1.20 (Poesía en la Mano).

5110. Keats, John. — *Poesía*. Pról. selec. y trad. de Elisabeth Mulder. — Barcelona, Edit. Yunque, 1940, 99 págs. (Poesía en la Mano.)

5111. Dickens, Carlos. — *Una historia de dos ciudades*. — Trad. de G. Lafuerza. — Barcelona, Sopena, 1940, 334 págs. (Biblioteca de Grandes Novelas).

5112. Mansfield, Katherine. — *Diario de Katherine Mansfield*. — Trad. de Ester de Andreis. Ilustr. de E. Mora. — Barcelona, J. Horta y Cía., 1940, 293 págs.

5113. Huxley, Aldous. — *Los escándalos de Crome*. Trad. del inglés por J. Farrán y Mayoral. 2ª ed. — Barcelona, Luis Miracle, 1940, 287 págs. (Colección Centauro.)

5114. Anderson, Sherwood. — *Winesburgo, Ohio*. — Trad. de A. Ros. Ilustr. de J. Palet. — Madrid, 1940, 234 págs. (La Rosa de Piedra).

AUTORES Y OBRAS DE GÉNEROS DIVERSOS

5115. Zanete, E. — *Michel de Unamuno* — Conv, 1941, XIII, 87-95.

5116. Guerrero, E. — *La agonía de Miguel de Unamuno*. — RyF, 1941, CXXIII, 24-40.

POESÍA

España

5117. Schalk, F. — Sobre: K. Vossler, *Poesie der Einsamkeit in Spanien*. — DLZ, 1941, LXII, 260-263. — Véase núm. 311.

5118. *Poesía Romántica*. (*Antología*). Selec., estudio y notas, por J. M. Blecua. — Zaragoza, Ebro, 1940, 2 vols. (Biblioteca Clásica Ebro).

5119. *Laurel. Antología de la poesía moderna en lengua española*. Pról. de X. Villaurrutia. — México. Edit. Séneca, 1941, 1134 págs.

5120. Pagés Larraya, A. — *Al margen de dos antologías* [J. J. Domenchina, *Antología de la poesía española contemporánea, 1900-1936, y Laurel*]. — Nos, 1941, XV, 314-326.

5121. *Poema del Cid* (4ª ed.). Ed. corregida y notas por R. Menéndez Pidal. — Madrid, Espasa-Calpe, 1940, 299 págs. (Clásicos Castellanos).

5122. *Poema del Mio Cid*. Transcripción moderna de L. Guarner. Pról. de D. Alonso. — Valencia, J. Berner, 1940, 133 págs.

5123. Berceo, Gonzalo de. — *Milagros de Nuestra Señora*. Sel., estudio y notas por G. Menéndez Pidal. — Zaragoza, Imp. Heraldo de Aragón, 1941, 125 págs. (Biblioteca Clásica Ebro).

5124. Berceo, Gonzalo de. — [*Poesía*]. Sel., transcripción y pról. de E. Nadal. — Barcelona, Edit. Yunque, [1940], 116 págs. (Poesía en la Mano).

5125. Ruíz, Juan. — *Libro de buen amor*. Sel. y notas por J. M. Castro y Calvo. — Zaragoza, Ebro, 1940, 115 págs. (Biblioteca Clásica Ebro).

5126. Encina, Juan de la. — *Égloga de Plácido y Victoriana, precedida de otras tres églogas introduciorias*. Ed., estudio y notas por E. Giménez Caballero. — Zaragoza, Ebro, 1940, 128 págs. (Biblioteca Clásica Ebro.)

5127. Encina, Juan de la. — *Poemas*. Sel. e introito de J. Givanel Mas.

Rev. del texto y glosario de S. Sánchez Juan. — Barcelona, Tall. La Vida, 1940, 155 págs.

5128. Boscán Juan. — *Poesías*. Sel. y pról. de J. Campos. — Valencia, Tip. Moderna, 1940, 60 págs. (Colección Flor y Gozo.)

5129. Garcilaso de la Vega. — *Poesías*. Sel. y pról. de F. de Castells. — Valencia, Tip. Moderna, 1940, 60 págs. (Colección Flor y Gozo.)

5130. Mele, E., y A. González Palencia. — *Notas sobre Francisco de Figueroa*. — RFE, 1941, XXV, 333-382.

5131. M. C. — *¿ Un soneto de Cervantes ?* — RFE, 1941, XXV, 400-403 [*Soneto, a los celos*, que se encuentra en el ms. núm. 17719 de la Biblioteca Nacional, folio 2].

5132. Spitzer, L. — Sobre: J. P. Wickersham Crawford, *The setting of Góngora's « Las Soledades »*, HR, 1939, VII, 347-349. — RFH, 1940, II, 84-87.

5133. Alonso, Dámaso. — *Todos contra Pellicer*. — RFE, 1941, XXIV, 320-342 [Trata de Góngora].

5134. Blecua, J. M. — *El viaje de Góngora a Navarra*. — RFE, 1941, XXV, 403-404.

5135. Carrillo de Sotomayor, Luis — *Poesías. Antología* por Pedro Salinas. — Tall, 1940, II, núms. 8-9, p. 73-96.

5136. Tassis, Juan de, Conde de Villamediana. — *Sonetos y otras poesías*. Sel. y pról. de R. Juan. — Valencia. Tip. Moderna, 1940, 60 págs. (Colección Flor y Gozo).

5137. Quevedo Villegas, Francisco de. — *Poesías*. Sel. de F. Ros. — Barcelona, Edit. Yunque, 1940, 102 págs. (Poesía en la Mano).

5138. Cabanyes, Manuel de. — [*Poesía*]. Sel. y pról. de I. Agustí. — Barcelona, Edit. Yunque [1940], 106 págs. (Poesía en la Mano).

5139. Espronceda, José de. — *Poesías*. Sel. de J. Lahorden. — Barcelona, A. J. Rovira, 1940, 116 págs. (Poesía en la Mano).

5140. Bécquer, Gustavo Adolfo. — *Obras completas*. Pról. de S. y J. Álvarez Quintero. — Madrid, M. Aguilar, 1940, XXVIII-692 págs., ilustr.

5141. Bécquer, Gustavo Adolfo. — *Rimas y leyendas*. 3ª ed. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1940, 179 págs. (Colección Austral).

5142. Gil, I. M. — *Los temas de las « Rimas » de Bécquer*. — Univ, 1940, XVII, 528-543.

5143. Castro, Rosalía. — *Obra poética*. Estudio y sel. por A. Cortina. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, 176 págs. (Colección Austral).

5144. Campoamor, Ramón de. — *Doloras. Cantares. Los pequeños poemas*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, 176 págs. (Colección Austral).

5145. Samuels, D. G. — *La poesía de Salvador Bermúdez de Castro*. — RHM, 1941, VII, 215-230.

5146. Prados y López, M. — *Salvador Rueda. El poeta de la raza (Su vida y su obra)*. — Málaga, Imp. Zambrana, 1941, 144 págs.

5147. Rodríguez Marín, Francisco. — *Sonetos sonetiles ajenos y propios*. — Madrid, C. Bermejo, 1941, 179 págs.

5148. [Camino], León Felipe. — *Los lagartos*. — Mérida de Yucatán, Ed. Huh, 1941.

5149. A. Ch. — Sobre: León Felipe, *Los lagartos*. — LetrasM, 1941, III, núm. 9, p. 4.

5150. Río, A. del. — Sobre: León Felipe, *El payaso de las bofetadas*, *El hacha* y *Español del éxodo y del llanto*. — RHM, 1941, VII, 79-81.

5151. Abreu Gómez, E. — *León Felipe: Español del éxodo y del llanto*. — LetrasM, 15 enero 1940.

5152. Entrambasaguas, J. de. — Sobre : G. Díaz Plaja, *La poesía y el pensamiento de Ramón de Basterra*. — RFE, 1941, XXV, 426-428.

5153. Arce, Margot, & Sidonia C. Rosenbaum. — *Pedro Salinas : Bibliografía*. — RHM, 1941, VII, 69-73.

5154. Río, A. del. — *El poeta Pedro Salinas : Vida y obra*. — RHM, 1941, VII, 1-32.

5155. Spitzer, L. — *El conceptismo interior de Pedro Salinas*. — RHM, 1941, VII, 33-69.

5156. Babín, María Teresa. — Sobre: Federico García Lorca, *Poeta en Nueva York ; The poet in New York and other poems*. Transl. by R. Humphries. — RHM, 1941, VII, 242-243.

5157. Guardia, A. de la. — *García Lorca. Persona y creación*. — Buenos Aires, Edit. Sur, 1941, 330 págs., $ 3.00 arg.

5158. Eichelbaum, S. — *Un primer libro revelador : « García Lorca, Persona y creación »* [por Alfredo de la Guardia]. — ALi, 6 nov. 1941.

5159. Alberti, Rafael. — *La arboleda perdida (Fragmento de un libro de memorias)*. — Nos, 1941, XIV, 233-237 — Véase núm. 4005.

5160. Pemán, José María. — *Poesía. Antología 1917-1941*. — Buenos Aires, Edit. Escelicer, 1941, 284 págs., $ 5.00 arg.

5161. Carner, José. — *Nabi. Poema*. — México. Edit. Séneca, 1940, 106 págs.

Portugal

5162. Tamayo, J. A. — Sobre : Bernardím Ribeiro, *Églogas*. Anot. por M. Braga. — RFE, 1941, XXV, 276-279.

5163. Rodríguez de Mesa, Gregorio Silvestre. — *Poesías*. Sel., pról. y notas de A. Marín Ocete. — Granada, Publ. de la Facultad de Letras, 1938, 309 págs.

5164. Rodríguez de Mesa, Gregorio Silvestre. — *Poesías*. Pról. y sel. de J. del Rosal — Barcelona, Edit. Yunque, 1940, 106 págs. (Poesía en la Mano).

5165. Almuzara, E. F. — *Cartas literarias*. 4ª Sobre el « Gregorio Silvestre », de A. Marín Ocete. — RyF, 1940, CXIX, 140-152.

5166. Ferreira, Antonio. — *Poesía*. Sel., trad. y pról. de M. Segalá Brosa. — Barcelona, Edit. Yunque, 1940, 99 págs. (Poesía en la Mano).

5167. Cardim, L. — *Projecção de Camões nas letras inglesas*. — Lisboa, Inquerito, 1940, 73 págs.

5168. Gonçalves Rodrigues, A. — Sobre : L. Cardim, *Projecção de Camões nas letras inglesas*. — Biblos, 1941, XVII. 370-371.

5169. Quenthal, Anthero de. — *Poesía*, Sel., pról. y trad. de J. Pardo. — Barcelona, Edit. Yunque, 1940, 99 págs. (Poesía en la Mano.)

Romancero

5170. Zeballos Quiñones, J. — *Un romance español del siglo XVIII en el Perú*. — TresL, 1940, núm. 7, 63-70 [Empieza : « Diga Ud., señor soldado : ¿De la guerra viene Ud? /¿No me ha visto a mi marido / Que a la guerra fué también?»]

TEATRO

Teatro antiguo

5171. Giner de los Ríos, F. — *El auto de los Reyes Magos*. — TN, julio-octubre 1940, I, núm. 4-5, p. 242-251.

5172. Bataillon, M. — *Essai d'explication de l'Auto sacramental*. — BHi, 1941, XLII, 193-212.

5173. López Martínez, C. — *Teatro y comediantes sevillanos del siglo XVI. Estudio documental.* — Sevilla, Imp. Provincial, 1940, 106 págs.

5174. Herrero, M. — *Génesis de la figura del donaire.* — RFE, 1941, XXV, 46-78. [Sobre el gracioso].

5175. Vicente, Gil. — *A Barca da Glória*, adaptação ao português por P. Quintela. — Biblos, 1941, XVII, 37-84.

5176. *Actividade dramática de Gil Vicente & « Farsa de Inês Pereira »* (*anotada*). — Lisboa, Biblioteca Cosmos, 1941.

5177. Gassner, J. — *Masters of the drama.* — New York, Random House, 1940, 804 págs. [Contiene : Part V, ch. XI : *Lope de Vega and Calderón*].

5178. Vega Carpio, Lope Félix de. — *Fuenteovejuna. El mejor alcalde, el rey. El perro del hortelano.* — Barcelona, Cisne, 1940, 160 págs. (Teatro Selecto.)

5179. Battistessa, A. J. — Sobre : Alda Croce, *La Dorotea di Lope de Vega.* — RFH, 1941, III, 381-383.

5180. Vossler, Karl. — *Mirada retrospectiva al año de Lope 1935.* — RevBN, 1940, I, 289-311. — Véase núm. 366.

5181. Vossler, Karl. — *Lope de Vega y su tiempo.* 2ª ed. — Madrid, Revista de Occidente, 1940, 364 págs.

5182. Amezúa, A. G. de. — *Lope de Vega en sus cartas.* — Introd. al Epistolario de Lope de Vega Carpio, Tomo II. — Madrid, Escelicer, 1940, 734 págs.

5183. Entrambasaguas, J. de. — Sobre : A. G. de Amezúa, *Lope de Vega en sus cartas.* Introd. al Epistolario de Lope de Vega Carpio, Madrid, 1935-1940, 2 vols. — RFE, 1941, XXV, 251-272.

5184. Entrambasaguas, J. de. — *Sobre un amor de Lope de Vega desconocido.* — RFE, 1941, XXV, 103-108.

5185. Castro y Bellvís, Guillén de. — *Las mocedades del Cid.* Ed., estudio y notas por E. Juliá Martínez. — Zaragoza, Ebro [1940], 135 págs. (Biblioteca Clásica Ebro).

5186. Tirso de Molina. — *Don Gil de las calzas verdes. La villana de Vallecas. El vergonzoso en Palacio.* — Barcelona, Cisne, 1940, 176 págs. (Teatro Selecto).

5187. Entrambasaguas, J. de. — *Sobre la familia de D. Juan Ruiz de Alarcón.* — RevIndM, 1940, núm. 2, 125-128.

5188. Calderón de la Barca, Pedro. — *Obras escogidas.* Ed. y pról. de L. Astrana Marín. — Madrid, Españolas, 1940, 458 págs.

5189. Calderón de la Barca, Pedro. — *El alcalde de Zalamea. El mayor monstruo, los celos. Casa con dos puertas mala es de guardar.* — Barcelona, Cisne, 1940, 144 págs. (Teatro Selecto).

5190. Juliá Martínez, E. — *Calderón de la Barca en Toledo.* — RFE, 1941, XXV, 182-204.

5191. Moglia, R. — *Una representación de Calderón en Buenos Aires en el siglo XVIII* [*Afectos de odio y amor*]. — RFH, 1940, II, 48-50.

Teatro moderno

5192. Fernández de Moratín, Leandro. — *El sí de las niñas. El barón. La comedia nueva o el café.* — Barcelona, Cisne, 1940, 144 págs. (Teatro Selecto.)

5193. Entrambasaguas, J. de. — *El lopismo de Moratín.* — RFE, 1941, XXV, 1-45.

5194. Gatti, J. F. — *Un sainete de Ramón de la Cruz* [*El viejo burlado o*

Lo que son criados (1770)] *y una comedia de Marivaux* [*L'école des mères* (1732)]. — RFH, 1941, III, 374-378. [Trata de la influencia de Marivaux sobre Ramón de la Cruz.]

5195. Zorrilla, José. — *Don Juan Tenorio. El puñal del godo. La mejor razón, la espada.* — Barcelona, Cisne, 1940, 132 págs. (Teatro Selecto).

5196. Muñoz Seca, P. — *La tonta del rizo.* Comedia en tres actos. — Madrid, Talía, 1940, 127 págs.

5197. Benavente, Jacinto. — *Obras completas*, vol. IV. — Madrid, Aguilar, 1940. — Véase núm. 3690.

5198. Marquina, Eduardo. — *Era una vez en Bagdad. Láminas de las «Mil y una noches» agrupadas en tres actos.* — Madrid, Talía, 1940, 107 págs.

5199. Fernández García, Luis. — *Fulanita y Menganito.* Juguete cómico en tres actos. — Madrid, E. de Miguel. 1940, 69 págs.

5200. Romero, Federico, & Guillermo Fernández Shaw. — *Doña Francisquita. La canción del olvido. La rosa del azafrán.* — Barcelona, Cisne, 1940, 160 págs. (Teatro Selecto).

NOVELÍSTICA

Autores antiguos

5201. González, S. — *Una fuente de la «Historia de Barlaán y Josafat». La Apología de Arístides.* — RyF, 1940, CXIX, 365-378.

5202. Costa Pimpão, J. J. da. — *Bernardim Ribeiro (uma fraude documental).* — Biblos, 1940, XVI, 239-254.

5203. Cervantes Saavedra, Miguel de. — *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.* 2ª ed. — Buenos Aires, Cía. General Fabril Financiera, 1940, 716 págs.

5204. Cervantes, Miguel de. — *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.* — Barcelona, R. Sopena, 1940, 1048 págs., ilustr.

5205. Thomas, H. — Sobre: W. J. Entwistle, *Cervantes.* — MLR, 1941, XXXVI, 546-548.

5206. Mariscal, M. — *La cultura de Cervantes.* — REU, 1940, I, núm. 4, 467-489.

5207. Sánchez Pérez, J. B. — *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Ruta y cronología.* Madrid, Imp. Escelicer, 1940, 81 págs.

5208. Castro, A. — *Los prólogos al Quijote.* — RFH, 1941, III, 313-338.

5209. J. B. S. P. — *Avellaneda.* I. *Avellanedas.* II. *Contemporáneos de Avellaneda.* III. *Alonso Fernández de Avellaneda.* — Madrid, Imp. Escelicer, 1940, 102 págs.

5210. Serra-Vilaró, J. — *El rector de Vallfogona Dr. Vicente García, autor del Quijote de Avellaneda.* — Barcelona, Balmes [1940], 94 págs.

5211. Sánchez Castañer, F. — *Alusiones teatrales en «La pícara Justina».* — RFE, 1941, XXV, 225-244.

5212. Espinel, Vicente. — *Vida de Marcos de Obregón.* Ed. y notas de S. Gili Gaya. — Madrid, Espasa-Calpe, 1940, 298 y 316 págs. (Clásicos Castellanos.)

Autores modernos

España

5213. Pérez Goyena, A. — *El P. José Francisco de Isla en la literatura navarra.* — PdV, 1940, I, 137-141.

5214. Pereda, José María de. — *La Montálvez.* — Madrid, M. Aguilar, 1940, 258 págs. (Obras Completas.)

5215. Pereda, José María de. — *Nubes de estío.* — Madrid, M. Aguilar, 1940, 262 págs. (Obras Completas).

5216. Coloma, Luis. — *Obras completas.* Tomos III-VIII, — Madrid, Razón y Fe [1940], 5 vols. [Contiene :

T. III. *Historias varias*. T. IV. *Pinceladas del natural*. T. V. *Nuevas pinceladas*. T. VI. *Cuentos para niños*. T. VII y VIII *Pequeñeces*]. — Véase núm. 3727.

5217. Pérez Clotet, P. — *Algunas notas sobre la Andalucía del P. Coloma*. Conferencia. — Cádiz [S. Repeto], 1940, 35 págs.

5218. López González, V. — Sobre: P. Pérez Clotet, *Algunas notas sobre la Andalucía del P. Coloma*. — RFE, 1941, XXV, 282-284.

5219. Palacio Valdés, Armando. — *Obras escogidas. Marta y María. José Riverita. Maximina*. Con un pról. de L. Astrana Marín. 2ª ed. — Madrid, M. Aguilar, 1940, XVII-2061 págs.

5220. Baroja, Pío. — *Los espectros del castillo. Las familias enemigas. La caja de música. Los herejes milenaristas. La pasión igualitaria*. — Barcelona, Tall. Gráf. Rex, 1941, 178 págs.

5221. Baroja, Pío. — *Los impostores joviales y el tesoro del holandés. Yansi-Pao o la svástica de oro. Los buscadores de tesoros*. — Madrid, Ed. Hesperia, 1941, 437 págs.

5222. Miró, Gabriel. — *El obispo leproso*. Novela. Segunda parte de *Nuestro Padre San Daniel*. — Madrid, Biblioteca Nueva, 1940, 314 págs. (Obras Completas).

5223. Espina, Concha. — *Cura de amor* y *Arboladuras*. — Barcelona, Betis [1940], 74 págs. (Biblioteca Rocío).

5224. Borrás, Tomás. — *Unos, otros y fantasmas*. Cuentos. — Burgos [Imp. Aldecoa], 1940, 248 págs.

Portugal

5225. Merêa, P. — *O liberalismo de Herculano* — Biblos, 1941, XVII, 733-746.

5226. Paiva Boléo, M. de. — *O realismo de Eça de Queiroz e a sua expressão artistica*. — Biblos, 1941, XVII, 697-731.

HISTORIA

España

5227. Díez de Gámez, Gutierre. — *El victorial. Crónica de Don Pero Niño, Conde de Buelna, por su alférez...* Ed. y estudio, por J. de Mata Carriazo. — Madrid, Espasa-Calpe, 1940, 397 págs., ilustr. (Colección de Crónicas Españolas).

5228. *Crónica de Don Alvaro de Luna. Condestable de Castilla, maestre de Santiago*. Ed. y estudio por J. de M. Carriazo — Madrid, Espasa-Calpe, 1940. (Colección de Crónicas Españolas).

5229. *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo. (Crónica del siglo XV)*. Ed. y estudio por J. de M. Carriazo. — Madrid, Espasa-Calpe, 1940, 507 págs., ilustr. (Colección de Crónicas Españolas).

5230. Salas Boch, X. de. — *Fuentes de Zurita. Inventarios del fondo documental que perteneció a Jerónimo Zurita*. — Univ, 1940, XVII, 517-527.

Portugal

5231. Costa Pimpão, A. J. da. — *A «Crónica dos feitos de Guinee»: as minhas «teses» e as «teses» de Duarte Leite*. — Biblos, 1941, XVII, 665-669.

5232. Maia, Samuel. — *História maravilhosa de Dom Sebastião imperador do Atlântico*. — Lisboa, Livraria Bertrand, 1940, 372 págs.

LITERATURA RELIGIOSA

Mística

5233. León, Fray Luis de. — *De los nombres de Cristo, 1528-1591*. — Ma-

drid, Imp. Héroes, 1941, 795 págs.

5234. Cruz, San Juan de la. — *Poesías*. Sel. de M. Aznar. — Barcelona, Edit. Yunque, 1939, 81 págs. (Poesía en la Mano).

5235. Bruno de J. M., Fr. — *Saint Jean de la Croix*. Pref. de J. Maritain — París, Plon, 1938, 482 págs.

Ascética

5236. Ávila, Juan de. — *Epistolario espiritual*. Ed. y notas de V. García de Diego. — Madrid, Espasa-Calpe, 1940, XXIII-255 págs. (Clásicos Castellanos).

5237. Ávila, Juan de. — *Epistolario espiritual*. Sel., estudio y notas por M. de Montoliu. — Zaragoza, Ebro, 1940, 127 págs. (Biblioteca Clásica Ebro).

TRATADOS, ENSAYOS Y DISCURSOS

Autores antiguos

España

5238. Lulio, Raimundo. — *Libro del amigo y del amado*. — Madrid, M. Aguilar [1939], 178 págs.

5239. Lulio, Raimundo. — *De las condiciones del amor*. — [Madrid, M. Aguilar, 1940], 203 págs. (Colección Breviario.)

5240. *Documentos lulianos* — BSAL, 1939, XXVIII, 43-54.

5241. Vives, Juan Luis. — *Pensamientos*. Recopil. y pról. de L. Guarner. — Madrid, Espasa-Calpe, 1940, 205 págs. (Nueva Biblioteca Filosófica.)

5242. Guerrero, E. — *Para el cuarto centenario de la muerte de Juan Luis Vives*. — RyF, 1940, CXIX, 7-18.

5243. Otaola, A. G. de. — *Juan Luis Vives*. Ensayo de pedagogía comparada. — RyF, 1940, CXIX, 130-139.

5244. Elías de Ballesteros, Emilia. — *Ideas pedagógicas de Luis Vives*. - EdC, 1940, I, núm. 5, 247-255.

5245. Valdés, Juan de. — *Diálogo de la Lengua*. Sel., estudio y notas por R. Lapesa. — Zaragoza, Ebro, 1940, 136 págs. (Biblioteca Clásica Ebro).

5246. Quevedo Villegas, Francisco de. — *Marco Bruto*. Texto establecido, pról. y notas, por G. Juliá Andreu. — Barcelona, Gráficas Marco, 1940, 205 págs. (Colección Política de Autores Españoles).

5247. González Palencia, A. — Sobre: Baltasar Gracián, *El criticón*, ed. por M. Romera Navarro. Tomos I-III. — RFE, 1941, XXV, 274-276.

Portugal

5248. Salgueiro, T. — *O conhecimento intelectual na filosofía de Fr. João de São Tomás*. — Biblos, 1940, XVI, 573-621.

5249. Bernardes, Manuel. — *Pão partido en pequeninos*. Com pref., glossario e notas de A. C. Pires de Lima. — Pôrto, Domingos Barreira, 1940, 180 págs. (Colecção Portugal).

Autores modernos

5250. Zamora, Vicente A. — *La partida de bautismo de Juan Pablo Forner*. — RFE, 1941, XXV, 111-112.

5251. Cánovas del Castillo, Antonio. — *Antología*, Pref. y sel. de J. B. Solervicens. — Madrid, Espasa-Calpe, 1941, 257 págs.

5252. Athayde, Tristão de. — *Tu es Petrus* — UnivCB, 1942, VIII, 131-136 [Sobre: Miguel de Unamuno, *La agonía del cristianismo*. Trad. y pref. de F. de Figueiredo, São Paulo 1941].

5253. Ors, Eugenio d'. — *Jardín botánico. El sueño es vida. Magín o la previsión*. Ilustr. de R. Capmany. — Madrid, 1940, 177 págs. (La Rosa de Piedra).

5254. Alonso Cortés, N. — *Sumandos bibliográficos.* — Valladolid, Santarén, 1939, 146 págs.

5255. Prieto, J. — *Palabras de hoy y de ayer.* — Santiago de Chile, Edit. Ercilla, 1938, 124 págs.

5256. A. R. — Sobre : José Bergamín, *Disparadero español : 3, El alma en un hilo.* — RHM, 1941, VII, 91-92.

5257. Pérez Valiente, S. — Sobre : Guillermo Díaz Plaja, *Tiempo fugitivo : Figuras y paisaje de 1940.* — RFE, 1941, XXV, 300-301.

FOLKLORE

5258. García Figueras, T. — *Notas sobre las fiestas de moros y cristianos en Benadalid (Málaga).* — Larache, Artes Gráficas Boscá, 1939, 68 págs. ilustr.

5259. Henríquez Ureña, Pedro — Sobre : Mary Paulina St. Amour, *A study of the villancico up to Lope de Vega: Its evolution from profane to sacred themes, and specifically to the Christmas carol.* — RFH, 1940, II, 72-75.

5260. Devoto, D. — Sobre : *Romances y villancicos españoles del siglo XVI,* dispuestos en edición moderna para canto y piano por J. Bal y Gay. — RFH, 1941, III, 383-388.

5261. Meier, H. — *Spanische und portugiesische Märchen.* Trad. e introd. — Jena, Diederichs, 1940, 338 págs., 5 M. (D. Märchen der Weltliteratur).

5262. Castillo de Lucas, A. — *Refranillo de la alimentación. Divulgación de higiene... a través de los refranes y dichos populares.* — Madrid, Gráficas Reunidas, 1940, 165 págs.

ABREVIATURAS

DE REVISTAS Y LIBROS CITADOS EN ESTE NÚMERO

AcL — Acta Linguistica. Copenhague.
AEA — Archivo Español de Arte. Madrid.
AGPE — Archiv für die Gesamte Phonetik. Erste Abteilung. Berlin.
AGPsy — Archiv für die Gesamte Psychologie. Leipzig.
AJ — The American Journal of Philology. Baltimore.
AJPs — American Journal of Psychology. Worcester.
AJS — The American Journal of Sociology. Chicago.
ALi — Argentina Libre. Buenos Aires.
ANPhE — Archives Néerlandaises de Phonétique Expérimentale. La Haye.
ASp — American Speech. Baltimore.
AST — Analecta Sacra Tarraconensia. Tarragona.
AtlantisM — Atlantis. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria y Museo Etnológico Nacional. Madrid.
BAAL — Boletín de la Academia Argentina de Letras. Buenos Aires.
BAFA — Boletín de la Asociación Folklórica Argentina. Buenos Aires.
BCLC — Bulletin du Cercle Linguistique de Copenhague. Copenhague.
BCOL — Boletín de las Cámaras Oficiales del Libro de Madrid y Barcelona. Madrid.
BdF — Boletím de Filología. Lisboa.
BDH — Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana. Instituto de Filología. Buenos Aires.
BHi — Bulletin Hispanique. Bordeaux.
BHM — Bulletin of Historical Medicine.
Biblos — Biblos. Coimbra.
BSAL — Bolletí de la Societat Arqueológica Luliana. Palma de Mallorca.
ChP — Character and Personality. Durham. North Carolina.
Conv — Convivium. Torino.
DiE — El Día Estético. Ponce. Puerto Rico.
DLZ — Deutsche Literaturzeitung. Berlin.
EdC — Educación y Cultura. México.
EstG — Estudios Geográficos. Madrid.
FF — Forschungen und Fortschritte. Berlin.
FyL — Filosofía y Letras. México.
HispCal — Hispania. Stanford, California.
HR — Hispanic Review. Philadelphia.
IF — Indogermanische Forchungen. Strassbourg.
Isis — Isis. International Review. Bruges.
JAcS — Journal of the Acoustical Society. Menasha, Wisconsin.
JSD — Journal of Speech Disorders.
Lan — Language. Philadelphia.

LetrasM — Letras de México. México, D. F.
LGRPh — Literaturblatt für Germanische und Romanische Philologie. Leipzig.
MedA — Medium Aevum. Oxford.
MLJ — Modern Language Journal. Menasha, Wisconsin.
MLN — Modern Language Notes. Baltimore.
MLQ — Modern Language Quarterly, Seattle.
MLR — The Modern Language Review. Cambridge, England.
MPhil — Modern Philology. Chicago.
NMon — Neuphilologische Monatsschrift. Leipzig.
Nos — Nosotros. Buenos Aires.
PdV — Príncipe de Viana. Pamplona.
PMLA — Publications of the Modern Language Association of America. Baltimore.
PNl — Por Nuestro Idioma. Buenos Aires.
Por — Portucale. Pôrto.
PrBA — La Prensa. Buenos Aires.
PsychB — The Psychological Bulletin. Lancaster, Pa.
RAL — Revista das Academias de Letras. Rio de Janeiro.
RCEE — Revista del Centro de Estudios Extremeños. Badajoz.
REU — Revista de Estudios Universitarios. México.
RevBN — Revista de Bibliografía Nacional. Madrid.
RevCu — Revista Cubana. Habana.
RevET — Revista Española de Teología. Madrid.
RevIb — Revista Iberoamericana. Órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. México, D. F.
RevIndM — Revista de Indias. Madrid.
RF — Romanische Forschungen. Erlangen.
RFE — Revista de Filología Española. Madrid.
RFH — Revista de Filología Hispánica. Buenos Aires-New York.
RFem — Revista Femenina. Medellín. Colombia.
RHM — Revista Hispánica Moderna. New York.
RLComp — Revue de Littérature Comparée. Paris.
Ro — Romania. Paris.
RRQ — The Romanic Review. New York.
RyF — Razón y Fe. Madrid.
SpM — Speech Monographs.
Tall — Taller. México, D. F.
TN — Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias. México, D. F.
TresL — 3. Lima.
Univ. — Universidad. Revista de Cultura y Vida Universitaria. Zaragoza.
VKR — Volkstum und Kultur der Romanen. Hamburg.
VR — Vox Romanica. Zürich.
WS — Wörter und Sachen. Heidelberg.
ZRPh — Zeitschrift für Romanische Philologie. Halle.

REVISTA HISPÁNICA MODERNA

El Hispanic Institute in the United States, de Nueva York, y el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, de Buenos Aires, editan conjuntamente la Revista Hispánica Moderna y la Revista de Filología Hispánica, ambas complementarias en su objeto común de estudiar y difundir la cultura hispánica. La Revista Hispánica Moderna publica trimestralmente artículos, reseñas de libros y noticias sobre la literatura de hoy; textos y documentos para la historia literaria moderna; una bibliografía hispanoamericana clasificada; noticias acerca del hispanismo en este continente; y una sección escolar dedicada a los estudiantes de español.

Director : FEDERICO DE ONÍS

REDACTORES

Amado Alonso	Instituto de Filología
José M. Arce	Dartmouth College
Ángel J. Battistessa	Instituto de Filología
M. J. Benardete	Universidad de Columbia
Juan Guerrero	Universidad de Columbia
Irving A. Leonard	Brown University
Félix Lizaso	Dirección de Cultura, La Habana
Jorge Mañach	Universidad de Columbia
Arturo Marasso	Universidad de La Plata
José A. Oría	Universidad de Buenos Aires
Ángel del Río	Universidad de Columbia
F. C. Tarr	Universidad de Princeton
Arturo Torres-Rioseco	Universidad de Columbia

Redactor bibliográfico : Sidonia C. Rosenbaum

Secretario de redacción : Andrés Iduarte

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

4 dólares norteamericanos al año ; número suelto : 1 dólar

Países de habla española y portuguesa : 10 pesos argentinos al año; número suelto : 2,50 pesos argentinos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION

HISPANIC INSTITUTE — 435 West 117th Street, New York City

INSTITUTO DE FILOLOGÍA — San Martín 534, Buenos Aires

Los suscriptores y anunciantes de los países de lengua española y portuguesa deben dirigirse a la administración de Buenos Aires, y los de los Estados Unidos y demás países a Nueva York.

La correspondencia sobre asuntos de redacción debe dirigirse a Buenos Aires para la Revista de Filología Hispánica y a Nueva York para la Revista Hispánica Moderna

S U M A R I O

ARTÍCULOS

A. Benvenuto Terracini, *W. D. Whitney y la lingüística general*, pág. 105; Stephen Gilman, *El falso « Quijote ». Versión barroca del « Quijote » de Cervantes*, pág. 148.

NOTAS

José Francisco Gatti, *Una imitación de Goldoni por Juan Ignacio González del Castillo*, pág. 158; Antonio E. Serrano Redonnet, *Prohibición de libros en el primer sínodo santiagueño*, pág. 162; Raúl Moglia, *Representación escénica en Potosí en 1663*, pág. 166.

RESEÑAS

Robert A. Hall, Jr., *Bibliography of Italian linguistics* (A. Benvenuto Terracini), pág. 168; Marcel Bataillon, *Érasme et l'Espagne. Recherches sur l'histoire spirituelle du XVIe. siècle* (José Luis Romero), pág. 173; *Cancioneiro da Ajuda, a diplomatic edition* (Fidelino de Figueiredo), pág. 177; J. P. Wickersham Crawford, *Spanish drama before Lope de Vega* (Frida Weber), pág. 180; Irmhild Schulte, *Buch- und Schriftwesen in Calderóns weltlichen Theater* (Frida Weber), pág. 182; Joaquín Espín Rael, *Investigaciones sobre « El Quijote » Apócrifo* (Enriqueta Terzano), pág. 183; Paul Patrick Rogers, *Goldoni in Spain* (José Francisco Gatti), pág. 186; Raymond R. Grismer and Doris King Arjona, *The pageant of Spain* (Sara Kurlat de Lajmanovich), pág. 188.

BIBLIOGRAFÍA : pág. 189.

Printed in Argentina

Imprenta y Casa editora CONI. Calle Perú 684, Buenos Aires (República Argentina)